

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 25 septiembre-1 octubre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Eposa - Núm.

## LA FORTUNA EN SUS MANOS

**EL URANIO  
PUEDE ENRIQUECER  
A CUALQUIER  
ESPAÑOL**

**COMO CON UN SIMPLE DETECTOR  
Y SUERTE ES POSIBLE  
HACERSE MILLONARIO**



**El ministro de Justicia de los  
Estados Unidos Mr. Brownell,  
de vacaciones en Madrid**

Entrevista, por Enrique Ruiz García,  
en la página 9

**HACE TREINTA AÑOS SALTO EL  
RESORTE**

Un interesante artículo de Tomás Borrás,  
en la página 26

Carta del Director a don Pedro Sato Domecq (pág. 7). \* Ibiza, de punta a punta, por nuestro enviado especial Jaime Pol (pág. 12). \* Crónica desde Londres, por Jesús Pardo (página 17). \* El veraneo en la Costa Azul, por nuestro enviado especial Manuel Pilares (pág. 22). \* Apostamos por la juventud europea, por M. Blanco Tobío (pág. 28). \* Ferias 1955, por Víctor de la Serna (pág. 31). \* La sardina, tentación veraniega, por nuestro enviado especial J. L. Castillo Puche (pág. 32). \* Entrevista con Aziz Bauluch, por Antonio Covaleda (página 47). \* Cruzada en Asia, por Carlos P. Rómulo (pág. 50). \* Julio Aparicio, torero de Madrid, por José María Deleyto (pág. 54)

**LA VIRGEN DE LOS TRIGOS**

Novela por Mariano Tudela (pág. 40)

## EL ORO DE LA ERA ATOMICA



SOLO SE  
PUEDE

*Hablar con él* POR TELEFONO



Esto se dice de la persona cuya compañía resulta indeseable por la fetidez de su aliento. Evite que, cualquier día, puedan decirlo de usted. **La halitosis no avisa;** se presenta repentinamente. Y lo peor: el que la padece no puede advertirlo. Sólo los demás lo notan... y toman sus precauciones, alejándose.

**Puede usted evitar todo peligro de halitosis;** pero no "perfumando su aliento"; eso, a los pocos minutos no sirve de nada. Hay que atacar la causa del mal olor como lo hace el Antiséptico Listerine, que destruye las bacterias causantes de la fermentación. Mantiene la boca aséptica durante muchas horas.



Por su poder germinicida, el Antiséptico LISTERINE es, también, inestimable en la higiene buco-faríngea. Previene resfriados, anginas, faringitis, etc. Gargarice mañana y noche.

# LISTERINE

**CORRIGE EL ALIENTO IMPURO**

Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



# LA FORTUNA EN SUS MANOS

## EL URANIO PUEDE ENRIQUECER A CUALQUIER ESPAÑOL

**Cómo con un simple detector y suerte es posible hacerse millonario**

**P**OR las tierras de España está suelta, para el que la quiera encontrar, una riqueza fabulosa, tangible y real, que es esencia y presencia de la más espectacular fiebre de nuestro siglo: el uranio. Cualquier persona puede convertirse de la noche a la mañana en supermillonario si, caminando por las sierras o por las llanuras, escucha, a través de los auriculares de su detector, las rítmicas y apresuradas llamadas que denotan la existencia, debajo de sus pies, de vetas, filones o yacimientos de material uranífero.

El pescador que, caña al hombro, cesto a la espalda, se dirige hacia su río favorito, puede llevar, a la par que la caña, un detector que, mientras camine, le permita realizar una pesca doblemente fabulosa: el descubrimiento de una mina de uranio.

El cazador que escopeta en bandolera busca la pieza, mientras realiza la descubierta, puede, con su detector dispuesto, disparar el tiro de la fortuna que hará caer la mejor pieza: el uranio.

O el mismo ciclista que, rodando por la senda o por la autopista, pedalada firme, viraje preciso, lleva, como si fuese la cartera de las reparaciones, su detector exacto, puede, si la suerte está con él, ganar la mejor carrera de su vida: el uranio, que tiene como premio millones de pesetas.

El motorista que en su «Vespa» caballero recorra kilómetros de carretera más o menos frecuentada dispone de la posibilidad, adosado el aparato a su motocicleta, de descubrir el mejor mantal de riqueza: mineral de uranio.

El conductor de automóvil, auriculares encasquetados en la cabeza como si fuese principal radiotelegrafista, tal vez encuentre en una revuelta la fuente que le permita renovar su modelo por uno de la última línea imprecionante pagadera con lo que obtenga de su descubrimiento uránico.

Una fase de la producción de isótopos radioactivos en un laboratorio de ensayos atómicos

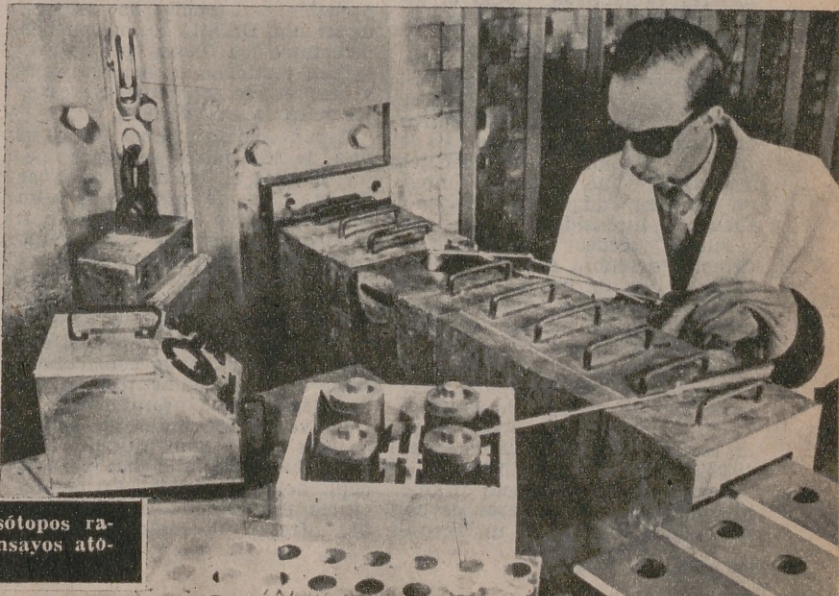


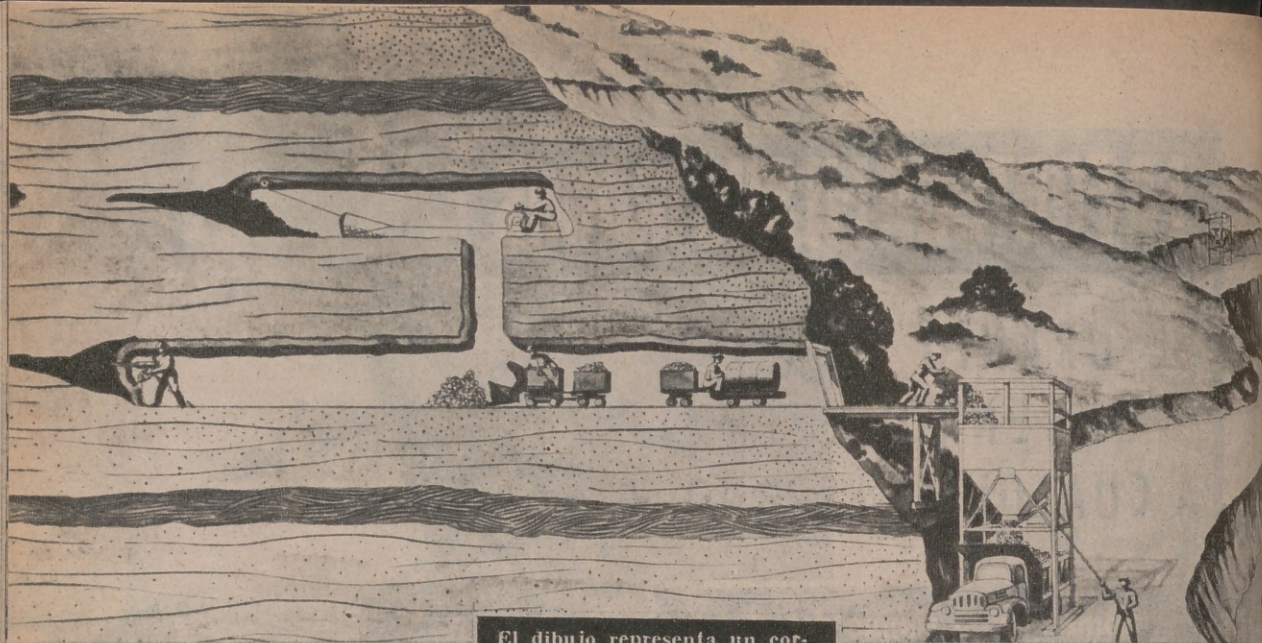
**Muestras del primer mineral obtenido en una mina se analizan para determinar la concentración de uranio. Cuanto mayor sea ésta, más elevado será el precio**

O el mismo aviador—comercial o turista—, que realice su vuelo llevando el clásico detector de uranio, puede localizar desde el aire la mejor pista de aterrizaje que pudiera soñar y pasar de conductor aéreo a propietario de insuperable flota de aeronaves.

En España hay uranio. España es el tercer país europeo en cuanto a reservas de minerales de esta clase. Por ello no hay más que echarse al campo con un aparato y buscar.

Aunque para encontrar, eso sí, haga falta un mínimo de técni-





El dibujo representa un corte transversal de una mina de uranio. Generalmente, es una galería que sigue las desviaciones de las vetas

ca si se quiere adelantar a los posibles competidores y tener la fortuna de ser el único en el descubrimiento.

He aquí los primeros consejos.

### LO PRIMERO, COMPRAR-SE UN DETECTOR

Para buscar mineral de uranio lo primero que hay que hacer es comprarse un detector del mineral. El detector más clásico es el de «Geiger-Müllers».

En esencia, el detector consiste en un hilo aislado dentro de un tubo metálico que contiene un gas especial a poca presión.

Entre el hilo y el tubo hay una diferencia de potencial de unos mil voltios. Cada vez que una partícula ionizante atraviesa el tubo baja el potencial del hilo, y esto se acusa en el contador. El contador es un aparato que lleva como complemento el detector para medir la intensidad de la radiactividad descubierta. La manera de que el contador mide la intensidad reside en el encendido y apagado de lucecitas, en el movimiento de una aguja o en cualquier otro sistema mecánico de señales.

El medio más extendido de percibir la existencia de mineral radiactivo por medio del detector está en la utilización de unos auriculares conectados con el sistema del aparato. Los aparatos detectan toda clase de sustancias radiactivas. Como el aire también tiene radiactividad, resulta que en los auriculares se va oyendo unos golpecitos suaves correspondientes a la radiactividad del aire; pero si aparece un filón de mineral radiactivo entonces los golpes aumentan de tono o velocidad, y las señales mecánicas, que dijimos antes, en su caso, adquieren mayor fuerza e intensidad.

Puede suceder que lo que el detector descubra sea torio o potasio en vez de uranio. Para salir de dudas hay entonces que analizar en el laboratorio una muestra del mineral.

El detector de «Geiger-Müller» puede comprarse en España. Hay casas que lo venden de diversos tipos y formas. Su precio oscila, según los modelos, desde unas 10.000 pesetas hasta 50.000.

Para empezar a buscar uranio hay que disponer de este pequeño capital inicial. Es un incon-

veniente, es la verdad; pero el que algo quiere...

### LA «CARTILLA» DEL BUSCADOR DE URANIO

La ventaja del buscador especializado de uranio sobre el que todavía no lo es, reside en los conocimientos geológicos que le permiten no inspeccionar zonas que por su configuración petrográfica le aseguran la inexistencia de minerales de uranio.

No es que el buscador de uranio haya de tener unos conocimientos superiores de geología, pero sí ha de saber que las tierras más prometedoras en minerales uraníferos son las que contienen materiales graníticos con alguna riqueza minera, muy especialmente donde los granitos se tiñen de coloraciones rojizas o se presentan descompuestos. Asimismo, las zonas de materiales geológicamente antiguos, como los pertenecientes a la era primaria, poseen la probabilidad de una existencia uranífera.

Teniendo esto en cuenta, el sistema completo de prospección exterior de la tierra es el de operar por redes tupidas en aquellos lugares en que se sospeche, por indicios geológicos externos, la probable existencia de mineral de uranio. De esta forma, pueden detectarse los filones que se presentan verticales o casi verticales y que tal vez son muy interesantes para la explotación.

España, como dijimos antes, es uno de los países europeos mejor dotados en cuanto a reservas de esta clase de mineral, dada su constitución geológica. Ya se han localizado minerales con uranio en forma de torbernititas, pezbledas, autunitas, etc., en las provincias de Badajoz, Barcelona, Cáceres, Huesca, Madrid y Segovia. Ahí está, por ejemplo, la sierra del Guadarrama, considerada como un emplazamiento de grandes perspectivas uraníferas.

Lo verdaderamente interesante es que el yacimiento presente unas buenas condiciones para la exploración industrial. En la provincia de Córdoba tres localidades ofrecen la mejor situación

en este sentido: Fuenteovejuna, Hornachuelos y Cardena; este último recientemente descubierto y puesto en explotación.

Estas pueden ser las orientaciones generales para la obtención de un éxito más rápido, en la busca y hallazgo del uranio, lo cual no quiere decir que cualquier vecino, provisto de su detector, pueda encontrar el yacimiento que le hará famoso. Famoso en dos sentidos: uno, por el dinero que recibirá por su hallazgo; otro, por haber prestado con su descubrimiento un valiosísimo servicio a la economía nacional.

Cualquier español puede descubrir una mina de uranio. Los conocimientos especiales no son insalvables ni extraordinarios. Para mayor facilidad, la Junta de Energía Nuclear va a editar, dentro de breves días, una cartilla del buscador de uranio en la que todas estas recomendaciones y algunas más quedarán explicadas de una manera rápida, sencilla, visual y efectiva.

### MILLONES DE PESETAS PARA EL DESCUBRIDOR AFORTUNADO

Algo así como el «gordo» de Navidad. Pero la suerte no viene prendida de un décimo de lotería. El tic-tac rápido de su detector y las pruebas positivas de un análisis en el laboratorio le pueden hacer a usted acreedor a un millón de pesetas. O a varios más. La cosa no tiene muchas complicaciones.

La Junta de Energía Nuclear ha establecido premios para los descubridores de yacimientos de uranio que, a la vez que son estímulos para su busca, vienen a ser también recompensa y satisfacción monetaria por el hallazgo.

Supongamos al caminante simple, al cazador o al pescador, al ciclista, al motorista, al conductor del automóvil o al aviador que antes conocimos. El detector les ha señalado la existencia de radiactividad en un punto de España. Y supongamos también que han tenido la suerte de que las señales recibidas en los auriculares del detector proceden de una auténtica mina de uranio virgen y sin explotar

que se encuentra debajo de su vertical figura buscadora.

El hombre que ha encontrado el yacimiento lleva entonces una muestra a los laboratorios de la Junta de Energía Nuclear. Si de aquella muestra se obtienen cien kilogramos de óxido de uranio, la Junta de Energía Nuclear pagará al descubridor 30.000 pesetas; si el mineral posee el 1 por 1.000 de óxido de uranio; a esta cifra se le puede añadir, en su caso, una prima de 1.000 pesetas más por cada uno por mil nuevo que presente el mineral con-  
seguído.

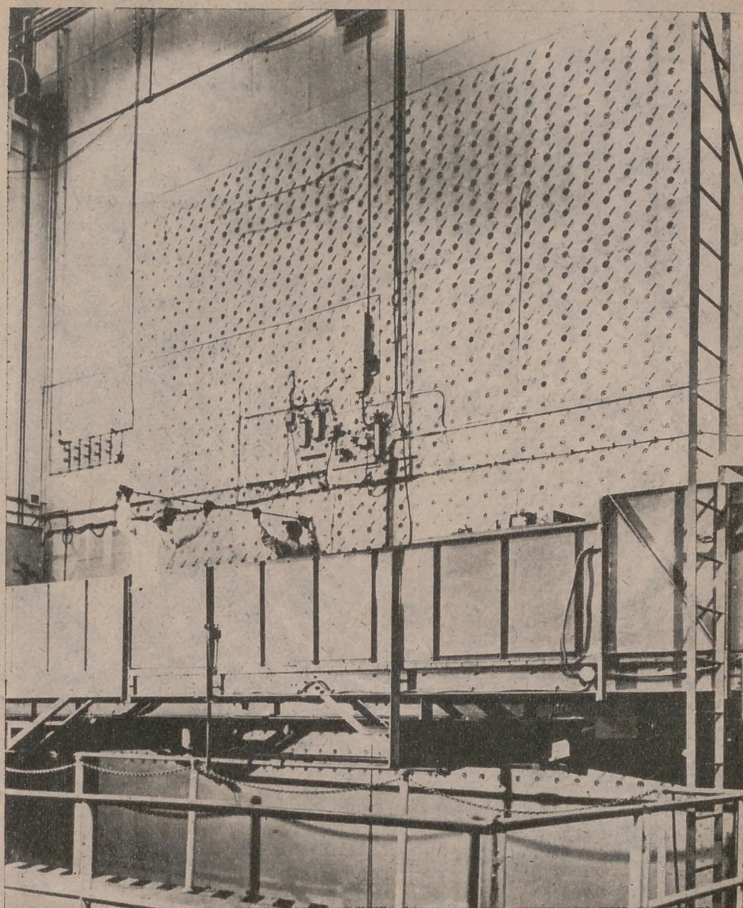
Entonces, la Junta de Energía Nuclear traslada sus equipos extractivos al lugar donde el individuo tuvo su feliz encuentro. Un completo conjunto de prospección, sondeo, extracción y análisis comienza su actividad. El equipo humano va también debidamente protegido. Un servicio médico especializado señala las medidas para la prevención de accidentes o efectuar las curas necesarias caso de que aquéllos se produjeran. Asimismo los obreros son reconocidos no solamente contra las enfermedades radiactivas, sino contra la silicosis. En ninguno de los casos han sido necesarias, hasta ahora, medidas médicas de cura de atacados. La seguridad que la Junta de Energía Nuclear Española ofrece en este aspecto, es inmejorable.

Comienza la extracción. Se construyen barracones, se abren pozos, se tabican galerías. Una mina nueva de uranio está en marcha. Por la primera tonelada de óxido de uranio obtenida del mineral extraído la Junta de Energía Nuclear pagará al descubridor del yacimiento medio millón de pesetas; por la segunda tonelada, otro medio millón; por la tercera tonelada nuevo medio millón más. Esto ya ha sucedido. Un premio de una cierta cantidad de dinero ha sido dado por la Junta de Energía Nuclear con motivo de un descubrimiento uranífero. La posibilidad está, pues al alcance de todos. Si el yacimiento llega hasta el centro de la tierra el descubridor puede agotar las reservas del Banco de España.

Cuando un afortunado mortal localiza un yacimiento el suceso puede ocurrir en dos clases de terrenos: finca particular de la cual el descubridor no es propietario o terreno libre. El segundo caso es poco más o menos el que acabamos de describir; pero en el primero pudiera surgir la cuestión de quién ha de ser el beneficiario, si el descubridor o el dueño de la finca.

Este caso lo ha resuelto la Junta en el sentido de que el premio es para el descubridor, sea o no sea dueño. Esto viene, en parte, fundamentado en la obligación que todo propietario tiene de manifestar a la Junta la existencia de uranio en su territorio.

En el caso de que el detector «Geiger» señale la presencia de sustancias radiactivas en el subsuelo de una finca particular, el llevarse la cantidad de mineral precisa para obtener 100 kilogramos de óxido de uranio es cosa que, por fuerza, ha de darse cuenta el dueño de la propiedad. Entonces basta llevar la cantidad de mineral suficiente para obtener cinco kilogramos de óxi-



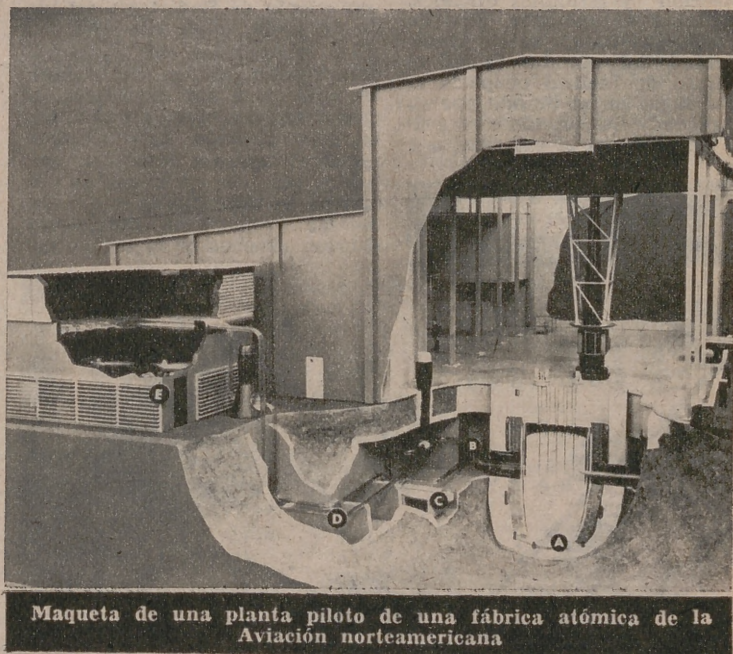
En el reactor atómico del Laboratorio de Oak Ridge, en Tennessee, se introducen barras de uranio para obtener radioisótopos para el tratamiento del cáncer

do de uranio, pero en este caso, el análisis previo debe de haberlo efectuado el interesado en un laboratorio particular. Si el aprovechamiento es rentable, la Junta de Energía Nuclear dispondrá inmediatamente la explotación del yacimiento y el dinero como premio a lo que se obtenga pasará íntegramente a poder del hombre que descubrió la nueva mina. Así está la cuestión para los

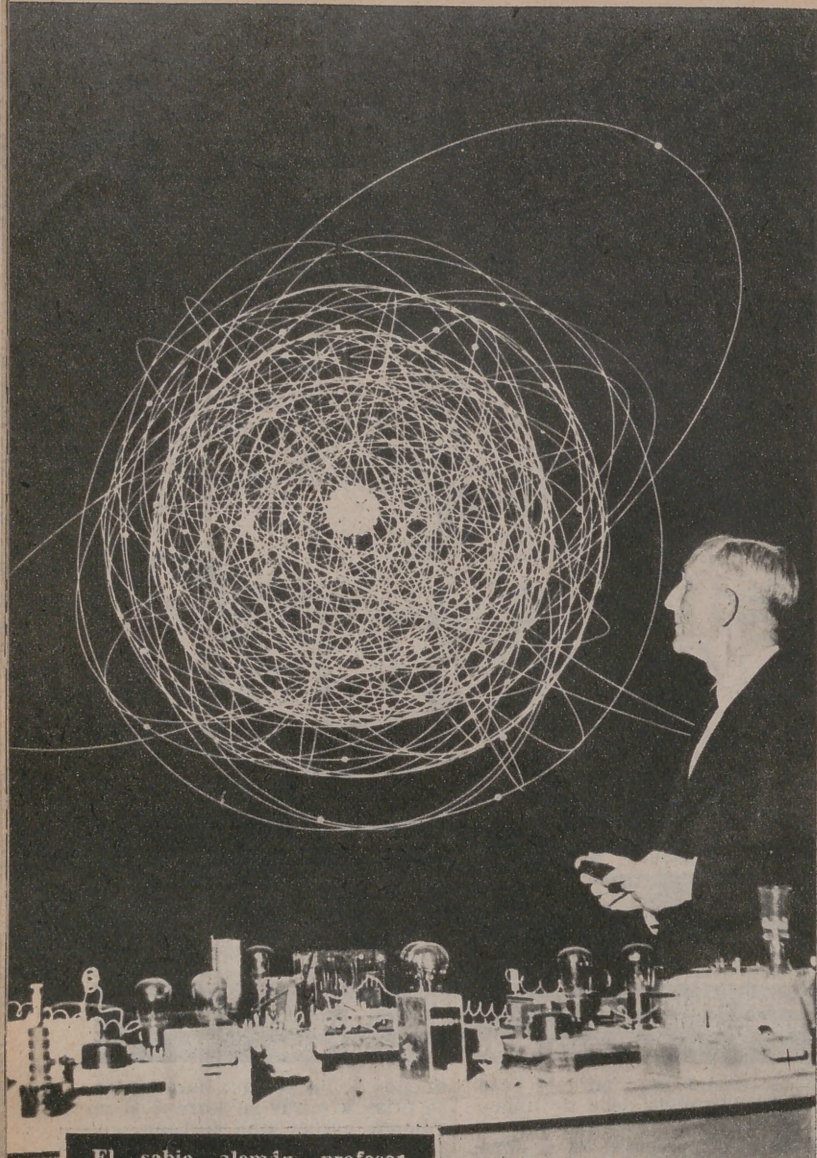
dueños de las fincas: han de darse prisa a mirar su terreno si no quieren perder una fortuna, que tal vez la tengan debajo de su misma casa.

#### GINCUENTA AÑOS BUSCANDO URANIO

Apenas hacía siete años que había sido descubierta la radiactividad. Los que van exactamente desde 1896 a 1903. En el



Maqueta de una planta piloto de una fábrica atómica de la Aviación norteamericana



El sabio alemán profesor Otto Hahn demostró que los átomos pueden volar. Aquí le vemos visitando una Exposición Industrial en Berlín

viejo edificio de la calle Amanié, número 4, de Madrid, bajo la protección y estímulos oficiales, comenzaba a funcionar uno de los primeros Institutos de Radiactividad del mundo. Quizá el Instituto de Madrid ocuparía el tercer lugar en el mundo por su antigüedad. Su fundador y primer director era el catedrático y

Las máximas precauciones son precisas para operar en un reactor

académico de Ciencias, don José Muñoz del Castillo. Un hombre entregado por completo al estudio de los modernos descubrimientos. Su nombre cruzó pronto las fronteras y España figuró representada en el I Congreso Internacional de Radiología celebrado en Lieja en el año 1905.

Las sugerencias casi proféticas del profesor Muñoz del Castillo asombraron a los científicos. El eminente catedrático español, hoy un poco olvidado, ante la admiración de quienes le escuchaban, habló por vez primera de los efectos y aplicaciones biológicas de las propiedades radiactivas. Quedan pruebas de lo mucho que

fueron apreciadas y tenidas en cuenta por las naciones más cultas las experiencias y sabias explicaciones del científico español.

En 1919, el director del Instituto Español de Radiactividad recibía en su despacho de la Dirección una carta fechada en París. La firma era bien legible y clara, Madame Curie, en una carta conmovida, agradecía el nombramiento de directora honoraria del Instituto de Radiactividad que a la dama francesa le había sido otorgado por Real Orden de 5 de julio de 1919.

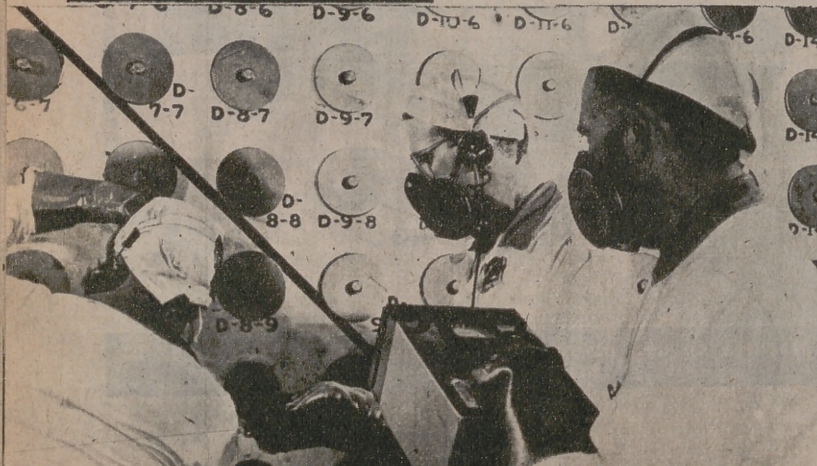
Las experiencias y los trabajos del Instituto habían quedado muy adelantados. España sería una de las primeras naciones que estudiaron el reparto por el suelo de los metales radiactivos, de las aguas y minerales que yacen enterrados. Todavía, en ese edificio del número 4 de la calle de Amanié puede verse el mapa original salido de la mano del profesor de Ciencias en el que, con toda precisión, y con una falta casi absoluta de medios instrumentales, quedan fijamente marcadas las zonas radiactivas de España. Son zonas que hoy, a cincuenta años de distancia y cuando el termómetro mundial marca la poderosa fiebre del uranio, conservan un interés actual. Colmenar Viejo, Torrelozón, Colmenarejo, Galapagar, San Rafael, El Espinar, Valencia de Alcántara, Alburquerque, Alcalá, Barruecopardo, Saucelle, Motril, Sierra Nevada, Conquista, Ventas de Azuel. Una lista incompleta de los muchos nombres de toda la geografía española que quedaron dibujados por la pluma de Muñoz del Castillo en su carta nacional, confeccionada en 1905. Ahí quedaban nomenclaturas y posiciones de los principales yacimientos y manantiales radiactivos estudiados en los laboratorios del Instituto.

Miles de análisis gratuitos fueron realizados sobre muestras llevadas por científicos y hombres del campo en una colaboración entusiasta y desinteresada. Un análisis escrupuloso hacía saltar al papel del mapa un nuevo nombre de un pueblo español de cualquier provincia. Para las comparaciones de radio destinado a tratamientos médicos se adquirieron dos patrones certificados por la misma madame Curie.

Esta labor sorprendente y audaz era realizada en España cuando en el mundo se desconocían las grandes posibilidades energéticas del isótopo mágico U-235, que hoy ha revolucionado la técnica y las esperanzas de los hombres en favor de una mejora constante y siempre prometedora para la humanidad.

En la Conferencia de «Átomos para la Paz» celebrada no hace mucho en Ginebra, España tenía su puesto. Lo tuvo, y bien destacado, en aquel otro Congreso Internacional de Lieja adonde hace más de cincuenta años acudieron representadas las naciones de más prestigio científico.

Buscando uranio, lo mismo hace cincuenta años que en estos días de ahora, hombres españoles conquistaron y pueden conquistar el éxito y la fama.



# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON PEDRO SATO DOMEcq

DEBO declarar que el antiguo marqués de Puertohermoso vive aún, pero dentro de un hábito de cartujo, que es un constante noviciado para la muerte, la que, según el ascetismo un tanto tético, un tanto chocarrero de Quevedo, más tiene de caricia que de pena. Escribo a un señor que, con el tacto elegantísimo de los andaluces, se dispuso a esa continua preparación para el más allá que se practica en la soledad y en el mutismo de las Cartujas, después de haber renunciado, como quien no hace la cosa, a la atrayente, aunque pecaminosa lid con los tres enemigos del hombre. El cartujo verdaderamente cartujo no lucha ya, porque se ha liberado del mundo, del demonio y de la carne. El mundo queda fuera, a la puerta, donde dejó usted el lujoso automóvil que conducía, y el capitán de Caballería abandonó su pasado junto a su alazán, y el financiero bilbaino sus balandros y su yate. Sólo el falangista de la Vieja Guardia no pudo desprenderse de su Medalla, y entró en la Cartuja ofreciéndosela como exvoto a la Virgen que hay en su celda. Ustedes viven aprestándose para morir, alegrándose con esta víspera, celebrando el tránsito hasta con un modesto café y una morigerada copa; ustedes están a millones de leguas del mundo, aunque el mundo sin ustedes perdería su contrapeso y jamás hubiera existido Don Quijote y nunca hubiera recobrado la razón Alonso Quijano el bueno. Como es necesario el Tercio de voluntarios, también es menester esta Legión más voluntaria, esta Legión divina, en la que nada importa asimismo la vida anterior. El cartujo norteamericano Tomás Merton pudo haber sido antes comunista, como usted fué diplomático al servicio del Rey, a las órdenes inmediatas de don Emilio Torres; como aquel militar se despidió de Valladolid con la boca repleta de ceniza, que ahora se le ha endulzado cantando maitines; como Arceche, el señorito de Bilbao, enseñó el camino a todos los señoritos de Bilbao que están hartos de todo.

Sin embargo, Arceche no era el demonio de la frase impía, aquel pobre diablo que para superar sus hartazgos carnales se metió a fraile. Arceche ni siquiera era un gastrónomo ese vasco poco carnívoro, ya que se ha pertrechado el cuerpo a base de bacalao, calamares y angulas, sino que era el hombre de acción y organización que descubre repentinamente cuán estéril es cualquier acto humano cuya meta no sea sólo Dios o su representación en el prójimo, y cuán desorganizada es nuestra conducta civil. Arceche rige en la actualidad la Cartuja de Jerez de la Frontera, en cuyo paisaje pifan los caballos cartujanos de cierta naturaleza angélica. Así es que ningún demonio anda escondido o disfrazado por ninguna Cartuja española, pues la Cartuja de Parma es una Cartuja secularizada por el genio literario de Sthen-dhal, al que sacó de quicio la música de los italianos. La carne no interviene en el menú espartano de los cartujos, quienes desprecian su propia carne mortal, su propio nombre y su renombre, puesto que no se cuidan de recogerla en un féretro cuando expiran ni depositar una lápida encima. El cartujo difunto es enterrado dentro de su mismo hábito, cosiéndole la capucha en medio de la faz, porque cualquier rostro es una imagen borrosa del oriador, y hacinando la gleba sobre su cadáver, a la manera de un túmulo sacramentado por la cruz. Es una ligerísima ondulación del terreno que día a día se va aplanando, hasta que del cartujo que fué cónsul, financiero o almirante no per-

dura ninguna huella. El rastro corporal se ha volatilizado o más bien se ha sublimado espiritualmente, como estos cartujos de la Cartuja de Miraflores convierten las fragantes y efímeras rosas en rosarios de cuentas eternas.

La propensión de los españoles por la Cartuja es innata, y de cierto modo y en un momento tal de nuestra existencia, todos nos metemos a cartujos, aunque sigamos defendiéndonos más o menos áspidamente contra la carne, contra el satanismo y contra el mundo, en el que no encontramos otro recurso para salir. La Cartuja militante y consciente es una minoría, pero la Cartuja del deseo, de la aspiración es casi el total acomodo de nuestro pueblo cuando llega a la edad o a la madurez del desengaño.

Don Antonio González ha descrito con pormenor y garbo unas «Estampas cartujanas», que podrían ser el «curriculum vitae», el «desideratum» del censo nacional pasada la efervescencia de la juventud. Incluso don Antonio González tiene la misma inclinación del cartujo y un vago parecido con San Bruno, suprimidas las circunstancias de lugar y tiempo, con este San Bruno que talló Pereira y que es tan natural (o sobrenatural) que sólo no habla porque es cartujo. Cuando los españoles desengañados o ascéticamente convertidos o devueltos a su íntimo ser, que es un sentimiento y reflexión muy diferentes a las vocaciones tardías, penetran en la Cartuja es como si volvieran al hogar de su casa, al mundo pristino anterior al pecado y anterior al lenguaje; mientras que los extranjeritos de las naciones más sensuales ingresan en la Cartuja como exploradores, pioneros y alpinistas. Hubo un inglés en la Cartuja de Burgos, cuyo administrador cuando llegaba a la ciudad castellana repartía el dinero a manos llenas, acaso más que como obra de caridad, como lo realiza el que se acerca a una tribu distribuyendo baratijas entre los salvajes para atraerlos y aplacarlos, puesto que Burgos no es la Cartuja, pero los burgaleses participan de su ensimismamiento, a la vez que de su renunciamiento a sí mismos.

Hay cartujos en todas partes, pero se forman de otra manera que en España. Cuando en Francia, el riquísimo industrial y hacendista marqués Melchor de Vogüe, junto con su señora, se ha retirado de la vida social, reclusándose ambos en distintos conventos no ha buscado una Cartuja, sino un cenobio benedictino. Se despidieron de sus hijos y su familia el 15 de agosto, y un mes más tarde ha vestido cada cual su hábito, verificándose la separación de estos cónyuges trocados en religiosos. El marqués pertenece al noviciado del convento de La Pierre qui Vire, como aquellos tres muchachitos españoles que acompañamos en la ceremonia de Santo Domingo de Silos, habiendo preferido la regla erudita y sencilla de San Benito, a pesar de haber cumplido más de sesenta años, a la regla tremenda de San Bruno. Parecería que este multimillonario, arrependido hasta de sus virtudes burguesas, iría a entregarse a lo más opuesto a su biografía mundana, cuando fué siderúrgico como un bilbaino, negociador cual un embajador y nieto del primer presidente de la Compañía del Canal de Suez. En cambio usted, don Pedro Sato Domecq, marqués de Puertohermoso, ha venido desde la Andalucía de su estirpe al Burgos de su silencio y de su paz. Yo no quiero interrumpir su vida retirada ni entrometerme en su deseado desenlace. Le dirigí una carta para los muertos; pero fué un enorme error, porque los muertos somos nosotros.

# EL PUESTO QUE NOS PERTENECE

EL día 26 de este mes de septiembre se cumplirán exactamente dos años del día en que se firmaron, en el palacio de Santa Cruz, en Madrid, los Convenios entre España y los Estados Unidos, por los que éstos se comprometían a suministrarlos, según los términos del programa de Seguridad Mutua, asistencia económica, militar y técnica, a cambio de la utilización conjunta, por las fuerzas militares de las dos potencias signatarias, de ciertas bases aéreas y navales.

Hoy, por esa irremediable exigencia del tiempo, estos documentos firmados hace dos años en el palacio de Santa Cruz pertenecen ya a la historia de las relaciones internacionales de las dos potencias contratantes. Pertenecen a esa historia viva, diaria, sin fosilizar, que se traduce, como fruto de una inteligente y sana comprensión, en la colaboración mutua y eficaz de dos políticas unidas ante unas mismas circunstancias, de dos economías con misiones distintas e idéntica finalidad: una que ofrece y otra que sabe digna y honradamente responder.

Los Convenios hispanonorteamericanos no tuvieron ni tienen ese carácter de urgente socorro con que a otros países de Europa ha acudido Norteamérica para salvar una economía precaria en apurado trance de perecer. No se trataba aquí de salvar una economía débil, agónica. La vida económica española había atravesado, ciertamente, por caminos difíciles, y la causa, las causas de esa obligada y circunstancial trayectoria son hoy fáciles de recordar. España, abandonada a sus fuerzas, con todas las espaldas vueltas, viviendo de una total autarquía impuesta por el enrarecimiento de una atmósfera internacional tan injusta como incomprensible, se desenvolvía en su obra reconstructora, se rehacía y se levantaba con tanta abundancia de sacrificios de decisión política y de esfuerzos como falta de recursos y medios para llevar a cabo la desproporcionada labor y el constante trabajo de su resurgimiento. Desde que a fines del año 1947, el entonces secretario de Estado de Washington lanzaba su famoso plan de ayuda a Europa para recuperarla de su amenazante ruina económica de posguerra, nada menos que unos 25.000 millones de dólares han ido inyectando savia nueva en catorce países europeos. El nombre de España, «naturalmente», no contaba en el número de los beneficiados. Rusia y el comunismo internacional iban, cuando podían, imponiendo su veto y sembrando de prejuicios las mentes de quienes, de otro modo hubiéramos, lógicamente, esperado una ayuda tan merecida como justa. El Estado español mantenía en pie su economía, proseguía su obra de reconstrucción, fomentaba la industria nacional y elevaba su agricultura a un nivel hasta entonces desconocido en España.

Con esta España, reconstruida y reedificada a sus propias expensas, se firmaron los Convenios hispanonorteamericanos. Hoy los eternos enemigos de España comen el polvo levantado por la mentira y la calumnia. Sólo la verdad permanece, y era la verdad de España la que tendría que romper, con la tenacidad de su limpia conducta, de su postura sin claudicaciones, el frente cerrado de un bloque internacional que le impedía el paso hacia otros horizontes.

A despecho de sus prejuicios políticos y más allá de sus actitudes ideológicas, diarios nor-

teamericanos como el «Daily News» o el «New York Times» hablaban así al día siguiente de la firma de los Convenios: «El Pacto con España tiene que ser una asociación feliz entre los dos países porque sirve inteligentemente el interés de ambas partes.» Haciendo un análisis de la situación creada por el Tratado de Madrid, el «New York Times» decía: «España constituye un puente hacia el corazón de Europa, se encuentra lejos de Rusia y dispone de un Gobierno estable.»

No ha tenido España que modificar su credo político, su posición interna o externa para verse reconocida y reivindicada en un puesto de avanzada en la vanguardia de las naciones defensoras de la civilización occidental. Entre los vaivenes de las políticas y posturas ideológicas de otros países europeos nos han encontrado firmes en el mismo frente anticomunista en el que nos dejaron solos hace años. Cuando Rusia imponía alegremente su voz, su voto y su veto en las decisiones de la política mundial, España mantuvo firme y sin vacilaciones su posición de vanguardia ante el comunismo, dando a Occidente, con la lección de su conducta y de su ejemplo, ocasión oportuna para que hiciese revisión de su postura; cuando más tarde se lanzaba, a modo de fácil «slogan» publicitario, la campaña de la «coexistencia» en la que muchos incautos vieron la salvación y la seguridad de un mundo amenazado, España siguió, como siempre, incrédula y escéptica ante las promesas de Rusia, poniendo de relieve ante el mundo las causas que hacían al comunismo cambiar de táctica.

Manteniendo su absoluta e íntegra soberanía sobre su territorio, el Estado español, en la utilización conjunta de instalaciones y zonas militares, ha venido a formar parte de un ideal Convenio defensivo para todo cuanto signifique un peligro o una amenaza para Occidente. Con el Convenio sobre la ayuda para la mutua defensa, España queda incorporada de hecho a una acción política de la que nunca se debió prescindir a la hora de fijar barreras al comunismo. En cuanto al Acuerdo de ayuda económica, algunos de fuera quisieron ver un peligro para la misma economía española: el peligro, decían, de una brusca o progresiva inflación. A los que así pensaban hoy les puede responder la experiencia de estos dos años. La inversión económica va paralela, en el tiempo y en la intensidad, a una mejora visible de nuestra industria y a un restablecimiento de nuestra agricultura. Si mayor fuese esta inversión, como sería de desear, tan lejos estaríamos de esa pretendida inflación como cerca de una más palpable mejora en todos los aspectos de nuestra industria, de nuestra agricultura, de nuestra economía.

Este segundo aniversario de los Convenios hispanonorteamericanos significa sencillamente un aniversario más y un nuevo recuerdo, en la memoria de todos los españoles, de los incontables y merecidos triunfos de la política internacional española, orientada y dirigida por nuestro Caudillo. Quien supo poner la primera piedra de este nuevo resurgir de España ha sabido más tarde, en el concierto actual de las naciones, buscarle el puesto y el lugar que con todo derecho y todo merecimiento le corresponde.

**EL ESPAÑOL**

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina  
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES  
Distribución exclusiva en Méjico:  
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.





# Mr. BROWNELL, DE VACACIONES EN ESPAÑA

**"Me ha impresionado la calurosa amistad del pueblo español hacia nosotros y considero que es recíproca en los Estados Unidos"**

Mister Brownell ofrece la mano al periodista

DE pie, pueden creerlo, y al lado del embajador de los Estados Unidos en Madrid, que nos hace más pequeños de lo que somos ya por nuestra propia cuenta, no se puede establecer, al menos correctamente, la estatura de nadie. Ni aun la del ministro de Justicia norteamericano, mister Herbert Brownell.

He dejado por eso, para ahora que estamos sentados, la presentación, el retrato físico del ministro. Por lo pronto, estamos ante un hombre delgado, de ojos claros y graves, pero llenos de una chispa irónica y cordial que invitan al diálogo, a la tranquilidad. Sentado, con un débil y característico movimiento de las manos, apoyadas, una sobre otra, en las yemas blancas de los dedos, mister Herbert Brownell, produce dos impresiones sucesivas: la del profesor y la del hombre perfecta y totalmente sereno. Un equilibrio exacto, rico, cordial, se desprende de toda su persona.

No hace falta, para nuestra corta y agradable conversación, ningún despacho especial. Uno cualquiera de la Embajada, sirve para ello. Al otro lado de la puerta, dos secretarías buscan afanosamente la ortografía verdadera de un nombre español: Morón de la Frontera. Una de ellas, en un alto del trabajo (lo vi después), había dibujado, con maestría profesional, un modelo de traje para ello. No les puedo decir si de invierno u otoño. El caso es que se quedó al lado de un inmenso libro en cuya cubierta, en buena letra negra, se dice: «Propiedad del Gobierno de los Estados Unidos».

Mi primera pregunta a mister Brownell quiere recoger, fundamentalmente, la primera impresión de Mr. Brownell en sus primeros contactos con España.

—Me ha impresionado la calurosa amistad del pueblo español

## ENTREVISTA CON EL MINISTRO DE JUSTICIA NORTEAMERICANO



Un momento de la entrevista de nuestro redactor con el ministro de Justicia de los Estados Unidos

*hacia nosotros y puede creer que es recíproca en los Estados Unidos hacia España.*

Señor ministro, ¿no será ésa una declaración más bien oficial que particular y privada?

El embajador, Mr. John Lodge, y el agregado de Prensa a la Embajada, Mr. Mac Evoy, que asisten, confortadoramente, a la entrevista se ríen de muy buena gana. Mister Brownell, con la cabeza inclinada hacia atrás, como si con ello quisiera dar más fuerza a sus palabras, me dice:

—Puede creer que esa actitud del pueblo español me ha impresionado. Y no se trata sólo de Madrid, sino que la he recibido, directamente, en todos los lugares que he visitado hasta ahora. En Toledo y en todos los sitios. Y después de esa primera sensación me ha sorprendido el gran número de bellezas históricas del país.

La respuesta es tan grave, tan seria, que yo doy gracias a mister Herbert Brownell. Hablamos ahora, en torno a la simple mesa, donde se desarrolla la conversación, de los motivos que influyeron en el ministro para que sus vacaciones, las primeras que toma desde que ocupa su alto

cargo en el gabinete de Eisenhower, se dirigieran hacia España.

Apenas huye, en ninguna pregunta, como animándola a ampliarse, la sonrisa de su cara un poco sonrosada de hombre rubio.

—Tenía mucho interés en conocer Granada, Toledo y Sevilla, que tienen, con el sol, mucha fama en Norteamérica.

Con un leve movimiento se vuelve hacia el embajador y comenta algo que no dejará de divertir a las amas de casa españolas:

—Mi mujer, además, sabía que en España podía comprar muchas cosas, y al paso que vamos—dice riéndose—me temo mucho que voy a volver completamente pobre a los Estados Unidos.

Hay un momento de festiva y alegre complicidad. El agregado de Prensa, Mr. MacEvoy, traduce al ministro la palabra inglesa cuyo significado, en castellano, viene a ser «grandes almacenes».

La opinión de los caballeros es que si se va con la esposa hay que huir de esos peligros.

### LA PERSONALIDAD POLITICA DEL MINISTRO

En el gabinete norteamericano, el cargo de Mr. Brownell que, co-



Tres gestos del ministro norteamericano captados por nuestro fotógrafo

mo se sabe, es el de procurador general, equivale prácticamente al de nuestro Ministro de Justicia.

En la vida real y estimativa de la política es un cargo verdaderamente importante al que se une, con la amplitud inequívoca de su significación, el título de consejero legal del Presidente Eisenhower.

—Entre otras actividades—me dice—*inherentes a mi función, me corresponde la de interpretación de los tratados con otros países.*

—¿Cuál de todas ellas puede ser más curiosa?

—*Depende del ministerio la protección del territorio indio.*

Es obvio decir que Mr. Herbert Brownell no ha llegado a la política sin una sólida e importante preparación. Hijo de un profesor de Ciencias Políticas, la vida familiar del joven «Herb» transcurre en el cuadro concreto de relación inveterada con el libro y con la Universidad. Esta relación tiene un carácter, si se quiere, más concreto: en la Universidad de Nebraska, donde su padre fué profesor, él iba a realizar, después de haber hecho sus estudios de bachillerato en Lincoln, su carrera de abogado.

Es evidente que la Universidad es un buen campo de experiencias. Destacar en ella, convertir-

se en uno de los jefes naturales de los estudiantes implica, al tiempo, el mérito y determinadas condiciones naturales. Uno de sus cargos en la Universidad fué dirigir un periódico: el «Daily Nebraskan», que se editaba, como es costumbre hacer en las Universidades norteamericanas, como un ejemplo de la vitalidad de las mismas que pregonan animosamente las excelencias de cada una.

Esta conexión del abogado, del profesional de las leyes con el periodismo no se perderá más tarde, cuando disfrutando una beca de la Universidad de Yale, termina de director del «Low Journal».

Cuando sale de la Universidad y comienza, efectivamente, su vida de trabajo, marcha a Nueva York. Estamos entonces en 1929 y el joven «Herb» tiene veinticinco años. Es la hora en que la fortuna, la suerte y la voluntad deciden muchas cosas. En una biografía de esos años del que iba a ser, veinticinco años más tarde, ministro de Justicia de su país, se dice que se decidió rápidamente: inmediatamente entró a trabajar con la firma Root y Clark, de Nueva York, y posteriormente, siempre en actividad, con otras firmas.

Recordando todo esto, preguntó a Mr. Herbert Brownell por su horario de trabajo. Me mira y, con su leve sonrisa, contesta:

—*El día no termina nunca.*

Creo sinceramente que es una buena respuesta.

En Nueva York comienza, también, al mismo tiempo que el trabajo importante, la política. Pocos años después es elegido diputado e interviene, de una manera directa y en primer plano, en lo que pudiera llamarse la estrategia electoral.

La primera aportación destacada de Herbert Brownell a la política es su campaña en favor de Thomas E. Dewey para los puestos de gobernador, primero del Estado de Nueva York, y más tarde, cuando el mismo Dewey se presenta candidato a la Presidencia frente a Roosevelt. Si bien, como es conocido, Dewey no es elegido, Mr. Brownell llega a adquirir una importante y destacada personalidad en el partido republicano que le lleva a un puesto decisivo: a la presidencia del Comité Nacional Republicano. Es decir, prácticamente, Herbert Brownell, que en 1944 tiene cuarenta años, llega a ser el jefe del partido.

A nadie estará oculto la indudable valía del antiguo periodista universitario.

Casado en 1934 con Doris A. McCortner, tiene en la actualidad cuatro hijos, divididos, para la buena balanza familiar, en dos parejas. Por un lado, las jóvenes Joan y Anne. Por el otro, Tom y Gim.

En la vida corriente y moliente de cada día, Brownell sigue perseverando en sus viejas aficiones deportivas de la Universidad. Si no las practica, gusta de las competiciones de la pelota base y busca, en un rancho que poseen en Arizona, el descanso de las cortas e inesperadas vacaciones.

Al verle ahora ante nosotros, se percibe bien el hombre amante de la Naturaleza. Y, no cabe

engañarse, su suave placidez, su amistosa manera de mirar y de decir no oculta, desde luego, ni la cálida sensación de firmeza ni la chispa inteligente e irónica de sus ojos.

#### EN EL ESCORIAL TAMBIEN CONOCEN A MINISTER BROWNELL

Dos han sido, según Mr. Brownell, características muy destacadas de la administración de Eisenhower: de un lado, la posición política muy clara de Eisenhower frente a la infiltración de los comunistas y el haberse pronunciado la Constitución, durante su período presidencial, contra la segregación o separación de razas. En este punto afirma lo siguiente:

—*En estos años se han hecho más progresos para terminar con el problema de la separación de negros y blancos en Norteamérica que en los últimos noventa años.*

El embajador, Mr. John Davis Lodge, interviene para contar una curiosa anécdota que le ha ocurrido al ministro de Justicia norteamericano en El Escorial.

Se encontraba—dice— en el comedor del hotel cuando, a mitad del almuerzo, se presentaron un grupo de jóvenes negros que habían ido también a El Escorial para saludarle y darle las gracias por las medidas que estaba tomando con ese motivo.

Por desarrollarse la escena en otro país y por el hecho de conocer entre los turistas a su ministro, la anécdota tiene una jerarquía emocional y un interés personal para Mr. Brownell, de delicado y exacto sentido.

—*Fué una cosa emocionante.*

#### EL CASO ROSENBERG Y LA PRESION «DE UNA MINORIA EN TORNO AL PRESIDENTE»

Se desenvuelve, como un ovillo, la conversación hacia otros extremos. El ministro dice que, precisamente, el acuerdo constitucional contra la segregación racial y el caso del matrimonio Rosenberg, que convicto de espionaje fué ajusticiado, han sido los dos movimientos de publicidad y de emoción mayor en torno a su ministerio.

Sus palabras textuales no admiten el menor lugar para la duda:

—*Todas las actividades, peticiones de indulto y las presiones organizadas para la salvación de los Rosenberg tenían su origen en una minoría pequeña, pero bien organizada, que ha sido la misma que se movilizó contra nuestras disposiciones anticomunistas.*

Sus palabras tienen el mismo tono, el mismo acento de hace unos momentos. Es una voz suave, de registro bajísimo, pero perfectamente audible que imprime un poco. No acierta uno a encontrar la palabra del orador político. Se trata, al revés, de un abogado que expone, con una rara economía de movimientos, un proceso político.

Al hablar de la infiltración comunista que la Administración Eisenhower ha tenido que vigilar, descubrir, y poner fuera de la Ley, añade:

—*Verdaderamente hubo casos en muy distintos sectores. Hubo infiltraciones en el Gobierno, en*

la política, pero no se dió un caso en la Justicia, que ha permanecido aislada y sin contaminación.

Le interrogo por algún caso especial en el que el descubrimiento tuviera una relación concreta con España.

#### LA BRIGADA LINCOLN, BAJO GRAVE ACUSACION

Pocos españoles dejarán de recordar lo que significó la brigada en los campos españoles durante la guerra. Esa organización norteamericana continuó posteriormente en la propia Norteamérica su campaña antiespañola.

—Ahora—dice el ministro—el Gobierno norteamericano procede contra la organización. Se ha comprobado que su política ha sido dirigida por el partido comunista, y que sus actividades eran peligrosas.

—¿En qué circunstancias se encuentran ahora?

—No se ha resuelto todavía, pero el caso es tal como se le presenta.

#### INTERVENCION DEL EMBAJADOR LODGE

En esos momentos de precisión por nada menos que el ministro de Justicia de las actividades antiamericanas de la brigada Lincoln en los Estados Unidos, interviene el embajador Lodge, para señalar un aspecto importante del problema:

—El escoger el nombre de un gran héroe como Lincoln, cuyo caso es idéntico al uso que hicieron en Italia con el nombre de Garibaldi, parece ser una actitud típica del proceso de enmascaramiento de los comunistas en sus actividades. Es bien evidente que Lincoln nada tenía que ver con el comunismo y que, bajo su nombre, no se podía hacer ese juego.

Todo ello valió muchas campañas contra Brownell de la Prensa comunista. El embajador recuerda, sonriente, que el nombre de Mr. Herbert Brownell salió en letras grandísimas y a toda página en el periódico comunista «Daily Workers».

—Claro—dice el ministro—que no era para decir cosas agradables de mí.

El agregado de Prensa, mister MacEvoy, que es siempre un perfecto amigo de los periodistas en la Embajada (y a quien falta hoy la vieja pipa) me dice:

—Rara vez han dejado los comunistas de perseguir la figura del ministro.

#### EL F. B. I. EN ACCION. MILES DE HOMBRES EN LA TAREA DE CONTRA- ESPIONAJE E INVESTI- GACION

La tarea más importante en la lucha contra las acciones del comunismo en Norteamérica dependió, de una forma concreta, del ministerio de Justicia a través del F. B. I.

Todo el mundo conoce hoy, aunque no sea con toda exactitud, los servicios que ha prestado esta Policía especial de los Estados Unidos al Gobierno federal.

—¿Cuáles son, señor ministro, las actividades principales de la F. B. I.?

—La F. B. I. forma parte del ministerio y sus misiones princi-

pales corresponden a toda clase de investigaciones y crímenes contra el Estado, espionaje, actividades comunistas y cualquier actividad, de las que pueden servirle de ejemplo los monopolios ilegales, que vanan contra los intereses generales del Estado.

—¿El fraude en las contribuciones?

—Puede dar origen a una investigación de la Policía del F. B. I. todos los fraudes relacionados con el Código de impuestos y, naturalmente, todas las violaciones de la Ley en ese terreno.

—¿Intervienen en algún crimen especial?

—Hay uno, el secuestro, que es considerado crimen federal y obliga a la F. B. I. a intervenir.

La conversación rueda ahora por el terreno de las enormes masas de personal que son necesarios para que el ministerio de Justicia esté atendido perfectamente, sobre todo, en estas cuestiones.

—Tengo en el ministerio unos 30 000 empleados, en los que están incluidos, naturalmente, esa Policía especial, los servicios de emigración y otros varios.

—¿Alguna curiosidad de la F. B. I.?

—Mire, en estos momentos posee la mayor colección de huellas digitales que existe en el mundo. Hace veinticinco años que está mandada por el mismo jefe y tiene una escuela de entrenamiento perfecta.

#### LAS RECLAMACIONES CONTRA EL GOBIERNO LLEGAN A LOS TRES MIL MILLONES EN ESTOS MOMENTOS

Antes, al hablar de las investigaciones de la Policía secreta sobre las violaciones de la Ley de impuestos, apareció la palabra «reclamaciones contra el Gobierno». Buena ocasión para preguntar al ministro de Justicia en qué casos, según la Ley, el inocente peatón puede querellarse contra el Estado.

—Hasta hace poco no existía esa posibilidad, pero recientemente—nos dice—estipula que en determinados casos puede existir esa coyuntura.

—¿Me podría dar algún ejemplo práctico?

—Puede ser en el caso de que una persona sea herida o lesionada en sus intereses por un coche del Gobierno. Puede serlo, de igual forma, y por tratar sucesos no imposibles, por hundi-

miento de un barco privado por otro de la Marina y, en fin, en casos en los que estimen cualquier injusticia los empleados del Gobierno en su contrato laboral. —¿Y en el caso de los impuestos?

Aquí, el ministro se ríe claramente. Se ve, patentemente, que es un asunto muy debatido en su trabajo diario.

—Ahora hay nada menos que esto: se reclaman al Gobierno unos tres mil millones.

La cifra es de tal envergadura que le pregunto:

—¿Y qué opina usted?

—Pues que el Gobierno se va a defender sin dudarlo un momento.

Yo pienso, modestamente, que no existe la menor duda. Hasta por algún millón menos se puede librar batalla.

#### FINAL CON FELICES VACACIONES

En el despacho donde se desarrolla la entrevista ha oscurecido y nadie ha pensado que podría encenderse la luz. El embajador, con un leve movimiento, mira su reloj y me anima a decir las últimas preguntas. Ya de pie, el ministro de Justicia norteamericano, me dice:

—Mi viaje es particular y no oficial, pero considero importante la visita.

¿Y usted cree, señor ministro, que se ha modificado de forma auténtica la situación internacional con posterioridad a la Conferencia de Ginebra?

—Yo sólo puedo decir que mi departamento no ha visto ningún cambio en la actitud de los comunistas en los Estados Unidos.

—¿Qué consideraría usted importante para que esa pacificación fuera verdadera?

—No tengo nada más que repetir las palabras de Eisenhower: «Tienen que cambiar en las cuestiones de infiltración».

Quando salgo al largo dédalo de los pasillos de la Embajada con MacEvoy que me sirve de amigo y de guía, el ministro y el embajador están todavía de conversación en la escalera. El ministro, con el sombrero puesto, el traje marrón claro y su corbata de nudo grande, parece un viajero que espera el próximo avión.

Y en cierto modo lo es: ahora está en Andalucía, con la mirada clara recorriendo España. ¡Felices vacaciones, señor y señora Brownell!

Enrique RUIZ GARCIA



El embajador, mister Dunn, y el ministro, mister Brownell, ríen ante un comentario del periodista



# IBIZA, DE PUNTA A PUNTA

LA ESFINGE DE LAS  
ISLAS BALEARES

## UN PARAISO PARA LOS TURISTAS

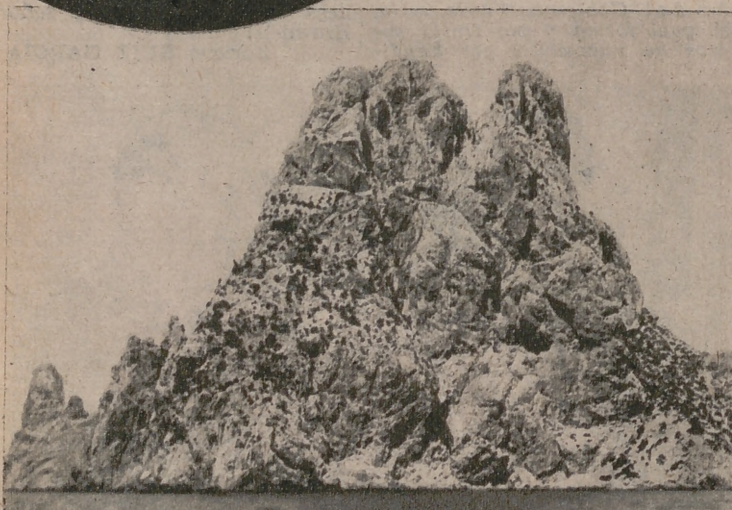
UN PUEBLO QUE SABE VIVIR  
PARTIENDO DE SU PROPIA BASE

EN SAN ANTONIO ABAD LA LUZ, EL SOL  
Y EL MAR ESTAN EN PROPORCION JUSTA

En Santa Eulalia ofrece magnificos  
lugares para el deporte y el descanso

LLEVO ya algunos días en Ibiza, los suficientes para  
empezar a perder la frescura peligrosa de la impre-  
sión pintoresca. He recorrido la isla de punta a

punta, de día y de noche; he  
oído las campanas de la iglesia  
de San Pedro, llenas de una dul-  
zura vegetal cuando, al atarde-  
cer, se mezclan en la ciudad alta  
con el ruido español de los zap-  
atos de la soldadesca; me he  
bañado, en las horas de sol re-  
cío, en las más finas calas y ca-  
letas ocultas entre bosques de  
sabinas; he tomado café en los  
chiringuitos del puerto ibicenco,  
con los ojos pegados en los  
grandes veleros de la Empresa  
Matutes, últimos estandartes del  
viejo mundo heroico de la nave-  
gación. He visto muy despacio  
—con un respeto atávico, instin-  
tivo—las piezas del pasado de es-  
te pueblo ocultas en esas salas  
de historia que siempre—en todo  
tiempo, en todos los lugares—  
huelen a húmeda porosidad. He  
charlado sin prisa, matizando  
las frases, con ibicencos de gran  
vida interior, enamorados de su  
aislamiento. He quemado tabaco  
—montañas de tabaco—intentan-  
do vivir en poco tiempo el secre-



El islote de Vedrá brota en el mar fantasmagóricamente. Arri-  
ba: Playa La Bassa, en San Antonio Abad



Desde tierra vemos, escalonadamente, la Torre del Pirata, el Vedranci y el Vedra. Ibiza ofrece lugares incomparables, como éste, para la pesca submarina

to de un pueblo sutil, honesto, desconfiado, de una virilidad desconcertante — festoneada de calma, de cauto «savoir faire», y le he de decir a usted, señor, que Ibiza para mí es la esfinge de las Islas Baleares...

#### RAZONES ECONOMICAS

Ibiza, como isla, proporciona trabajo a quince médicos, cinco farmacias y dos o tres clínicas. Ibiza tiene catedral y obispo. Y cárcel. Y periódico. Esto es una gran isla pequeña, de economía propia, que vive en recelosa regañina con su hermana mayor, la isla de Mallorca. Durante muchos años los ibicencos tuvieron que dotar con su dinero a su propio Obispado. Y ellos—tan ahorradores, tan poco amigos de la empresa común—afrentaron los gastos por religiosidad y además por deseo de independencia

administrativa en cuanto a lo espiritual. A usted, señor, le sorprendería mucho—y favorablemente—el alto espíritu de humana conformidad con que el hombre ibicenco admite esa postura de individual comunidad en pequeño estado, postura básicamente adaptada al patriotismo nacional, pero dispuesta siempre a exaltar un vibrante localismo gigantesco que crece cada mañana, que involucra el ambiente rápidamente al paso de la luz solar.

El esfuerzo que estos siete u ocho pueblitos diseminados en torno a siete u ocho iglesias blancas y cuadradas han hecho—al lado de su capital—, a fin de procurarse, en un aislamiento secular, la más vasta y concreta comodidad posible, ha costado decenas y decenas de siglos, y no puede borrarse con unas cuantas crónicas de enviado especial

ni con esfuerzos de quince años, porque la honestidad española con respecto a este bello pedazo de tierra empezó exactamente con nuestra última paz. Desde el primer bajel corsario hasta la última pirueta cara a la urna hecha por el Madrid político de los bienios para captarse a Ibiza, esta isla ha sufrido dolorosos, constantes desengaños en todos los aspectos; ha sido maltratada, saqueada, calumniada y algunas cosas más; han caído sobre ella los cazadores de bonita literatura comarcal en busca de incentivos fáciles; han vivido en su suelo los malos funcionarios tocados por el virus del feo expediente. Ibiza ha sido en cierto aspecto una pequeña fábrica española de marinos magníficos, de emigrantes valientes, hechos al sufrimiento. Ha rendido a la Patria tributo militar de prime-

Canaret (cueva d'en Marsá). Magníficos lugares para el deporte y el descanso en la pintoresca Ibiza





Vista de la iglesia de Santa Eulalia del Río. Todas las civilizaciones que pasaron por Ibiza dejaron sus huellas

orden en la historia de nuestro desastre colonial. España, en cambio, tuvo siempre por ella un amor vaporoso, de forma entre retórica y burlesca. Esa clase de amor, a la hora de las cifras sufría la deformación muy a lo embudo de las distribuciones provinciales, centradas en Mallorca. Los fondos nacionales (tan limpios, tan ondulados al emerger en las sumas finales del «Boletín Oficial del Estado») llegaban a su destino ibicenco un poco mareados por el trasiego de los mares. Infinidad de manos pecadoras deformaban los ceros sitos a la derecha, los engullían entre dos discursos... Ibiza—tierra de españolismo incuestionable, vigoroso—empieza sólo ahora, desde hace quince años, a ser parte palpable y amparada en las distribuciones estatales. Sólo a base de honestidad y justicia en los repartos podrá hacerse de Ibiza—al paso de los años—la isla feliz, la isla sin complejos que Rusiñol no vio, pero supo inventar...

#### HISTORIAS DE UNA VIDA PROPIA

La última cosa que los niños aprenden consiste en bastarse a sí mismos. En un pueblo—por pequeño que sea, por riqueza que exista en sus elementos naturales—el hecho de aprender a bastarse, a sustentarse sin auxilio ajeno, es una hermosa prueba de madurez y serenidad distributiva. Si ahora le digo a usted—para confirmar sus sospechas—que Ibiza sabe cómo ha de vivir partiendo de su propia base, usted se alegrará conmigo. En toda base de alegría—claro—existe un firme fondo de renuncia. Eso, en concreto, quiere decir que Ibiza ha renunciado, desde hace yo no sé cuántos siglos, a las sinuosidades de la abundancia. Esta tierra fabrica desde sus algar-

tas hasta sus bebidas alcohólicas, pasando por sus barcos, sus vestidos, sus joyas... Usted puede sentir el difícil placer de la mesa extraída en directo del mar y de los campos; usted puede calzar alpargatas de pita, beber aperitivo «Palo» y licor «Mary Mayáns» (y vestirse, enojarse, engalanarse, comprarse un buen velero a plazos y regresar a la Península) sin la menor necesidad de emplear productos ajenos a la isla. La artesanía de aquí es de una dulce ferocidad implacable, de una capacidad asombrosa, de una interesantísima y casi inexplicable fertilidad imaginativa. Le pregunté al señor Planells (que posee en Ibiza un hotel envidiable, donde se come bien por muy pocas pesetas) qué ocurriría en su tierra si de pronto el tiempo regresara a la Edad Media. Y me dijo él, deformando las cosas desde el punto de vista simplemente hotelero:

—Que su agua mineral no estaría tan fresca...

—Pero, señor Planells—repuse—, ¿no iba a suceder algo mucho más importante, más decisivo?

El hotelero remusgó los ojos y se arañó con una uña en la barbilla:

—Pues puede—dijo luego—que llegase alguna goleta de corsarios moros y hubiese degollina como postre...

Una noche, a la hora del café, charlábamos sobre estas cosas con unos ponderados alemanes cuando hubo un apagón de luz de unos segundos y todo el comedor volvió a la época del navegante Ulises. Salimos a la puerta—próxima a los astilleros portuarios—y una nube de niebla muy poco respirable nos obligó a acordarnos de la lección de Birmingham, Yorkshire y Lancashire, cuencas hulleras que se

olvidan al terminar el cuarto curso del bachillerato. Cuando volvió la luz al mundo y a las tazas le pregunté a Planells por la razón de lo ocurrido:

—Aquí, puestos a fabricar—me dijo—, sabemos producir hasta la luz...

(Lo único que enturbia la placidez de las noches de Ibiza capital es el ruido de un motor gigantesco, instalado en el centro de la ciudad. Me dicen que un silenciador cuesta 3.000 pesetas. Ese motor produce luz, pero también insomnio. A veces, por la noche, cuando uno despierta y se prepara para esa dulce vuelta hacia el otro lado, continuadora del descanso nocturno, sufre la absurda alarma de pensar que le han embarcado los corsarios hacia la Morería en bajel a motor. Abre entonces los ojos y salta de la cama y mira hacia cualquier sitio del mar, en la seguridad de distinguir un faro. Los faros, en la isla de Ibiza, juegan a hacer de chimeneas. Ibiza es una isla sin enormes industrias, sin grandes sobresaltos. Sobresaltos e industrias, en Ibiza, son de tono menor...)

#### EL PAISAJE INTERIOR

Aparte los diez mil y pico de habitantes apiñados en la capital, esta isla se agrupa en cuatro parroquias rurales, todas con nombres de santos: Santa Eulalia del Río, San Antonio Abad, San Juan Bautista y San José. Cada una de estas parroquias tiene de cinco a siete mil habitantes, a los que no hay forma de ver agrupados como no sea a la hora de ir a misa cada domingo. Los habitantes pueden agruparse en estas y otras espaciadas ocasiones; pero las casas no. Lo más inmediato a una casa ibicenca es un almendro, o una higuera, o un fornido algarrobo exhibiendo sus frutos ne-

grosos y dramáticos. Usted no estará acostumbrado a esta balear presencia multitudinaria—perdone la palabra—de la higuera como fuente económica llevada a la más absoluta sensación de seriedad. Usted habrá comido higos en acequias cuajadas de zarzales, como yo, y habrá dormido alguna inolvidable siesta veraniega bajo uno de estos árboles magníficos, de presencia sabrosa y de entraña sin fuerza. La higuera solitaria, la higuera lírica, crecida como un gato—sin esfuerzo y por cuenta propia—, no existe en el campo ibicenco. Aquí existe la higuera diplomada, con estudios, de producción cuidada, regularizada. Ahora—cuando el verano cae con toda su ácida dulzura—no hay cosa más bonita en el campo ibicenco que la presencia de estas ubérrimas amas de cría de la flora local que son las frondosísimas «figueres», lechosas, goteadas, de hojas verde ambarino, por entre cuya copa se filtran los rayos de la noche lunar, en cuyo tronco se diluye el poivillo de las horas calientes de la tarde.

Junto a estas vastísimas «figueretes» abundan extensísimas franjas de almendrales—nubes verdidas hacia la primavera—y algarrobos potentes, torturados, cuyo olor me recuerda la época del café falseado. Y luego, a grandes saltos, se escalonan los cultivos corrientes en el Mediterráneo, sazonados por un sistema de regadío simplísimo, moruno, basado en el principio de la capilaridad. Por dentro—en su meollo—Ibiza es una tierra de una riqueza agrícola poco variable, con algunas colinas salpicadas de olivos. Las casas menudean entre los minifundios. No puedo decir que se alzan, sino que se extienden, porque (como creo que le dije en mi otra carta) la arquitectura indígena tiene sólo amplitud.

#### LA JUSTIFICACION HISTORICA

Esta isla fué cartaginesa, romana, bárbara, bizantina, árabe y catalana antes de entrar a formar parte del mapa nacional definitivo. Puede admitirse que un

pueblo interior—aquí eso de interior quiere decir peninsular—haya sido un poquito de todas estas cosas sin que, al fin, se le noten mucho las influencias. En Ibiza cada una de las civilizaciones apuntadas—la época de los vándalos tuvo también su punto de cultura negativa, simplista—ha dejado sus calcas bien marcadas. Cartago no sólo dejó monedas enterradas; dejó además la facultad y la tendencia de seguir enterrándolas. Roma puso su miga de sentido común. Bizancio, su arte. Luego, los árabes y los catalanes pusimos lo demás durante siglos, porque la lucha entre unos y otros se transformó en una brega anual, interminable, llena de idas y vueltas. Los árabes dejaron su amor contemplativo y pasional. Los catalanes pusieron su carácter abierto a la aventura emigratoria. Cuando los hermanos Montgrí, ampurdaneses, fueron a ver al Rey Don Jaime de las Barbas para pedirle una licencia de colonización en regla, el amo de Mallorca les dijo que allá ellos. El Rey Don Jaime estaba ocupadísimo en Alcañiz, preparando sus guerras de distrito. No tenía de Ibiza una idea muy clara. Tampoco la tendrían los Montgrí cuando le prometieron realizar la conquista en menos de diez meses. Con mil quinientos hombres y unos pocos caballos comenzaron montando fundíbulo y tringete, abrieron cuatro brechas de esperanza y después iniciaron esa dulce acampada que no ha faltado nunca en una guerra antigua y placentera. Es posible que Ibiza continuase hoy siendo un feudo, moro rodeado de turistas acampados de no haber existido un hermano del jeque que se dispuso a traicionar a éste por cuestiones de hetairas y demás. El hermano del jeque se sabía al dedillo los pasadizos secretos, y, al fin—después de un fuerte ataque por sorpresa—, la capital de Ibiza se rindió antes de que el «terrible» trabuquete hubiese lanzado diez piedras. No es necesario hablar de lo que sucedió con las hetairas.

En el momento de ocupar Ibiza los mil quinientos campesinos

ampurdaneses, mandados por los dos Montgrí—además de por Don Pedro de Portugal y el conde de Rosellón—, la población indígena vivía cultivando en público la religión cristiana. Los moros se habían mostrado tolerantes, afectuosos y—además—amorosos con las señoritas. Corrían sangres mezcladas. Ibiza había aprendido del mundo sarraceno una serie de eficientes prácticas agrícolas. Con esto, con lo que sabían de los romanos y con el alma de recuento comercial traída por Cartago, los ibicencos se sintieron muy bien al tropezar con el espíritu de los nuevos señores, formados racialmente en iguales tendencias. El hecho de que luego los moros fugitivos se volviesen piratas insensatos y creasen un «maquissard» marítimo sanguinario, no podía influir en la mezcla de sangres catalana y moruna.

Ibiza es hoy, en raza, uno de los lugares españoles de más pura y señalada ascendencia africana. En idioma es el sitio de las islas Baleares en donde se habla un catalán más puro. Opino que el catalán hablado en Ibiza es mucho más perfecto que el de Barcelona. Como gentes de fondo elemental, los ibicencos hablan utilizando infinidad de verbos. Esos verbos son de una precisión insustituible, de un grafismo fonético soberbio. Día a día recibo lecciones de catalán. A esos gramáticos barceloneses de pinza y latínajo les recomiendo un buena excursión a la isla de Ibiza. Comprobar la riqueza, la fluidez del catalán que se habla aquí ha sido—para mí—una sorpresa impagable. Los propios giros árabes han sido deformados en vernáculo con una gracia serenísima, inspirada.

#### MUJERES. HOMBRES. TEMPERAMENTO.

La mujer ibicenca es morena, bonita, de ojos inmensos, negros, brillantísimos. Anda despacio, habla despacio, mira despaciosamente. Si es campesina y vive

En San Antonio Abad, los mozos, vestidos con trajes del país, en una procesión



Mozas ibicenses en una típica procesión. La mujer aquí es morena, bonita, de ojos inmensos, negros, brillantísimos



en las parroquias interiores, conserva casi siempre la costumbre de usar sus ropas típicas: el largo faldellín hasta los pies, el jubón verde oliva, la mantilla y las clásicas alpargatas de pita, en cuya punta no le caben más que cuatro dedos. Lleva el pelo alizado, con unos rizos muy ingeniosos sobre la frente y una rebusta trenza, generalmente corta, que termina en un lazo de colores vivísimos. En la mismísima capital administrativa de la isla las payesas acuden al mercado matutino ataviadas así. Se mueven con soltura, a pesar de la enorme cantidad de ropa acumulada. Cuando en los bancos de la plaza-mercado se agacha una payesa para mostrarle a un parroquiano sus peras, sus tomates —sabrosísimos, incompatibles—, se percibe con toda claridad la misteriosa y limpia sensación del roce de sus vastas enaguas olorosas, de las que guarda en su masada docenas y docenas en consolas macizas con caracola encima. En la plaza-mercado las más bellas turistas tipo «forfait»—con «shorts» y blusa transparente—caen en un ridículo de fondo ornamental si uno invierte su tiempo en com<sup>o</sup>pararlas con las «atlotas» jóvenes, de un blanco frágil, atezado por dentro. Cuando a la hora del desayuno esas «atlotas» suben con sus cestas vacías a los coches de línea parece como si esos viejos carromatos ibicencos restallasen de gozo secular. El chófer las contempla con prudencia calculadora. Un «mister» las encuadra en el visor de su aparato fotográfico. Hay un trasfondo de respeto en las miradas que el turista dirige a esas mujeres integras, folklóricas, que —para su fortuna—no tienen aún idea de lo que es el «folklore». Annie Louise, una hermosa alemana de Francfort, que trae loca a la colonia veraniega, se probó hace unos días un vestido de «atlotas». Le sentaba como un fusilamiento colectivo...

Un ibicenco puede ser marino, puede ser campesino y también puede ser profesional de la ida y la vuelta, es decir, emigrante por quinquenios. Antes el emigrante local no volvía casi nunca. Ahora es frecuente que se pase un quinquenio rodando por el mundo y otro quinquenio bajo un algarrobo o viviendo en el barrio marinero. Con el turismo ha nacido definitivamente el tipo portuario —camarero, conserje, vigilante, vendedor de postales— con un indefinible aire de ostriario italiano. El hombre del país es de estatura media, enjuto. Come poco, habla poco, duerme poco y trabaja muchísimo, pero sin prisa. Cuando a las cualidades apuntadas se une la diligencia, la prontitud, el ibicenco estalla, rebasa la periferia de la isla, se instala en Barcelona, en Palma, en Valencia, y a los pocos años merece sombreros imponentes. En general—no obstante—, el hombre de esta tierra no se altera. Ayer, ante una enorme ola de aspirantes a viajeros de la Transmediterránea, observé el ritmo de trabajo de los dos funcionarios encargados de despachar los pasajes para un barco. Uno de ellos se to-

mó todo el tiempo necesario para liar esmeradamente un cigarrillo. Una vez hecho esto se tomó todo el tiempo necesario para buscarse las cerillas, encenderlo, soltar algunas bocanadas y decirle al cliente más inmediato, como excusa, que había tiempo sobrado para todo. El cliente era un caballero nórdico, y no tenía noción de lo que es y de cómo funciona la sabiduría árabe, romana. Hay quien no entiende que la felicidad puede existir sin dinamismo. Cuestión neurovegetativa. Y cuestión de paciencia...

#### LA COSTA...

La capital de Ibiza tiene una buena playa—la «d'en Bossa»—, separada de la urbanización en uno o dos kilómetros. El sitio es agradable, repleto de palmeras. Desde el puerto existe un servicio regular de embarcaciones con la playa de Talamanca, a una milla escasa. En Talamanca hay varios merenderos llenos de rútilos en francés macarrónico, muy simpático, y además un hotel inundado de americanos. La playa es buena, aunque no tanto como la anterior.

Como lugar de escueto veraneo le recomiendo a usted el pueblito de San Antonio Abad, a unos 15 kilómetros del puerto. San Antonio es uno de los pueblos más hermosos de las islas Baleares. En su «Cala Grassió» y en su «Platja de Ses Sabinas» hallará usted la luz, el sol y el mar proporcionados en un medio justísimo. La arena es fina; los fondos, limpios. Para el cazador submarino, la isla de Conejera—que se abre en la bahía como una enorme tarta de San Juan—ofrece emociones violentísimas y frecuentes. Todos los días caen sobre la costa de la isla Conejera cientos de cazadores submarinos, y todos tienen su poquito de suerte. Ante algunos parajes submarinos ya enteramente acreditados incluso hay cola. Exactamente al pie del faro saqué yo un mero de una cueva en donde habían buceado, en muy pocos minutos y siempre con buen éxito, cinco competidores míos. La señorita Giselle Mathews, francoirlandesa, tiene diecisiete años, pesa 54 kilos, y en un mes ha sacado casi 200 ídem de pescado frente a esa misma isla.

Otro lugar magnífico de la isla es Santa Eulalia. En Santa Eulalia—como en San Antonio—la colonia extranjera es copiosísima. En Cala Blanca, Cala Llonga y Cala S'Alga hablan inglés hasta los pulpos de las rocas. Cala Llonga es un punto maravilloso, encalmado, donde las aguas tienen un verde arracimado, despeinado, cambiante. Las algas, en sus rocas, flotan como medusas. Presenciar cómo bulle ese tarro de ricos caramelos constituido por las bañistas en las horas de plenitud solar; tumbarse bajo un pino, a seguir con los ojos la evolución precisa de un blanquísimo «snipe»; charlar con un señor viejo, felpudo, con caña de pescar a punto y treinta días de sombra por delante, es un placer que los conquistadores de Montgrí no conocieron.

Como en las playas de San

Antonio, como en las playas de Santa Eulalia, hallará usted magníficos lugares de deporte y descanso en San Juan, en Cala Boix, en La Galera, puntos antaño frecuentados por la piratería berberisca y hoy admirados por el turismo internacional. Ibiza, en cuestión de turismo, no tiene desperdicio...

#### ¡OH, EL TURISMO!...

En mi carta anterior le hablaba a usted de tipos fuera de concurso. He de insistir sobre ello por razón de que saltan a la vista los turistas extraños, maniáticos. En el yate de Onassis llegó a San Antonio, hace unos meses, un señor de ojos góticos, muy bebedor, que se metió debajo de una tienda de «camping» y se puso a dormir y a tomar el sol. Lleva así varios meses, desde fines de junio. Una mujer le trae la comida por la mañana, y el bicharraco se la paga en dólares, y bien. Duerme dieciocho o veinte horas. Cuando no duerme se pone a tomar el sol, y se queda dormido. Cuando no hace ninguna de estas cosas come y bebe, y entonces le entra una invencible somnolencia. No habla con nadie.

Otro tipo curioso es un señor muy fino, muy atento, cuya gran diversión consiste en viajar por la isla pagando el gasto a todo quisque. Se llama Mike Bradford, es americano, tiene un coche estupendo y duerme en una jardinera. Cuando entra en un café la clientela—al reconocerle—pide champán del bueno. El señor Mike toma una cerveza, charla un ratito con el «barman» y, al salir, paga el gasto general. Cuando en sus viajes tropieza con un caminante le ruega que suba a su coche y le invita a comer o a cenar. A un pescadero de Ibiza le compró cuatro cajas de morralla «porque hacía mucho calor», según dijo. Se las pagó y le dejó irse con la mercancía...

En la ciudad de Ibiza—por si usted no lo sabe—vive un perro famoso en Estados Unidos, el perro «Peter». Tiene un aspecto de can vulgarote. Es blanco y gordo. Le alimentan muy bien. El perro «Peter» había pertenecido a un capitán del Ejército estadounidense. Cuando la guerra de Corea fué mascota de una compañía. Realizó salvamentos numerosos, heroicos. Ahora el Ejército de los Estados Unidos le pasa una pensión a él y otra a su amo. Quise hablar con el amo de ese perro, pero no pude. Resulta que el heroico «Peter» y su dueño tienen un contrato extendido con la United Press. El tema «Peter», por lo tanto, es «tabú». Sólo puede decirse lo que ya sabe todo el mundo. Usted tendría una desilusión con ese can. Cuando pasa una perra vulgarota, de la calle, la mira y la remira con ilustre nostalgia. En algunos momentos—además—se arrima a las farolas como cualquier perro mortal...

No le cansaré más, señor. Sabe dónde me tiene. Hasta otro rato...

Jaime POL GIRBAL  
(Enviado especial.)



Escribe desde LONDRES Jesús Pardo (Especial para EL ESPAÑOL)



**LA OPINION PUBLICA ESTA EMPEZANDO  
A CONSIDERAR A EDEN COMO EL PRIMER  
MINISTRO NATURAL DEL REINO**

**DIVAGACIONES SOBRE LA PROXIMA  
TEMPORADA PARLAMENTARIA**

**LA DESGRACIA MAYOR QUE AFLIGE AL  
PARTIDO LABORISTA BRITANICO ES LA  
IMPACIENCIA DE ALGUNOS DE SUS LIDERES**

**A** HORA, con las vacaciones de verano, los conservadores están gobernando solos. Todos los diputados laboristas, conservadores y liberales están de vacaciones: unos, en el extranjero; los más, en sus distritos electorales, a contemplar a sus ovejas; otros, simplemente a descansar. Por eso, la paz que existe a primera vista en la escena política inglesa, lo es sólo aparente; la proesión está fraguándose por dentro de los líderes mismos, y estallará a fines de septiembre, cuando el Parlamento vuelva a iniciar sus sesiones.

Los laboristas son los más débiles; derrotados por una mayoría indiscutible del electorado, su posición ante la nación es poco airosa; entre sí, lo es todavía menos.

Un examen reciente de la máquina laborista observó que faltaba grasa para el motor y que el motor mismo presentaba graves deficiencias de funcionamiento. Lo que hace falta ante todo, se dijeron los líderes, es más dinero y una organización burocrática y jerárquica más eficaz.

#### **LA LUCHA POR EL DINERO**

Los conservadores son un partido muy rico; su máquina propagandística es superior incluso a la que montó Goebbels años ha, y psicológicamente muy acertada. Los laboristas, en cambio, cuentan con muy escasos fondos propios; tienen las cuotas de

sus miembros, que apenas dan abasto para los gastos más elementales. Lo que les salva es el tesoro sindical.

Los Sindicatos ingleses son oficialmente laboristas, aunque de

hecho, parte de sus afiliados no lo sean; buena parte de las cuotas que paga regularmente el partido viene, pues, de bolsillos conservadores, liberales, comunistas o apolíticos. Sin el partido



**Grupo de dirigentes sindicales, miembros del Congreso del T. U. C. llegan a Brixton para asistir a la Conferencia de la organización de los trabajadores británicos**



Butler, el rival más importante de Eden en el partido conservador, está en un apuro muy serio con su política económica

laborista parlamentario, la revolución socialista inglesa no hubiera tenido lugar o hubiera sido violenta, porque las ideas sindicalistas sobre la distribución de la riqueza y las responsabilidades de los patronos no hubieran sido oídas en el Parlamento. Por eso, y porque es el instrumento de que se sirven los líderes para hacerse oír, los Sindicatos ingleses pagan cuantiosas sumas al partido y financian la Prensa laborista, principalmente el «Daily Herald».

#### TOMBOLA Y LOTERIAS

La tutela económica de los Sindicatos es, sin embargo, muy pesada, sobre todo en momentos de crisis, cuando el partido laborista tiene que andarse con cuidado y no morder la mano que le da de comer; esto explica, en parte —la otra razón es puramente electoral— el que jefes laboristas inteligentes y responsables digan a veces cosas de que se avergonzaría un estudiante de economía; es la cadena que se multiplica sola porque ellos tienen que halagar a los líderes sindicales, quienes, a su vez, tienen que halagar a los obreros, cuyos conocimientos de economía se reducen a sacar cuanto más dinero mejor y a trabajar cuanto menos mejor.

Por eso los laboristas han estado pensando últimamente en la mejor manera de aumentar las rentas privadas del partido. Gaitskell, principalmente, ansioso de aumentar su ya grande prestigio, ha planeado una serie de tómbolas y loterías, que se extiendan en todos los distritos electorales del país y financien las máquinas propagandistas locales, dándoles independencia del partido central.

Hasta ahora estos partidos locales han ido tirando mal que bien a base de suscripciones y subastas, y los agentes de propaganda eran verdaderos mártires del socialismo, que sólo cobraban cuando la colecta iba bien, y tenían que apretarse el cinturón cuando iba mal.

Si el plan de Gaitskell resulta bien, los socialistas, para dentro de dos o tres años, tendrán una organización de apuestas, tómbolas, loterías y pinatas capaz de producir varios millones de pesetas anuales, limpias de polvo y paja; entonces el puño de los Sindicatos se dejará sentir menos: los votos de sus afiliados serán todavía un cebo, pero económicamente, la presión disminuirá.

Lo curioso de estas tolerías y tómbolas es que, probablemente, serán ilegales en su mayor parte. Las leyes que regulan los juegos de azar en Inglaterra son tan complicadas, tan anticuadas, tan absurdas, que, por ejemplo, un juez dijo hace poco tiempo que cierto juego llamado «bingo» es ilegal si se llama «bingo», pero legal si se le cambia el nombre. Lo ilegal del juego no era el juego, sino el nombre.

#### LAS DISENSIONES INTESTINAS

La desgracia mayor que aflige al partido laborista es, sin embargo, la impaciencia de algunos de sus líderes. Hay laboristas que no se hacen cargo de que la revolución continua es tan imposible como el movimiento continuo, y que el objetivo final del socialismo consiste en aburguesar al obrero, no en socializarle. Después del impulso inicial, el laborismo se pasó de madre; tras

del Estado nodriza quiso organizar un sistema de control estatal de todos los recursos fundamentales del país, a fin de que el beneficio privado sólo pudiese jugar con cosas no esenciales para la economía y el equilibrio de Inglaterra:

«El capitalista inglés puede subir el precio de las pieles y los perfumes, pero no el del pan», era el lema.

Conseguida la nacionalización de lo más esencial, en lugar de esperar a ver si la cosa funcionaba, los laboristas siguieron nacionalizando, y si no llega a ser por el sentido común del electorado, que les echó del Poder aun estarían manos a la obra.

Los años que llevan de ostracismo y los que les esperan todavía, seguramente les darán tiempo de sobra para meditar sobre el pasado y modificar sus ideas futuras; la economía inglesa es sólida, pero su elasticidad es limitada, y si siguen estirándola y aflojándola, según que suba al Poder este partido o el de más allá, acabará por romperse.

A pesar de su derrota el laborismo podría haber seguido haciendo frente a los conservadores a base de una minoría electoral de casi la mitad de los votos, si no hubiera sido por las rencillas de sus miembros. La clave de todo es que Bevan tiene prisa; a medida que pasa el tiempo, su prisa se vuelve más desesperada y sus maniobras más urgentes. Por eso es fácil profetizar que la temporada que viene verá mucho más jaleo bevanoso, a menos que el galés haya recibido promesas formales de recibir un ministerio bueno, el de Hacienda o Asuntos Extranjeros, por ejemplo.

Durante las semanas que precedieron a las actuales vacaciones parlamentarias se estuvo quieto en el ministerio fantasma del Trabajo, insuficiente ya para él; pero quizás haya sido porque estaba esperando la ocasión propicia para su próxima ofensiva o porque le aguardan mayores glorias.

#### LOS CONSERVADORES, A LA DEFENSIVA

Los conservadores están tratando de justificar su triunfo electoral. Su promesa es que la iniciativa privada, cuanto menos trabas burocráticas y económicas tenga, tanto mejor funciona en beneficio de la economía nacional.

Miles de burócratas han ido siendo despedidos de los ministerios, y las ataduras han ido desapareciendo poco a poco; lo que queda, si siguen los conservadores en el Poder durante mucho tiempo, se irá por el mismo camino. El impuesto sobre la renta se verá reducido, según se dice, a cosa de la mitad; el peligro de un impuesto sobre el capital y la amenaza de nuevas nacionalizaciones, irán desapareciendo a medida que el sistema de iniciativa privada vaya demostrando su superioridad sobre las ideas socialistas.

Ultimamente, sin embargo, se

han presentado varias nubes en el cielo conservador. Butler, durante las elecciones, aseguró que la economía inglesa es muy sólida y va bien; los electores le creyeron y le votaron. El mismo, probablemente, lo creía también; pero es que «sólido» significa cosas distintas, según quien lo diga: la economía inglesa es sólida si se la vigila cuidadosamente para dar un frenazo al primer signo de debilidad; así, a los pocos meses de haber ganado las elecciones, Butler anunció un frenazo: disminuir el crédito bancario y dificultar las compras a plazos, haciendo forzoso un pago inicial de la tercera parte del valor del artículo.

«Demasiada gente vive del crédito —dijo— y compra a plazos artículos de lujo que hace falta exportar para ganar divisas; el que quiera cosas, que las compre al contado y que trabaje.»

Todo esto está muy bien y, económicamente, es lógico. Ahora bien, se dijeron los laboristas, es posible que el frenazo éste hubiere habido que darlo «antes» de las elecciones, no después; es posible que Butler haya esperado, contra los intereses nacionales, a fin de no enviar a su partido a las urnas con una impresión desagradable, fresca aun en la memoria del electorado.

Esta impresión dió lugar a discusiones acaloradas en el Parlamento; los conservadores, con cuatro años de mando por delante, no tienen miedo porque saben que el electorado tiene la memoria corta. Pero últimamente han venido a turbarle nuevas nubes oscuras.

### LOS SINDICATOS, A LA PALESTRA

Los Sindicatos ingleses han estado inquietándose. Primero, de Norteamérica vienen noticias desmoralizadoras: los obreros americanos han conseguido, finalmente, que se les reconozca el derecho a un sueldo anual garantizado, a fin de quedar a cubierto de altibajos y despidos temporales cuando la producción flaquea.

Inmediatamente que se supo esto los patronos ingleses se echaron las manos a la cabeza y contaron con los dedos cuántos meses faltarían para que sus obreros comiencen a solicitar los mismos derechos que sus colegas del otro lado del charco.

Un sueldo anual garantizado, tal y como están ahora las cosas, sería difícil para la economía inglesa, que quiere conservar su derecho de aumentar y disminuir el número de obreros según las necesidades de la producción; los obreros despedidos pasan a cargo de sus Sindicatos o del Auxilio Nacional de Paro, que les da lo necesario para vivir hasta que encuentran un nuevo empleo o les vuelva el viejo. Probablemente el sueldo anual no garantizaría los días de huelga, pero éstos son relativamente pocos.

Viene luego la famosa amenaza de la «automoción», o sea un

nuevo sistema de maquinarias que permitiría reducir la mano de obra al mínimo; a base de apretar botones y dar vueltas a manivelas, una serie de mecanismos sustituirían la labor de miles de obreros. La reacción de los Sindicatos ingleses ha sido semejante a la de los sastres de hace cien años, cuando se inventó la máquina de coser. Se han alarmado y dicen que la «automoción» va a dejar a mucha gente sin trabajo. Los patronos arguyen que es al revés, que permitirá aumentar increíblemente la producción, multiplicando el número de máquinas «automóviles» en lugar de disminuir el de obreros. «En todo caso —añaden— la «automoción», aun tardará mucho en ser una realidad.»

Los Sindicatos, a pesar de estas garantías, exigen que, como primera providencia, es preciso un aumento general de sueldo y una disminución general de horas de trabajo; detrás de estas peticiones están varios líderes comunistas. La tormenta no tardará en estallar, y los líderes sensatos, que preferirían que los aumentos de sueldo fuesen al mismo ritmo de la producción, se verán impotentes contra la opinión en masa de sus obreros.

### EL OBRERO INGLÉS O LA PEREZA ORGANIZADA

Un negro de Jamaica, que vino recientemente a Inglaterra, les dijo a los periodistas que él venía a Inglaterra para trabajar:

—Yo sé que aquí no se puede vivir del cuento —explicó—; trabajaré como un negro para ganarme la vida.

—Bueno —comentó un periódico—, pues si lo que el negro este lo que quiere es trabajar va a verse negro, porque aquí no trabaja nadie.

Efectivamente, entre huelgas, horas cortadas por esta razón o la de más allá, y horas infladas de normales a extraordinarias, la industria inglesa ha perdido muchísimo dinero y muchísimo prestigio desde que acabó la guerra.

A menudo, los obreros ingleses piden menos horas de trabajo, a fin de poder seguir trabajándo-

las luego en concepto de horas extraordinarias.

«Antes de mucho —dijo una vez un comentarista de la Prensa diaria, toda la jornada de trabajo normal habrá pasado a ser horas extraordinarias.»

### PREJUICIOS Y MONOPOLIOS

Ultimamente hubo en la Prensa inglesa una tremenda campaña contra los monopolios comerciales e industriales; varios tenderos que intentaron vender mercancías a precios más baratos que los marcados por la fábrica, se encontraron con que todos los fabricantes se negaban a seguirlos proveyendo, a menos que prometieran respetar los precios; estos precios, a menudo son el resultado de un convenio entre todos los proveedores, de modo que el consumidor no tenga más remedio que apechugar y pagar.

Esto viene a propósito de que dos grupos de obreros esenciales para la vida del país, los estibadores y los mineros, han aprendido tanto de los capitalistas que, en la práctica, han convertido sus especialidades en verdaderos monopolios de la peor clase.

Los mineros por ejemplo: Sin carbón Inglaterra está perdida; dentro de algunos años, la industria inglesa se moverá con energía atómica; pero hoy por hoy, el carbón es la sangre misma del país. A base de huelgas y aumentos de sueldo continuos, el carbón se ha vuelto muy caro e insuficiente, de modo que en ocasiones ha sido preciso importarlo del extranjero.

Las autoridades pensaron que lo que hacía falta era aumentar el número de mineros pero se encontraron con que a casi ningún obrero inglés le interesaba trabajar en las minas. Hubo, pues, que pensar en importar obreros italianos.

El Sindicato y el Gobierno se pusieron de acuerdo, y los italianos vinieron con sus flamantes contratos de trabajo.

En cuanto llegaron empezaron los líos: los italianos eran más guapos que sus colegas ingleses

A casi ningún obrero inglés le interesa trabajar en las minas. El Gobierno tuvo que pensar en importar mineros italianos



y se llevaban a las chicas de calle; en las aldeas mineras comenzaron a verse mandolinas y oírse piropos, y esto es el colmo para una aldea minera inglesa. La más pérdida de todas las causas, el Don Juan anglosajón, se sublevó contra esta intrusión, y los mineros italianos comenzaron a verse acusados de ser extranjeros indeseables, culpables de ejercer una influencia perniciosamente sobre la vida prosaica de los mineros, etc.

El complejo de tribu de los isleños se sublevaba ante la idea de unos extranjeros conviviendo con ellos y, finalmente, se dió la paradoja de que los Sindicatos y el partido laborista —los campeones de la igualdad de los hombres— hubieran de acceder, aunque a regañadientes, a la expulsión de los italianos, porque los mineros estaban resueltos.

El mes pasado, un nuevo intento en este sentido concluyó igual, y los líderes sindicales no tuvieron otro remedio que quebrantar de nuevo sus principios a instancias de la fuerza bruta.

Los mineros se saben imprescindibles y lo explotan a conciencia; defienden su monopolio igual que un capitalista defendería el suyo. Por eso resulta un poco injusto que los capitalistas, que hacen lo mismo siempre que pueden, les ataquen y les acusen de egocismo.

Ahora bien; el personal de las minas es cada vez menos numeroso y la proporción disminuye en proporción. ¿Qué ocurrirá dentro de unos años? Que Inglaterra tendrá que actuar contra los mineros como tal Sindicato, o importar carbón en grandes cantidades, mientras millones de toneladas yacen inútiles en el seno de la isla.

Lo mismo con los estibadores: ambos han sido muy avasallados por el capitalismo despótico de hace treinta años y ahora están vengándose; los estibadores, como los mineros, calculan friamente el coste de la vida, estudian friamente sus derechos y sus principios y siempre que la vida suba un penique o que sus derechos son heridos en lo mínimo, los estibadores van a la huelga. Los intereses del país les importan tan poco como al país le interesaban sus intereses personales cuando ellos eran los más débiles. Donde las dan las toman.

Los capitalistas en tanto, siguen explotando sus monopolios a base de aliarse entre sí para fijar precios contra el público; la última palabra de la lucha contra sus actividades fué un aviso a los intereses del Gobierno conservador: «Cuidado con meterse con los monopolios» y, de momento, lo han dejado estar; más adelante, poco a poco, quizá consigan reformarlo, pero es que el capital organizado es tan difícil de vencer como su contrapartida.

### PRESTAMOS O COMERCIO

Viene luego la cuestión de la ayuda americana. Precisamente en estos días, antes de que se



**Bevan tiene prisa; a medida que pasa el tiempo, su prisa se vuelve más desesperada y sus maniobras más urgentes**

vuelva a abrir el Parlamento, ha ocurrido un incidente que viene a calentar los cascos, ya bien calientes, de los gobernantes ingleses, cuya situación está a punto de ebullición con los vaivenes de la inminente crisis económica: el Gobierno norteamericano sacó a concurso una gran obra de ingeniería, varios cientos de millones de pesetas. De todas las Empresas yanquis y extranjeras que presentaron presupuestos, el más barato de todos vino de una inglesa, pero la obra fué adjudicada a una norteamericana, a fin de combatir el paro creciente que se observaba en la zona donde había de hacerse el trabajo.

Este motivo debiera parecer perfectamente legítimo a un país como Inglaterra, que mantiene barreras proteccionistas a todo lo largo y ancho de sus territorios, y una parte de cuya opinión pública está clamando constantemente por un sistema de preferencia comercial herméticamente cerrado al exterior. Pero los políticos ingleses lo tomaron muy a mal, y la Prensa imperialista de lord Beaverbrook fué la que chilló más alto. Se formuló una protesta, y las aguas de la amistad angloyanqui se enturbiaron durante unos momentos. El resultado ha sido negativo: la adjudicación sigue inalterable, y el Gobierno yanqui empezó a pensar que, después de todo, a fin de evitar cuestiones, lo mejor sería no admitir presupuestos extranjeros para obras oficiales dentro de Norteamérica.

Pero el nervosismo es en sí ilógico: Inglaterra está al borde de una nueva ola de inquietud interna, con los obreros pidiendo más sueldo, los precios subiendo y las importaciones costando más que lo que se exporta. Los conservadores ven con

alarma la leña que puede hacer de todo esto la oposición, y ver un par de millones de libras esterlinas en buenos dólares perdidas, por lo que estrictamente hablando, no es buena competencia, les indigna.

Ahora volverán a poner sobre el tapete la vieja cuestión: Si no nos facilitáis dólares dándonos trabajo, tendréis que elegir entre pasarnos una renta suficiente para vivir o dejarnos comerciar con los comunistas.

### EDEN, BUTLER, CHURCHILL

La opinión pública está empujando a considerar a Eden como el primer ministro natural del Reino; hasta hace poco era cosa corriente que la gente se equivocase:

—El primer ministro, sir Wins..., ¡ah, perdón quise decir sir Anthony Eden!

Para facilitar esta tarea de asimilación, Churchill, muy generosamente se mantiene en la sombra. Se niega a hablar en público, a dejarse ver, y pasa su tiempo escribiendo y regando sus flores. La fortuna de Eden, en tanto, aunque tardía, parece consolidarse, porque su rival más importante Butler, está en un apuro muy serio con su política económica, que tan bien comenzó, a punto de naufragar; aunque luego no naufrage, su reputación seguirá en veremos durante unos meses, hasta que se sepa en qué parará lo de la crisis. Eden tiene, pues, tiempo suficiente para asegurar su posición.

Las últimas fotografías le muestran más pesado, menos flexible, que antes y con un aire muy acusado de fatiga física. Los laboristas quieren hacer creer que Eden es un «dandy» incapaz de nada serio; su campaña tiene hasta ahora poco éxito entre la gente, pero espolea a Eden a excederse, a pesar de que su salud nunca fué muy sólida.

### LOS QUINTOS COMO ULTIMO RECURSO

Los laboristas y buena parte de la Prensa están insistiendo en que el Gobierno disminuya el periodo de quintas o incluso que las suprima totalmente; se basan en que la situación internacional ha mejorado lo suficiente para no necesitar más Ejército que el regular, formado de voluntarios a sueldo, que basta para la defensa de los territorios coloniales como Kenya o Chipre. Otra razón que dan es que los quintos, liberados de sus uniformes, se entregarían a la vida civil, trabajarían en las fábricas y en el campo y contribuirían a aumentar la producción nacional.

Es posible que durante los próximos meses, el Gobierno conservador tenga que ceder en parte a la presión de la oposición y la Prensa combinadas con la opinión pública, que está de acuerdo con ellos por razones obvias.



**LOS BUENOS JUGADORES DE TENIS...**



*Coman siempre*

**SOBERANO**

hielo y seltz, el perfecto

high-ball (jálbol)

Calma la sed plenamente,  
refresca y entona.



**GONZALEZ BYASS**

## OTRO NUEVO TURISTA BAJO EL SOL DE FRANCIA



Desdeñando el confort de los palacios de la Costa Azul, estos veraneantes han plantado su tienda en la playa de Niza

# EL VERANEIO

Ciudades y pueblos con ruedas por la Costa Azul

Motos españolas en el país que fabrica 800.000 anuales



Los turistas de ferrocarril buscan las combinaciones más convenientes

### TABACO DE CONTRABANDO

ESTABA contemplando los paquetes de tabaco expuestos en el escaparate de un estanco, cuando se me acercó un tipo misterioso que con voz baja y clara me dijo:

—No compre tabaco ahí. Yo se lo proporciono mucho más barato. Tengo de todas las marcas.

—¿Tabaco de contrabando?

El tipo me miró extrañado y preguntó a su vez:

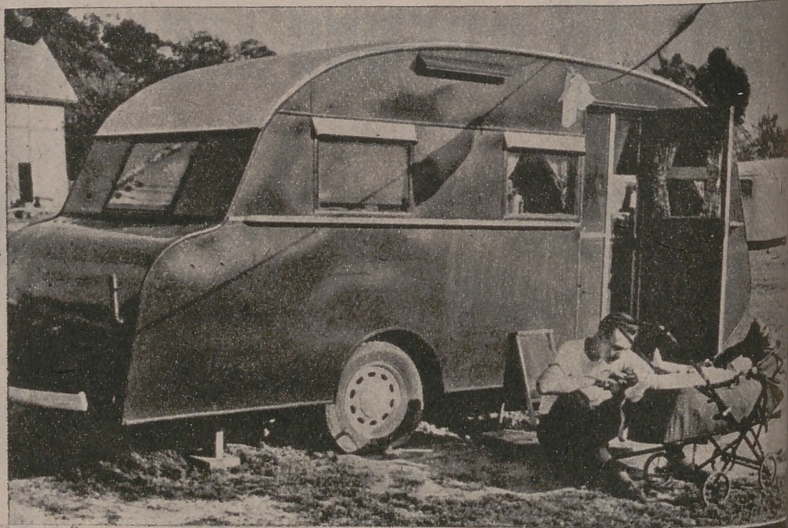
—¿Cómo dice?

—Que si es tabaco de contrabando—repetí.

La mirada de extrañeza se convirtió en una seria mirada llena de dignidad.

—¡Natural! ¿Qué se ha creído? Es tabaco de contrabando. ¿De qué iba a ser? ¿Acaso piensa usted que soy un ladrón?

—¡Oh, no! Pero me sorprende que venda tabaco de contraban-



Ciudades con ruedas se encuentran diseminadas en las proximidades de los más famosos centros veraniegos

do a precios más bajos que en el estanco.

—¿Sorprender? ¡El contrabando se basa precisamente en la competencia con los precios legales!

—Pues en España el tabaco de contrabando cuesta más caro que a precio oficial.

—¡Oiga! ¿Acaso me ha tomado usted por tonto? ¿Cómo es posible que se haga contrabando pa-

ra vender el producto a mayor precio que en las tiendas?

—Pues en España es así. Un paquete de cigarrillos de contrabando sale dos o tres pesetas más caro que en el estanco.

—¿Y hay quien los compre?

—Claro está. Y de buena gana, sin que nadie proteste.

—¡Oiga, oiga! ¡Si eso que usted me dice es cierto, España es un país adelantadísimo!

—Pues sí. Al menos sus colegas españoles viven cien años más adelantados que usted. ¿Ve usted este cigarro puro? ¡Contrabando legítimo! ¡Y sólo me costó seis pesetas más que en el estanco...!

El tipo misterioso me miró con extraordinaria admiración. Yo soporté su mirada con la mayor humildad. Estuvimos así un buen rato, mirándonos, mirándonos... Y cuando nos convencimos mutuamente de que la sinceridad de nuestras miradas era una consecuencia lógica de la sinceridad de nuestro diálogo, nos despedimos en silencio, cambiando a la par una última mirada, pero, esta vez, mirada de nostalgia.

#### «AMOUR, AMOUR, AMOUR» ANTE EL RESTAURANTE

Ese cantor que visera en mano se detiene ante los comensales en los restaurantes y en las tabernas, es el perfecto fumigador de la cocina francesa.

Ese cantor suele entonar una cancioncilla lenta, suave, romántica y con mucho burbujeante «amour».

Los comensales hacen como si no le oyeran, procurando manejar el cuchillo y el tenedor de modo que nadie pueda acusarlos de llevar el compás de la musculilla. Algunos hasta suelen hacer innecesarios ruidos con los vasos y los platos, ruidos que se parecen a las toses del teatro, ruidos como de huesecillos recién quebrados.

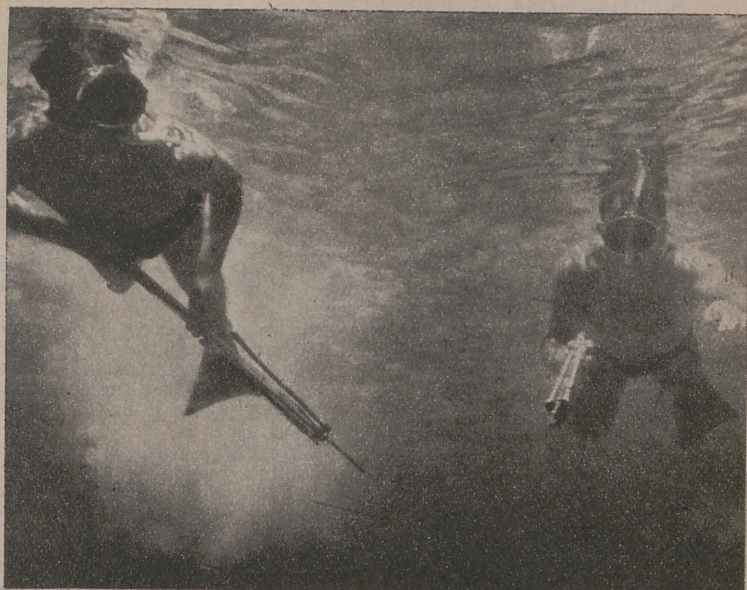
Pero el cantor sigue con su melodía, visera en mano y mirada en la visera. Canta muy bajo y muy rumiado; y aunque eso es señal de mal cantor, sigue, sigue y sigue a cara descubierta llegando a convencernos de que con aquella cara todo lo haría mal en la vida y de que un hombre que no sabe hacer ninguna cosa bien, lo mejor que puede hacer es cantar mientras los demás comen.

Y canta hasta que el «amour, amour, amour» burbujea sobre todas las viandas logrando que incluso el café adquiriera un fuerte sabor a bicarbonato con sifón.

Es entonces cuando el cantor alarga la visera para que le echemos unos céntimos. Y es después de guardarse los céntimos cuando el cantor se coloca la visera sobre la frente y se va enseñando la cara. Una cara aerodinámica, decidida, fatal. Una cara que ya quisieran para sí algunos cronistas del Gran Café de Gijón.

#### EL NEGRO QUE TENIA UNA «VESPA» BLANCA

Por la Canebière de Marsella iba un negro sobre una «Vespa» blanca. Iba haciendo abiertas y largas eses de velero, rumbeando los remolinos de los automóviles y de los peatones, cimbreando la



Todas las enseñas y rincones propicios de la Costa Azul están plagados de pescadores submarinos

rueda de repuesto, pulsando la chicharra.

En la única «Vespa» blanca que he visto en mi vida.

Por la Canebière de Marsella.

Sí, señor.

Un negro.

Iba con parsimonia. Con esa cachazuda, lánguida y filosófica parsimonia que Camilo José Cela ha descubierto. Con esa parsimonia y eso. En una «Vespa» blanca. Sí, señor. Un negro.

Y ninguno de los fotógrafos ambulantes, ninguno de los turistas le retrató. No, señor.

¿Quién tiene una fotografía de un negro sobre una «Vespa» blanca?

Nadie, señor.

Retrate usted a un blanco sobre una «Vespa» negra y quedése contemplando el negativo.

No es igual, señor.

No es igual.

Yo he comprado una camisa bermellón y añil en la tienda donde hacen sus compras los negros. Yo he comprado unos zapatos amaranto y verde en la

tienda donde hacen sus compras los negros.

Y no es igual, señor.

¿Por qué?

Por el reflejo de la color, amigo. Se lo digo yo.

#### «NUITS D'ESPAGNE»

Las Noches de España se anuncian con profusión de pasquines repartidos de mano en mano... al anochecer.

Cuando a los franceses se les anuncia un espectáculo titulado Noches de España saben que habrá sobre el tablado un jardín sonriente, un arco de herradura y una silla de tijera. Que habrá, por lo menos, un «tocaor» y una «bailaora». Que habrá castañuelas, zapateados y escalofriantes ayes. ¡Ay!

A veces las Noches de España se anuncian con la advertencia de estar toleradas para menores. Pero es igual. El lleno es igual.

La función comienza con los ayes a pespunte de guitarra.

Los músicos de la orquesta son-



La playa de Juan-les-Pins, en Niza, una de las más frecuentadas de Francia

rien misteriosamente. El público aguanta sin una mala tos. De pronto el «toacaor» parece darse cuenta de que está en Francia. La «bailaora» también se da cuenta. Las amplias faldas de la «bailaora» giran como las palas de una hélice. Las castañuelas y los zapatos suenan como el ruido de un avión.

Y el público, el respetable público, premia con nutridos aplausos un espectáculo que más bien parece de otro mundo, de otro planeta.

#### LIBROS DE ESPAÑA

«La familia de Pascual Duarte», «Marcelino Pan y Vino» y «Cuando voy a morir» son los tres únicos libros de autores españoles contemporáneos que se pueden encontrar en las librerías francesas.

Los demás libros españoles ni brillan ni se empolvan en los estantes. Y por eso nadie nota su ausencia.

Yo había llevado unos cuantos libros para regalar a un antiguo rival en ideas, en oficio y en españolismo. Algunos libros iban con el autógrafo de sus autores. Y otros, los restantes, eran libros que habían costado mi dinero. Eran en total una docena de libros. Diré los títulos, a sabiendas de que algunos amigos se enfadarán. (Los amigos cuyos libros no llevé, claro.) Eran tres libros de narraciones: «Cuentos con cielo», «La ciudad se aleja» y «Cuentos de mamá». Cinco novelas: «La Catira», «Una corciencia de alquiler», «El fulgor y la sangre», «La isla y los demonios» y «Proceso personal». Dos libros de ensayos: «España en sus Episodios Nacionales» y «Ambiciones españolas», y otros dos libros muy queridos: «Españoles con clave» y «Los supervivientes».

¡Ay! ¡Cuando entré en aquella librería y hablé con aquella vendedora tan guapa olvidé al antiguo rival y se los regalé a la vendedora!

—Luciána, tú puedes confirmar esta verdad. Tienes la dirección de sus autores. Yo, en nombre de ellos, te agradezco que los hayas expuesto aquel día, con el cartel de «Propiedad particular», sin temor a la redundancia de la fra-

se y con el temor de que te los exigiera cualquier cliente. Era una brevisima y apasionada antología. Una avanzada española a falta de poetas. Los poetas te los mandaré por avión.

#### EL «HOMBRE DEL CARNERO»

El «hombre del carnero» es una célebre estatua instalada en la plaza Central de Vallauris.

Creo que hubo sus más y sus menos al proceder a la instalación.

Pero cuando los expertos de la localidad dictaminaron que el carnero tenía perfecta figura de carnero, la estatua fué aceptada, respetada y admirada por el vecindario.

Vallauris es una tranquila y minúscula ciudad de la Costa Azul. Su industria principal es la cerámica. Y, sobre todo, Picasso.

Picasso ha regalado a Vallauris algo más que la estatua. Picasso, al avecindarse en Vallauris, atrajo como un fantástico imán a innumerables turistas. Picasso, además, ha hecho que los turistas compren cerámicas de Vallauris y de Picasso.

A mí también me habría ilusionado hacer una visita a Picasso.

Pero el «hombre del carnero» me lo impidió.

Serío, mudo, con el carnero en brazos, miraba hacia la puerta de la iglesia como si quisiera decirme: «Estoy aquí para que no le hagas perder tiempo; obsérvame bien. Es un carnero y no un cordero lo que estoy sosteniendo.»

Cuando estaba observando, pensando, asimilando la silenciosa insinuación del «hombre del carnero» llegaron otros turistas.

—Mouton?  
—Agneau?  
—Mouton!!

Los turistas preguntaban que donde vivía Picasso. Les di la espalda. Y me puse a callejear por la pequeña ciudad.

—¿Desea usted una cerámica firmada por Picasso? No tema que sea falsa. En cierto ocasión, sabe usted, alguien se lamentó ante Picasso de la gran cantida-

de «Picassos» falsos que se vendían en el mundo. Y Picasso comentó: «No me extraña; desgraciadamente yo mismo hice muchísimos.»

#### ¿FUNCIONA MAL SU RADIO?

En Montecarlo vi a un vendedor ambulante de aparatos antiparásitos para las radios. Tenía una radio instalada sobre una mesa plegable. La radio funcionaba como una ametralladora. El vendedor voceaba como un cañón.

Cuando reunía un grupo de curiosos, el vendedor acoplaba el dispositivo antiparásito a la radio. Y la radio, instantáneamente, difundía el programa en toda su pureza original.

Como ningún indígena compraba tales dispositivos, yo tampoco piqué. Me dió por sospechar que la radio estaba en perfectas condiciones, pero entrapada. Y que quizá la eficacia del dispositivo consistía en quitar disimuladamente la trampa al acoplarlo.

Estuve un buen rato observando al vendedor.

Sólo picaba tal cual turista alemán.

#### «AQUI, TELEVISION»

No sé dónde leí que Rafael Sánchez Mazas comentaba irónico ante un aparato de televisión: «La voz es normal, pero sale de pequeñas fotografías...» No sé. No recuerdo siquiera si la frase empezaba como la escribo. Sin embargo, creo que está indicado en la sola insinuación de lo que Rafael Sánchez Mazas quería decir, el defecto sentimental y principalísimo de los actuales receptores de TV. Es una sensación tan íntima como borrosa. Algo que nos confunde y nos deja perplejos a un tiempo. (Vuelvan ustedes a leer este capitulillo. ¿Está claro? No. Pues ante un aparato de televisión se queda uno igual. Disconforme. Hecho un lío. Admirado. Y con unas ganas tremendas de poseer algún día un aparato grande, luminoso, donde el hablar por hablar correspondiera, sea a la realidad como debiera serlo el escribir por escribir.)

Pero dejemos el fenómeno mecánico de lo que es y no es un aparato de televisión. Dejemos la frase irónica de Rafael Sánchez Mazas que tanto me ha confundido.

Y esperemos.

Con todas sus imperfecciones, dondequiera que hay un aparato de televisión hay un público atento. Los cafés que anuncian: «Aquí, televisión», tienen más clientes.

#### METRO Y MEDIO DE PAN

¡Me atemorizan esas barras de pan!

En Francia las barras de pan suelen ser muy estrechas y muy largas. Suelen tener hasta metro y medio.

No caben en ninguna cesta. No se pueden ocultar en ningún bolsillo. Son barras hechas como para vapulear al hambre más rebelde. Son el sabroso índice de



Francia está orgullosa, y con razón, de la velocidad, seguridad y comodidad de sus ferrocarriles



un pueblo que supo elevar a la categoría de arte la cotidiana necesidad de comer.

#### GAFAS DE SOL

¿Y las gafas para protegerse contra los rayos del sol? Tibios, amables rayos de sol. En las playas de la Costa Azul pueden verse infinidad de muchachas que apenas si van vestidas con unas gafas oscuras.

Algunas muchachas leen revistas ilustradas. Revistas donde la actualidad africana ha puesto la necesidad de ofrecer fotografías de muchachas bereberes, de muchachas de tribus guerreras, de muchachas nómadas bajo un sol quemante. De muchachas que todo lo llevan tapado menos los ojos.

#### LA BICICLETA NACIONAL

Es aquí donde uno descubre que la bicicleta es una máquina sencilla, ligera y con los cuernos hacia atrás. Que es la máquina francesa por excelencia. Y que nadie sabe llevarla tan apropiadamente como los franceses. Pues en ninguna parte se la mira tanto, en ninguna país se la considera como en Francia, digna de representar el orgullo deportivo nacional.

Es una lástima que la moderna literatura francesa desdeña los abundantes asuntos y temas que ofrecen las bicicletas.

Cuando el turista observa que hasta en el portaequipajes de los automóviles suele ir la inolvidable bicicleta, cuando el turista recuerda que el inventor de los neumáticos fué un francés, cuando el turista siente el timbre de la bicicleta, en el deseo del turista aparece una puerta cerrada. El turista desearía entonces una historia francesísima. Una historia de marido burlado que persigue al ofensor pedaleando furioso, agarrado a las astas, los ojos bien abiertos y la lengua fuera. Pues no hay máquina más parecida a una radiografía que una bicicleta. Ni literatura más sencilla, más ligera y más amante de las radiografías que la literatura francesa.

#### IDILIOS AL AIRE LIBRE

El y ella se besan en un banco de la plaza como si quisieran demostrar que los mirones no les importan nada.

Los mirones son todos extranjeros.

El y ella se besan en la plaza más concurrida.

Los extranjeros miran y sonríen. ¡Cosas de la Francia!

Los extranjeros vuelven a la plaza horas más tarde. La pareja continúa con el serial. Parece la misma pareja. Pero no es la misma. Es, digámoslo de una vez, el relevo.

Yo, que cuando ejerzo de extranjero doy la debida importancia a mis miradas, creo haber descubierto el truco de esas parejas que se besan al aire libre. Son parejas contratadas por el país para que los extranjeros sonrían ante una cosa tan seria como el amor.

#### EPILOGO QUE PARECE PROLOGO

Uno ha tomado varias notas lo mismo que pudo haber tomado varias fotografías. Y uno, al leerlas, comprueba que lo exacto puede también ser injusto.

Las notas, como las fotografías, necesitan para salir perfectas que la distancia, la abertura y la exposición sean las adecuadas. Pero igual que sucede con las fotografías defectuosas, uno se resiste a romper las notas, por mal escritas que estén.

Son muy pocas las personas que están conformes con su foto de identidad. La centésima de segundo y los escasos centímetros cuadrados que aprisionan el frente y el perfil han de ir avalados de claras referencias escritas, de legales sellos y pólizas.



Un pintoresco lugar en la Costa Azul. El Mediterráneo es el mar preferido por los franceses

Con las notas de viaje ocurre igual.

Son necesarios muchos metros de película, muchos rimeros de folios para describir en su verdadera y justa dimensión el destello cazado en una nota

Por otra parte, mis vacaciones estaban dedicadas a contar cómo veranean los demás.

Si no he comenzado directamente, sin preámbulos de apuntes, tipos y notas, es porque estimé que primero debía recorrer, aunque fuera a saltos, las cosas y casos de lugar común que más raros me parecieran.

Manuel PILARES

ESTA A LA VENTA EL NUMERO 44 DE

## POESIA ESPAÑOLA

en el que encontrará usted las firmas de Manuel Alonso Alcalde, Fr. Angel María, Juan Bautista Bertrán (S. J.), Pablo Cabañas, Francisco Tomás Comes, Amparo Conde, Miguel González Garces, Osvaldo Guevara, J. C. Ibert, Jacinto López Gorge, Leopoldo de Luis, Mahafud Massis, Manuel Merino, Antonio Murciano, Guillermo Osorio, Manuel Pinillos, Luz Pozo Garza, Carlos Rivero y Jesús María Solé Costa.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS.

Administración: PINAR, 5, MADRID.

# HACE TREINTA AÑOS SALTO EL RESORTE

## 1925

Por Tomás BORRAS

La España nacida del dolor no vive de efemérides, que vive de dar vida al porvenir. Es para los siglos que la sucedan. Pues ahora no hace sino construir España. Después de la España en andamios, la España realizada.

Mas cada momento de un pueblo depende en buena parte de las efemérides. Que la Patria es fluencia renovada, efectos de causas, enlace de hechos, rebote uno de otros. Por lo cual quiero recordaros una efemérides: 25 de septiembre de 1925. Los treinta años que la siguen, por cierto que tuvieron allí su cuna.

El encadenamiento de fechas es así:

1911: Ocupación de Larache por Silvestre. Creación por Berenguer de las fuerzas indígenas.

1912: Tratado entre España y Francia para la aplicación del Acta de Algeciras y de los trapicheos entre bastidores. Se nos entrega magnánimamente el «hueso», el Rif, Yebala (la montaña), lo estéril, lo que ni los Sultanes pudieron dominar. Y se nos escamotea Tánger.

1913: Ocupación de Tetuán por Alfau. La guerra contra cabecillas, cabilas y sus auxiliares europeos se mantiene, con distinta intensidad, desde 1893.

1920: Toma de Xauen. Creación de la Legión por Millán Astray.

1921: Hundimiento de la Comandancia de Melilla.

1925: Ataque de Abd-el-Krim, el Jatabi, a la línea francesa del Uarga. Convenio hispanofrancés para batir conjuntamente la rebelión. Desembarco en Alhucemas por las tropas españolas.

1925 es para este momento la efemérides a recordar. Porque antes había ocurrido:

Que los Gobiernos de la Monarquía renunciaron a Marruecos, ofrecido íntegro. Por lo que perdimos la ocasión única de formar con Marruecos el espacio geopolítico Pirineos-Atlas, que constituye la España completa. Y de segura potencia de primera clase nos quedamos en discutida «zona de influencia anglofrancesa».

Que los colonistas galos trabajaron eficazmente para que la artificial insurrección de una parte de los marroquíes, combinada con la campaña antimonárquica del interior (asimismo ideada y alentada en logias, Comités socialistas, anarquistas y comunistas y Gabinetes a la orden de nuestros «influenciadores»), fuese incendio avivado para que, arruinada y debilitada, aun más, desengañada, desesperanzada y escéptica, España renunciase a la cadena de montañas ardiendo que nos concedió el miedo inglés a que Francia ocupase la costa frente a Gibraltar.

Que España se gastaba 3.000 millones de pesetas anuales en Marruecos sin más contrapartida que tejer y destejer, atacar para retirarse, plantar blocaos pagando mutilaciones cruentas, pactar a ternera degollada y sufrir traiciones previstas, siempre en zipzape caótico de políticos sin política, abandonistas, afrancesados, anglómanos y semiespañoles renegados; contra el vigor, el ascetismo, el sacrificio, el suicidio sublime y la pasión española del Ejército.

Que aquí se forjó la división cuya crisis cuaja en 1936: la España y la Antiespaña. (Advertencia: la Antiespaña estaba alojada en los mandos de España.)

Que Francia, pacientemente, vivía a la espera del desastre final. Ella «derribaría cuando quisiese solamente en dos meses» el poder de El Jatabi, el cual mandaba unas cuantas «partidas re-

beldes que costaba trabajo vencer al Ejército español» (referencia de García Figueras en la «Revista de Tropas Coloniales», hoy «Africa»).

Que Francia, a cortas horas de nuestra desastrosa retirada de Xauen (la cual pudo costar una sublevación, y de ello no se hable), se vió súbitamente atacada por el ensoberbecido Jatabi con armas modernas, organización militar a la europea, Estado Mayor extranjero y estrategia científica: lo que sus amigos le proporcionaron para que luchase contra España y que la Provisoria hizo que se volviese contra ellos.

Que cuando el Jatabi saqueaba Taza y Fez en sus arrabales y se le derretía a Francia como manteca su Zona, vólo a Madrid el mariscal Pétain a pedir que se ayudase a París a salir de trance tan angustioso. ¡Aquella misma Francia que se burlaba de las escasas «partidas rebeldes» «que ella hubiera derribado en dos meses»! Partidas organizadas por «elementos» («es así el efemismo?»), que por casualidad favorecían el plan colonista francés de dominar todo el Protectorado y «tuneficarlo», convertirle en territorio nacional. Con lo que España quedaría emparedada entre la metrópoli y los 3.000.000 de kilómetros cuadrados de «nación francesa» africana. El «Finis Hispaniae» sin remisión. A lo más, España carretera de paso entre el enorme emparedamiento.

Pero después de 1925 suceden cosas contrarias. Como éstas:

Que el desembarco en Alhucemas se debió a que un general estaba en el Poder y ese general comprendía que el Ejército tenía razón al afirmar y clamar desde 1912 que la solución al problema de Marruecos estaba en Alhucemas. Que había que coger al toro por los cuernos.

Que el desembarco fué realizado felizmente, en una espléndida operación digna de presentarse como modelo. (Cuando el de Gallipoli, churchilliano, acababa de fracasar hacía poquísimo tiempo, y la palabra «desembarco» estaba retirada del diccionario naval. Tan arrinconada que el acorazado «Paris», aportación de los franceses al ataque, limitóse a contemplar desde lejos la temeraria hazaña. Algo así como un Villeneuve II.)

Que pacificado Marruecos, España eliminaba el peligro de ser a lo sumo carretera de las Francias del norte y del sur y se sostenía gallardamente en su propósito de hacer de Marruecos ejemplo de su amor al pueblo musulmán y una joya de cultura propia, sin aleaciones, y un emporio de bienestar, los picachos áridos, agrios y fieros de espinas que se nos regaló para que nos destrozásemos en ellos.

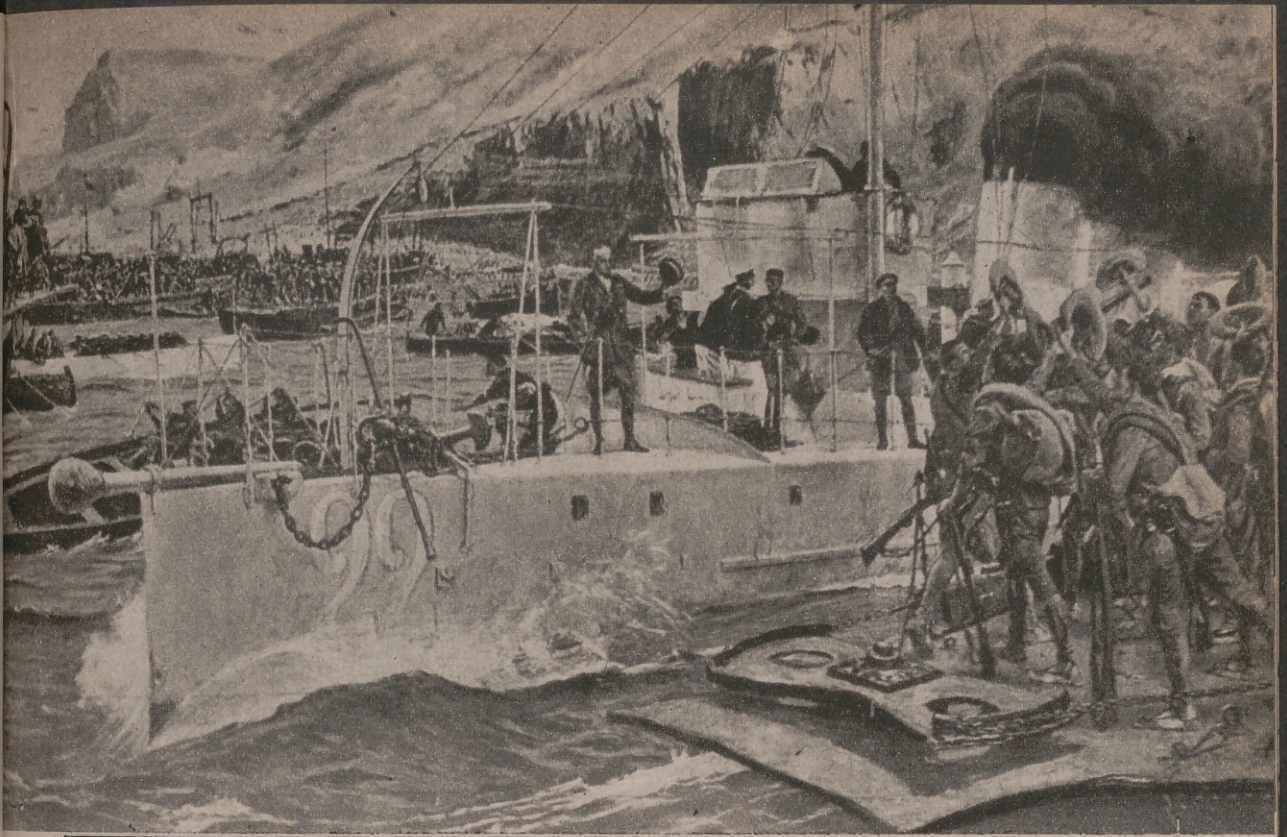
Que se demostró cuán fácil le era al Ejército, cuando no le apuñalaban por la espalda desde Madrid, afrontar y ganar cualquier guerra. Mucho más la de la Zona, territorio de la extensión de Ciudad Real. Lo que se corroboró en 1936-39.

Que el impacto psicológico producido por el triunfo del Ejército, la moral del Ejército, el aprendizaje de la guerra, el espíritu adquirido al contacto con el riesgo del deber, el código de la Legión y de los Regulares; ese impacto de lo heroico y de lo arraigadamente, de lo profundamente, de lo fanáticamente seguro en la vitalidad de España, originó como levadura la ascensión a la esperanza de los intelectuales de 1930, despreciando el nihilismo de los intelectuales de 1898.

Que se lanzó en el Ateneo, por un muchacho llamado Ramiro Ledesma Ramos, el grito desafiador de cursis y traidores: «¡Arriba los valores hispanos!» Que se lanzó por otro hombre de mente, labrador de surcos y de ideas, Onésimo Redondo, otro grito de confianza en lo sustancial de lo telúrico y biológico de la Patria: «¡Arriba el campo!» Y que un tercer muchacho, asimismo transido de pensamiento férvido, aunque severamente analítico, lanzaba el tercer grito de entusiasmo acometedor: «¡Arriba España!»; José Antonio.

Que, premonitorios, Ruiz de Alda, Ramón Franco y el marino Durán saltaron a bordo de un aeroplano sin garantías de seguridad, el Atlántico, hasta Buenos Aires; enlace con lo hispanida, radical afirmación de presencia, tremendo ¡sí! a la aventura y a la ventura.

Y que antes de ese rebrote de la eterna España Franco había tomado el Malmusi, desembarcando el primero en la playa minada de Axdri. Y con él, los elegidos murieron o lucharon en Marruecos: Millán Astray, González Tablas, Mu-



**El desembarco en Alhucemas, cuadro de Moreno Carbonero. (Museo de Arte Moderno, de Madrid.)**

ñoz Grandes, Mola, Capaz, Goded, Jordana, Sanjurjo, Varela, Ferrer, Castejón, Saliquet, Sáenz de Buruaga, Alonso Vega, Díaz de Villegas, Asensio, García Valiño, García Escámez, Ríos Capapé..., los centenares, los millares que subieron al paves de nuevo a una Nación atacada por las fermites masónicas, internacionalistas, separatistas; los antitodo, los arruinadores, los Judas, los negadores.

1925. Clave, fecha inicial de mutación. (En ese año «empezó a amanecer», como canta la bella estrofa. Hizo crisis en 1925 el concepto de que España estaba dimitida de nación trascendente, como maestra, hasta como propósito. Entró el hábito de la fe ahuyentando lo ennegrecido y sometido. Fué el revulsivo, el tónico, aquella campaña en que se demostraba que el hombre español seguía siendo magna materia prima, y que lo que le sucedía a España como Estado era que la cabeza, la política, no merecía más que trato de escoba. (Sálvense aquellos que quisieron y no pudieron o no tuvieron resolución para llevar a cabo las transformaciones desde arriba.)

En 1925 comienza la revolución que en 1955 proseguimos. Entonces, cuando se entera el hombre español de que no es cierta su pregonada decadencia. Cuando confía en sí. Cuando piensa que en su Patria hace falta arrancar para plantar.

Tan violenta es la revulsión operada en el alma de España, que los mismos que teorizan sobre sí volver como un guante el sistema, los que llamamos «rojos», asimismo entonados por la creencia de que es posible una nueva estructura (la suya,

de signo mediatizado), se lanzan a la acción. (Ellos, tan amansados, tan convertidos en garrapatas de nómina de don Miguel Primo de Rivera.)

Y como la Universidad capitanea—hermosa antitesis—otra revolución, la creadora y sólidamente enraizada, excitada la juventud por la fe que el 1925 y su significado anuncian, y como la síntesis de la juventud. Falange y tradicionalismo se lanzan a la acción, las dos revoluciones chocan el 17 de julio.

Pues no hay que olvidar que el 17 de julio Yagüe, otro de los de Marruecas, lanza el anatema rotundo a la revolución roja en marcha, la de 1934, la que iba a cumplirse en agosto de aquel 1936, e inicia el gigante Yagüe la de la camisa azul y boina colorada.

Se bifurcaron los propósitos, pero el impulso era nacido al mismo tiempo: en aquel 1925 en que los españoles ávidos de hacer, supieron que podían hacer, que se extendía ante ellos horizontes de renacimiento, de revida plena, y que eran capaces de alcanzar lo profetizado.

Hace treinta años saltó el resorte. El Ejército, principalmente el africano, se sintió seguido por el otro ejército de la juventud intelectual y laboradora, que deseaba imitarle en la lucha, en la seguridad del glorioso final, en la abnegación, en el suicidio, si preciso. Hace treinta años España era y no estaba. Hoy es y está. Acordáos, camaradas, de que el primer peldaño ascensional es esa efemérides.

**Primo de Rivera y Sanjurjo con otros generales y jefes después del glorioso desembarco en Alhucemas**



"EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION"



## APOSTAMOS POR LA JUVENTUD EUROPEA

VITALIDAD Y CAPACIDAD CREADORA DEL VIEJO CONTINENTE

Impresiones de viaje por M. BLANCO TOBIO

HA llegado, querido lector, el momento de regresar a casa. Llevo en las piernas, teóricamente, claro está, más de 6.000 kilómetros, y he recorrido Francia, Alemania, Austria e Italia. Apetece un descanso después de esta caminata. Esta será, pues, mi última crónica viajera y como una especie de resumen de todas las anteriores.

Quisiera darles a ustedes una imagen de Europa—una imagen de conjunto—en este año de gracia de 1955, en el que, según las apariencias, estamos asistiendo al alumbramiento de una nueva política internacional y, lo que tiene más trascendencia, de un nuevo mundo que estaba incubado desde el principio de la Creación en ese algo tan infinitamente pequeño que es el átomo.

Prácticamente, hasta que se celebró la Conferencia de Ginebra la gente asociaba el átomo a su sepelio debajo de una montaña de cemento y ladrillos. Cuando llegué a Alemania, la gente estaba aterrada por los resultados teóricos de la operación atómica «Carta Blanca». Los cálculos no dejaban escapatoria posible: regiones enteras de Alemania habían «desaparecido» del mapa.

Súbitamente, el miedo se transformó en esperanza: gracias a la energía atómica, pronto la Humanidad viviría mejor, sería más sana, más pacífica, más próspera. Fué éste un tema de conversación que estaba en boca de todos.

De forma que bien podemos decir, para comenzar, que en esta imagen de Europa que pretendo darles a ustedes, la esperanza está relajando la dureza de las facciones de los europeos. Esperanza en el futuro, cosa ésta que no tenía Europa hace solamente dos años.

Hace dos años exactamente viajé por una Europa estremecida de miedo y sumida en un negro pesimismo. Otra vez el fantasma de la guerra rondaba, como un viento helado, por las fronteras entre el mundo libre y el mundo comunista. Nadie sabía lo que iba a pasar. Ahora ese temor ha desaparecido por completo y no creo que haya que buscarle fundamento. Si bien miramos las cosas, no lo tiene. Son, sin duda, fenómenos de sugestión colectiva.

El tema del futuro es ahora debatido por toda la Prensa europea. Se están haciendo denodados esfuerzos por olvidar, por

archivar para siempre el pasado. Comienza a no encontrarse sentido a la historia de Europa, por lo menos a partir del siglo XVI.

Cuando los alemanes entraron en Tréveris, durante la pasada guerra, un periódico, el «National Blatt», tituló así la noticia:

«Richelieu ha sido vencido.» Los nazis se habían quedado anclados espiritualmente en el Tratado de Vestfalia, en 1648. La

historia que entonces comenzaba no era más que una repetición. Allí no había futuro para nadie, a excepción de Alemania, claro está.

Ahora me he encontrado con muchas personas, sobre todo de treinta y cinco años para abajo, con una conciencia netamente europea, supranacional; pero—esto es importante—no basada en esquemas ideales, sino en imperiosas exigencias del tiempo en que vivimos. Hablando con jóvenes de todos los países advertí que, aun perteneciendo sólo unos pocos al gremio de los economistas, los criterios en que basaban su idea de la unificación europea eran puramente económicos.

Debo decir que, por fortuna, esta conciencia está germinando también en muchas cabezas españolas formadas aquí y en grandes Universidades europeas.

Es el caso, por ejemplo, del señor Gutiérrez Cano, nuestro consejero comercial en Bonn. Cano cree firmemente que la unificación de la economía europea, a partir del «pool» del carbón y del acero, traerá consigo la unificación política de Europa, de una sola Europa.

Y lo más curioso es que esta convicción convive perfectamente con un acendrado españolismo. Tanto es así, que siendo madrileño de nacimiento, Cano, habla el castellano con un rotundo acento aragonés. Cuando le pregunté de dónde había sacado su acento aragonés me contestó:



**Las jóvenes generaciones europeas están aprendiendo nuevas formas de vida que van a transformar el ambiente de la vieja Europa**

—Es que cuando estoy en el extranjero me gusta «masticar» el castellano. Y creo que el aragonés es el que más lo «mastica».

Ya que he venido a parar aquí diré que nuestro equipo diplomático de Bonn debe ser de los más brillantes que tenemos por ahí fuera. Aterra su horario de trabajo. Hasta que les vi en su salsa yo tenía otro concepto del oficio de diplomático. Eso de ir de recepción en recepción y de fiesta en fiesta—cosa que a veces es tan pesado como remar en galeas—ha debido pasar definitivamente a la historia.

#### AMERICANIZACION

Como consecuencia de la frustración de tantos ideales, por un lado, y de las exigencias de la política social, por otro, el europeo se está acostumbrando a pensar y a vivir de Tejas para abajo. No creo exagerar lo más mínimo si digo que el 99 por 100 de los europeos se proponen como exclusivo ideal de su vida vivir confortablemente, rodeado por su frigorífico, su aparato de televisión, su máquina lavaplatos y su automóvil en el garaje. Todos estos chismes, y sólo ellos, dan sentido a su vida y cauce a sus aspiraciones. Si de repente estos artefactos fuesen inasequibles, se produciría una catástrofe psicológica. Nadie sabría qué hacer ni qué plan seguir.

O sea: Que Europa ha abrazado eso que se llama «american way of life», el sistema de vida americano. El modelo que en este sentido se proponen todos los europeos es el de los Estados Unidos. La tendencia apunta a este modelo cada vez con mayor precisión. Aumenta incesantemente el número de europeos que comen a base de lata de conservas. Y todos los sistemas de producción se están importando de Estados Unidos. Raro es el día que no sale una Comisión alemana, o francesa, o belga para rea-

lizar en aquella nación estudios sobre productividad, sobre gerencia de empresas, sobre «relaciones públicas», etc.

Sin duda, el país que ofrece más porosidad a la penetración del «american way of life» es Alemania; el que menos, por supuesto, Francia. Los franceses siguen apegados a la empresa de tipo medio e incluso a la artesanía, y en esto están hartos de ver todos los economistas franceses la postración o estancamiento de Francia en el terreno económico.

Los españoles, en general, somos muy dados a sacar precipitadas conclusiones en esto del apego de las gentes a los productos de nuestra civilización técnica. Así, esta inclinación de los europeos a mecanizar su vida y a rodearse de aparatos eléctricos bien pudiera ser calificada por alguien de «materialismo».

Desde luego, vaya por delante el hecho evidente de que el tipo de civilización que ahora se está realizando en nuestro Continente es marcadamente material. ¿Podría ser de otra manera? ¿Hasta qué punto los hombres eligen su sistema de vida, su tipo de civilización? Yo no imagino fuera de éste otro camino que permita el acceso de grandes masas de trabajadoras a los bienes de la civilización y aun de la cultura.

Al mismo tiempo yo he visto a grandes multitudes asistir a conciertos de música sinfónica en Salzburgo, en Viena, en Venecia; he visto salas de conferencias científicas atiborradas de público; he visto cuerpos de «ballet» evolucionar ante 20.000 espectadores... Y sé que cada vez la gente compra más libros, más periódicos, más revistas, y que el número de alumnos matriculados en la Sorbona, o en Bolo-

nia, o en Bonn aumenta incesantemente.

De la perfecta coexistencia que puede existir entre una civilización técnica y el espíritu, sobre todo en sus manifestaciones artísticas, es ejemplo elocuente una ciudad norteamericana: Bethlehem.

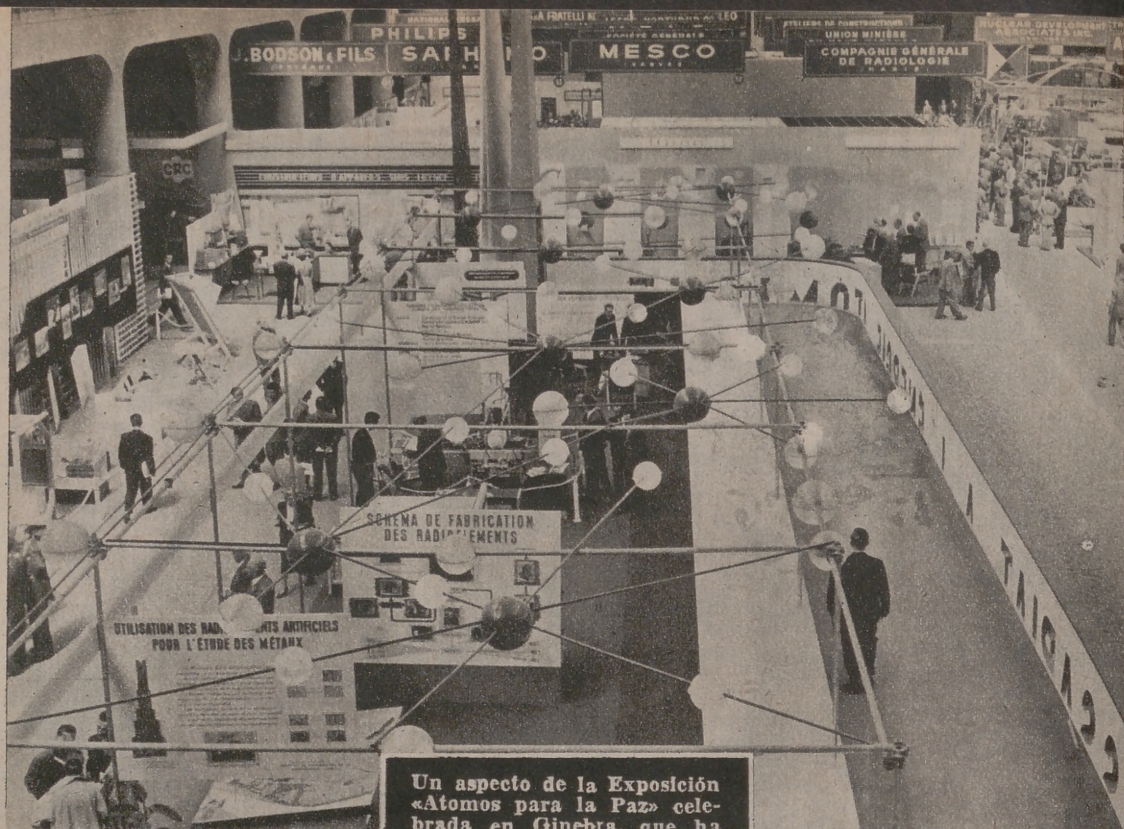
Esta ciudad es una enorme fundición de acero. Es lo más próximo al infierno que uno puede imaginarse. Sin embargo, señores, Bethlehem tiene una de las Masas corales más notables del mundo, especializada en la obra musical de Juan Sebastián Bach, y en ella cantan desde el empresario más poderoso al obrero metalúrgico más humilde.

Juan Sebastián Bach y acero. Es toda una síntesis de nuestro tiempo.

Creo que en Europa no hay ya escritores como Agustín de Foxá o Cañabate, nostálgicos del coche de caballos, del candil y del plastrón. Si los hay, sus artículos no deben interesarle a los periódicos. Yo supongo que sólo en España se pueden dar esa clase de añoranzas, absolutamente inofensivas, porque, por grande que sea la admiración que se sienta hacia esos dos magníficos escritores, nadie avisará a la Eléctrica Madrileña para que le corten la luz.

#### NIVELACION SOCIAL

Otro fenómeno que vale para toda Europa es su nivelación social. Eso que llaman «mundo elegante»—el dinero, el poder y la gloria—, que antes enseñoreaba ciudades enteras y que en París, por ejemplo, se paseaba por el bosque de Bolonia ostentosamente, se ha recluido en algunos barrios residenciales, y cuando sale a la calle no se advierte su presencia. Todo el mundo viste más o menos igual y va a los mismos sitios. Uno no sabe nunca si el señor que se sienta enfrente, en el tren o en



Un aspecto de la Exposición «Átomos para la Paz» celebrada en Ginebra, que ha traído esperanzas optimistas a un mundo asustado

el restaurante es un profesor de Universidad o un taxista.

Yo creo que los trenes europeos llevan por pura rutina vagones de primera—uno o, todo lo más, dos—, porque, por ejemplo, en el exprés de Hendaya a París yo sólo me encontré con dos viajeros en el coche de primera. Los dos eran españoles, como yo. El resto de los vagones, y sobre todo tercera, hasta los topes.

Pienso también que el coche de primera que lleva el Metro de París debe ser muy poco rentable. O sea: que va perdiendo sentido eso de las categorías de viajeros. Acabarán suprimiéndolas cualquier día. El juicio «rentable» o «no rentable» está ayudando poderosamente a esa nivelación de que vengo hablando, y como el número de «ricos» es cada vez menor en todas partes, ya que los impuestos se encargan de cepillar sus ingresos, no van quedando los suficientes para amortizar privilegios suntuarios.

#### FIN DE SEMANA

Donde he advertido más claramente este acceso en masa del estado llano a los bienes de la civilización y a lo que pudiéramos llamar disfrute de los placeres de la vida, ha sido en los fines de semana. En todas partes se ha impuesto el salir de la ciudad a mediodía del sábado. De París se fueron un fin de semana ¡dos millones de habitantes, o sea casi la mitad de la población!

Un sábado por la mañana tuve que ir a una oficina en Francfort. Me sorprendió ver a una media docena de mecanógrafas con un extraño atavío: pantalones americanos de esos que llaman «blue-jeans», una especie de anorak y pañoleta a la cabeza. Pregunté a una de ellas a qué venía aquella forma de vestir en una oficina:

—Es que cuando terminamos la jornada, al mediodía, nos vamos a

Constanza en moto. Los sábados venimos a trabajar vestidas así para ganar tiempo.

Efectivamente, a b a j o estaban cuatro «scooters» llenas de banderitas y de mochilas, por una de las cuales asomaba el mango de una sartén. El lunes por la mañana estarían de regreso tan frescas.

Hoy, prácticamente, todas las clases sociales de Europa practican el fin de semana, con dinero o sin él. Más bien sin él, porque el «autostop» no cuesta nada y la comida se la llevan de casa.

Esta expansión semanal tiene incluso una afortunada repercusión sobre la productividad: los que se han ido al campo el sábado y domingo, los lunes dan el máximo de rendimiento.

#### EMANCIPACION

Otro fenómeno social al que conviene darle toda la importancia que tiene: en Europa—también como en América—los chicos y chicas tratan por todos los medios de independizarse cuanto antes de la tutela económica de sus padres. Van desapareciendo los papás que mantienen a sus vástagos hasta que han terminado la carrera en la Universidad o donde sea. Generalmente los jóvenes que ingresan en la Universidad se cuentan ellos mismos los estudios trabajando. El trabajo se lo buscan organizaciones estudiantiles creadas con este fin. Como después tienen cantinas y residencias muy baratas, increíblemente baratas, pueden salir adelante.

Recuerdo que en Berlín, por ejemplo, existe una de estas organizaciones que suministra «baby-sitters». O sea estudiantes que se ocupan de los crísis de un matrimonio sin criada cuando éste quiere ir al cine o asistir a una fiesta. Otra organización en Munich ha comprado varios ta-

xis que son conducidos por estudiantes que se turnan día y noche. Todos los medios son buenos para ganar dinero.

A esto se debe en gran parte el hecho de que les hablé antes, de que de año en año aumente el número de inscripciones en las Universidades y otros centros de estudios. Para los padres debe ser un gran alivio esto de que sus hijos se las arreglen por su cuenta cuando llegan a la edad universitaria.

La familia, lejos de resentirse, yo creo que se fortalece. Por lo menos su situación económica sale beneficiada, y ya es sabido que cuando no hay agujeros en el presupuesto familiar los maridos suelen estar de buen talante, aquí y en Lima. Por otro lado, pienso que es bueno eso de que los jóvenes aprendan la técnica de luchar por la vida en cuanto salen de la pubertad. Los sociólogos piensan lo mismo, por lo que yo he leído.

#### VITALIDAD

Una gran sensación de vitalidad y capacidad creadora se advierte en Europa en 1955. Veinte años más de paz y de confianza en el futuro, y tal vez asistamos a una de esas casi milagrosas resurrecciones de Europa, recuperando el puesto que tenía en el mundo antes de que se lo repartiesen esos dos colosos extraeuropeos que son Rusia y los Estados Unidos.

De los políticos de esta posguerra poco podemos esperar, su pongo. Pertenecen, después de todo, a la vieja escuela. Mediocridad y mezquindad han sido y es su divisa. Han demostrado tener poca imaginación y menos valentía para hacer frente a un mundo que se transforma.

Yo pongo todas mis esperanzas en las jóvenes generaciones de ahora cuando lleguen al Poder. Apuesto por ellos.

# FERIAS 1955

Por Víctor de la Serna

EN este momento no podemos dar los datos estadísticos necesarios para informar convenientemente acerca del número de Festivales musicales, coreográficos y folklóricos que se celebran en España. No ha terminado aún la temporada y los datos son incompletos. Pongamos treinta o cuarenta cada año con carácter internacional casi todos. Entre ellos hay tres de primerísimo orden, uno incluido en los programas oficiales internacionales (el de Granada) y dos a punto de serlo: los de Santander y Sevilla. Y si se repiten los programas wagnerianos de Barcelona, aunque no sean verdaderamente Festivales, un espectáculo más de arte se añade a los «tres grandes». Y serán «cuatro grandes».

La proliferación de Festivales pequeños, que florecen en burgos del interior y una erupción de juegos florales, concursos literarios, certámenes y justas añaden una preocupación más a este ex joven cronista que anda hace algunos años por España con la seguridad interior (mas sin la comprobación científica) de que, como dice Girón, que es un hombre bastante experimentado, «España ha cambiado de conciencia».

Pues, efectivamente, parece que va cambiando de conciencia o por lo menos de gustos. Ni los más optimistas augures, aquellos que como Aparicio, Martín Almagro, Giménez Arnáu, Ridruejo, Ernesto, Foxá y yo andábamos por Salamanca en 1936 dando voces y anunciando el advenimiento de una nueva España, podíamos imaginar que no íbamos a dar abasto para atender, a los veinte años de entonces, a cuanto en España ha nacido en materia de apetito por las cosas del espíritu. Menos mal que nuevas promociones de intelectuales suministran a la demanda de palabra, a la demanda de literatura, a la demanda de Arte que exhala España con una avidez continua.

Cualquier pueblo de Castilla, cualquier pequeña ciudad, cualquier Municipio de hombres honrados organiza todos los años, con ocasión de sus fiestas algún acto literario, musical, artístico. Y todos alojan la bolsa, a veces en cantidades turbadoras. Es éste el caso de una pequeña ciudad infanzona de Santander, Torrelavega, que se arranca convocando un concurso de novela con 50.000 pesetas de premio y uno de poesía con 10.000 y contratando a Pemán como mantenedor de unas justas literarias, todo ello por amor, por filial devoción—para el que suscribe enternecedora—hacia la memoria de Concha Espina, que vivió y escribió y tuvo hijos allí cerca, en ese Luzmela sobre el que tan bello artículo escribió el director de EL ESPAÑOL.

Evidentemente, veinte años son bastantes años para que un pueblo evolucione. Mas el ritmo de nuestra evolución es tan rápido en estos veinte años, que la palabra Revolución resulta especialmente ajustada. Algo ha pasado (nosotros «los de Salamanca» sabemos qué es lo que ha pasado, naturalmente) además de veinte años. Porque veinte años habían pasado entre 1916 y 1936 y la mutación del espíritu español en sus pueblos, en sus pequeñas ciudades, apenas era perceptible. Llegaban las fiestas y en vez de torear Rafael el Gallo toreaba Marcial Lalanda. En vez de tocar el «tío vivo», el «Ahí va», tocaba el «Pichí». Y cuando mucho, en vez de ponerse «En Flandes se ha puesto el sol», se ponía «Nuestra Natacha» en el teatro Principal.

Lo que ahora pasa es radicalmente revolucionario. Las ferias de los pueblos exigen ahora una dosis de cultura que justifica esa política que a algunos les ha parecido demasiado arriesgada, pero que ahora se ve lo razonable que es, y que predica «ese» de Valladolid al que no tenemos más reme-

dio que aludir otra vez: Girón. El hambre de cultura de las masas es voraz. Cuando no le sirven ordenadamente el alimento del espíritu devora lo primero que tiene a mano. Para evitar empachos debidos a la inexperiencia tres Ministerios trabajan haciendo horas extraordinarias: Educación Nacional, con sus cursos de verano y sus «vacaciones ilustradas» y sus Institutos Laborales; Trabajo, con su colosal y ambicioso plan de Universidades Laborales que ha dejado estupefactos a los observadores extranjeros e Información y Turismo, nuestro amo y señor, que ha organizado ese tiberio de los Festivales musicales, coreográficos y teatrales, con los que se atiende a la incontenible demanda del mercado espiritual de España que se ha desatado y que amenaza con crearnos un conflicto.

Este año, los Festivales de Santander, que han sido los más completos de España, han demostrado que nada hay que acierte a saciar el apetito de espectáculo de superior calidad estética que ha alumbrado la Revolución en el alma de los españoles.

Como si en el fondo de un volcán dormido hubiera estado yaciendo el genio teatral y musical de España ha estallado en una erupción arrasadora y el esfuerzo del Estado por canalizar este ansiado momento es tremendo. No estábamos acostumbrados a esto. Casi siempre después de las guerras civiles (y eso en España ha sido tristemente una realidad) el nivel cultura de la Sociedad baja, sobre todo en sus clases más populares. El hecho de que en España, no sólo haya subido, sino de que haya subido «en flecha» hacia alturas inconcebibles, quiere decir que «lo nuestro» no ha sido una guerra civil, sino una cosa mucho más profunda e importante, más decisiva para la vida del pueblo. Ha sido una Revolución.

A veces los restos de una perezosa burguesía anacrónica se exasperan por estas presencias del nuevo espíritu de España y hay apacibles personajes que se irritan «de tantos Coros y Danzas» y de «tanto Festival» y de tanta «música celestial» como ellos dicen. Luego no faltan intelectuales cursis que les hacen el coro y que creen de buen tono apartarse de estas manifestaciones del espíritu nacional. Claro que no se dan cuenta de que en cuanto el pueblo deje de participar en los acontecimientos del espíritu va contra ellos y acaba por quemar museos, profanos o sacros, parece que sin saber por qué, pero en el fondo sabiendo que destruyen aquello que se les veda poseer. Pero esto son sutilezas que no todo el mundo entiende por mucho que se repitan.

Manolín Riancho, una especie de mago del Festival, cruza la Península veinte veces al año para atender al hambre espiritual del pueblo y ha logrado en Santander—su patria—la culminación de estos espectáculos. Alguna vez ha tenido que abandonar la ciudad para volar a Cádiz o a Vigo a fin de montar en unas horas espectáculos semejantes y aprovechar el paso de artistas extranjeros por España para no privar de ellos a otras ciudades.

Gracias a este extraordinario sujeto «a reacción», los cargadores del muelle de Santander o del Muelle, o los ajustadores de Echevarrieta en Cádiz han podido ver los mejores «ballets» del mundo y oír las mejores orquestas de Europa y aplaudir a los mejores bailarines de España por unas pocas perras, al mismo tiempo que las «élites» sociales y económicas, en una maravillosa jerarquización inofensiva y justa, calculada por España para la paz entre los hombres.

Da gusto decir estas cosas. Y al que le suenen a propaganda o adulación, ¡peor para él!

# CRONICA DESDE REDES

UN PUEBLECITO QUE NO ESTA EN EL MAPA



## LA SARDINA,

## TENTACION VERANIEGA

UNA AVENTURA FANTASTICA, EMOCIONANTE Y MISTIOSA

EL ARTE DE PESCAR CON METODO Y CIENCIA

Por nuestro enviado especial J. L. Castillo Puche

ESAS hermosas sardinas; esas aceradas, tiesas sardinas que parecen puñales de gitanos; esas vibradoras y tersas agujas hechas de azul de mar y blanco de nubes, esas carnes blancas con su gota de sangre, que hacen una ligera alusión al jamón y el resto es secreto personal; esas elegantes y aristocráticas sardinas que descienden a la cabaña y al tugurio sin aspavientos ni ascos de ninguna clase; esos pescados del día, que se encuban y se enlatan para que el hombre tenga una bella nostalgia de la estación veraniega, pues esas lindas y sabrosas sardinas las tuve a un paso en el mar y quise ir a ver cómo se defendían frente al cerco de las redes de los pescadores. Quise ver cómo era y se movía la sardina antes de estar pescada y comestible.

La sardina fresca y asada es una tentación y una delicia; pero la sardina libre, saltando en medio de una noche cerrada de verano a los bordes de las barcas, también es algo verdaderamente cautivador. Como lo es verlas cómo culebrea y se sacuden detenidas en el ahorcadero de las mallas. Como es sabroso y rico el comerlas recién sacadas del mar, cuando todavía andan dando saltos por la quilla de la barca, y

la mano del pescador las coge y las tumba sobre la brasa.

La sardina es un bocado exquisito, no me lo negarán. Durante los meses del verano, la frialdad de sus escamas, el intenso platerío de su cola de diminuta sirena, su empaque, que lo mismo aguanta el rico mantel que la mesa de madera, todo ello ha sido motivo para que fuésemos a ella, metiéndonos en una barca con un buzo de pescador, resignándonos a una noche de vigilia y balanceo. Y en el desvelado madrugón hicimos la proeza de ir con la sardina, ya yerta, al público litigio donde las mujeres subastan las cestas, quitando a la centelleante y bien cortada sardina todo su abolengo marino y haciéndola simplemente plato del día.

¡Oh la viva, la simpática, la listísima sardina, que hoy es fulgor y destello del mar y mañana está quieta, quieta en el escaparate del bar! Vosotras no sabréis nunca en cuánto os aprecian y estiman los pescadores, esos hombres rudos, sencillos, pacientes, bonisimos, que si os cogen es tan sólo por necesidad y porque también para sus estómagos sois un refinado bocado. Pero ellos os quieren, ellos quisieran dejaros libres, coleantes, alegres...

# EN UNA UNA DE LA RIA DE ARÉS



Redes, está en un recodo de la ría de Arés. Los pintores que llegan a docenas han querido robarle su intimidad

## UN PUEBLECITO QUE NO ESTA EN EL MAPA

Había que elegir un pueblo, uno cualquiera, para presenciar esa cosa fantástica, emocionante y misteriosa que es la pesca de la sardina. Y yo elegí Redes, un pueblecito que ni está en el mapa ni en las guías.

Pero Redes existe y yo lo he visto y lo he pisado. Redes es un pueblecito—mitad marinero, mitad agricultor—que está en un recodo de la ría de Arés, justamente allá donde el de Andrade plantificó sus castillos y le dió a la de Trastámara más que a una estera cuando este insensato, con una flota lusitana y al servicio del maestro de Avis, quiso nada menos que ocupar Betanzos.

## UNA RUTA PINTORESCA

Dejé el autovía—un autovía que marcha a vapor—en Franza, a las cuatro de la tarde. Allí nos metimos en un túnel de medio kilómetro, del que salimos más tiesos y más húmedos que buzos de marinero.

—Oye, y si viene ahora mismo un tren, ¿qué hacemos?—le pregunté a Jaime, que era mi guía.

—Hay unos huecos a los lados.

—Pues no veo ni torta.

—Lo mejor será tumbarse pegado a la pared.

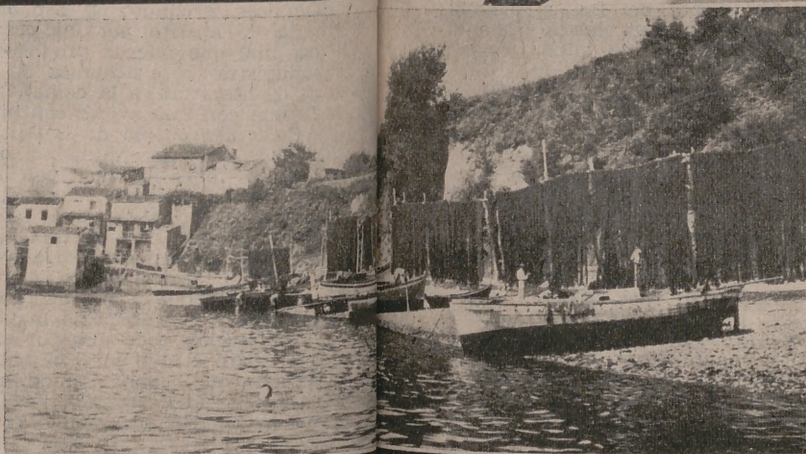
Salimos a unas veredas cruzadas de caminitos semicubiertos, sobre los que volaban en amigable compañía el cuervo y la gaviota. De vez en cuando teníamos que retirarnos a un lado para que pasara la majestad de un par de vacas rubias. O también nos encontrábamos de sopetón con un lavadero cantarino, en el que las mozas se chistaban y reían vayan ustedes a saber qué cosas.

—Estamos llegando—dijo Jaime.

Pero alguien había llegado antes que nosotros y medio pueblo sabía la extraordinaria y fenomenal noticia: un periodista, y nada menos que de Madrid, venía a visitar el pueblo. Traía hasta fotógrafo.

Hasta ahora, todo el atractivo turístico de Redes lo ha reservado para los pintores, que han acudido allí a docenas, arrancando al lugar trozos de Naturaliza y de humanidad gozosa y vibrante. Al pueblo de Redes, los pintores han querido robarle su enardecida intimidad. Pero el pueblecillo es tan puro, tan quieto, tan diáfano, que todo sigue igual y nada ha perturbado su paz. El pueblo, en vida, sigue como un lienzo colgado en una casa alegre y marinera.

Redes debe de tener unas tres-



El pueblo está guarnecido, protegido por largas, tupidas e inefables mallas de redes





cientas cincuenta casas. Hay bastantes cerradas. El pueblo queda metido en una uña de la ría y las casas se agolpan en la inclinada pendiente como cabras caprichosas. Por muchos callejoncitos se baja en escalera hasta el borde mismo del mar. Por las callejas andan picoteando y exaltándose las gallinas, muchas gallinas, que de vez en cuando saltan para dejar paso a los bueyes, que lo mismo pasan cargados de heno que de cangrejos. A la puerta de las casas están sentadas las mujeres, que tienen en las manos, largas, interminables, tostadas ristras de redes. Las redes que no están en las manos de las mujeres están en la playa, colgando de unos largos palitroques y dando a los diminutos y breves acantilados un aspecto como de decoración de teatro.

La red es el escudo de armas de este pueblo. El pueblo está guarnecido, protegido y cubierto por largas, tupidas e inefables murallas de redes.

Recorro el pueblo a mi antojo, con lentitud. En uno de los callejones, una muchacha que ha salido con un cacharro de agua en la mano se me queda mirando. Yo la mira también. Hago como que avanzo y regreso. Ella no se espera este juego, y al echar a andar tropieza en una piedra y se cae. Yo desaparezco, como si no me hubiera enterado de nada.

El pueblecito está en los miradores y está en las dos o tres tiendas, donde lo que más se vende es vino y gaseosa. Todavía a Redes no ha llegado la Coca-Cola, ni mucho menos la Pepsi-Cola. En estas tiendas, guardias civiles, marineros, indios ricos, industriales menudos, el cura, el farmacéutico, el médico y algún veraneante absurdo se juegan el café echando los tres cuartos a espadas.

Las tiendas de estos pueblos son curiosas. Junto a los botes de mermelada están las ristras de cebollas y de ajos, y junto a los bloques de «Ideales», los cohetes para el día de fiesta. Allí se encuentran, gastándose bromas, lo mismo los pescadores que acaban de llegar que los que inmediatamente van a echarse a la mar. Otros muchos están en su casa roncando. Otros aprovechan el tiempo cuidando el maíz o limpiando el patatal. Los que están en la tienda juegan a la baraja, muy serios, o comentan los éxitos o fracasos de la pesca de la noche anterior.

Hay muchachas soñadoras que salen a dar una vuelta por el puerto y aprovechan el paseo para echar una carta en el buzón de Correos. También las hay que salen a excursionarse por el mar, con una labor metida en la cesta de la merienda.

La hora de mayor encanto del pueblo es la del amanecer, cuando regresan las barcas, y también la del atardecer, cuando los pescadores, con una reducida cesta de viandas—pan, acompañamiento y media botella de vino—se dirigen al puerto con la boina puesta y el cigarro en los labios.

El resto de las horas, el pueblo parece dormido. Sólo las chimeneas viven. Y el humo se pierde entre la niebla o desaparece en el azul.

## EL «PATEXO». TODOS LOS DIAS SE APRENDE ALGO NUEVO

Las calles del pueblo están pobladas de cangrejos, que se arrastran por el suelo medio destruzados. La gimnasia inútil que hacen estos cangrejos cuando se quedan con las patas para arriba es algo que llega a dar mucha risa. Los cangrejos van cayendo de las carretas de bueyes, que ascienden calmadamente desde el puerto.

—Pero ¿adónde llevan tanto cangrejo?

—Al campo.

—Pero ¿qué hace el cangrejo en el campo?

—Los cangrejos son un excelente abono. Ellos le llaman «patexo». Dicen que tienen mucha potasa.

Y Jaime da un traspies por no pisar un par de ellos.

Al llegar al puerto, el olor casi nos echa para atrás. Los cangrejos huelen como demonios a medio tostar. Con dos palas, los pescadores van llenando las medidas, que vuelcan sobre la carreta. El más leve movimiento de un cangrejo en los montones hace que se desmorone aquella torre de patitas y caparazones.

—¿Cuántas cajas de estas pueden pescar en una noche?—pregunto a uno de los pescadores.

—Una o dos cuatrocientos o quinientas.

—¿Cuánto viene a valer cada caja?

—Según. Pero, más o menos, de cuatro cincuenta a cinco pesetas.

—¿Y dónde se pesca mejor el cangrejo?

El pescador responde taxativamente, sin mirarme.

—En Cedeira y sus inmediaciones.

## MI PATRON SE LLAMA FAUSTINO

Mi patrón es dueño de una tienda y se llama Faustino.

—Me ha dicho—dice la mujer—que lo despierte a eso de las siete. Siéntese.

Siguen entrando y saliendo pescadores.

—Mire, aquí tiene al presidente del Pósito—me dicen.

—¿Cuántos pescadores hay en Redes?—le pregunto.

—Unos ciento cincuenta; más bien menos.

—Y habitantes, ¿cuántos tiene el pueblo?

—Mil quinientos. Pero aquí damos a todo: al mar y a la agricultura. De una cosa sola no se puede vivir.

Don Antonio Pazos Deus se marcha, muy solemne, calle arriba. Lo último que ha dicho ha sido:

—Ya luego le dará más detalles el secretario, que lo tiene apuntado todo. Yo me voy a la patata.

Los pescadores ya van tomando confianza conmigo, y uno me pregunta:

—¿Se marea usted?

—¿Va a salir con esta ropa? Debe ponerse otra cosa. Se manchará y pasará frío—dice otro.

Las barcas que hay en el atracadero tienen unos nombres la mar de bonitos. Las barcas se llaman: «Eulogia», «Marieta» «Maruxa», «Non cho digo», «Mirame bien», «Dos hermanos», «Joven Pancha», «Galicia», «Imperio», «Tres Dolores», «Mercedes».

—¿Y en cuál de ellas me voy a embarcar yo?—pregunto.

—En aquélla; en «Marieta». Iré yo también—me responde José Paillarés, que es un muchacho bien vestido y con más pinta de galán de cine que de pescador.

—Ojalá tengáis una buena sardina. Ayer fué un buen día—comenta un viejecito simpático al que le faltan casi todos los dientes.

—Todo es cosa de suerte—añade otro muy sentencioso y grave, que lleva en la mano una cestita con los aparejos de pescar.

Luego me entero de que el propietario de «Marieta» es el señor Veiga, socio principal de las fábricas de lápices «Hispania», de El Ferrol.

—Ahora pasará por la tienda—me dicen.

Al rato llega el señor Veiga saludando a unos y otros. Es un hombre realmente simpático.

—Yo salí al mar la noche pasada y estoy cansado. Si no fuera así le acompañaría.

Me lleva hasta su casa, que tiene embarcadero propio y que es una residencia fantástica, casi de cine. Está construida la casa en forma de barco. El señor Veiga se ha traído a toda la familia a Redes. Le encanta, después del ajetreo de la fábrica y de sus negocios, descansar un rato frente al mar.

—¿Usted estuvo en América?

—Todo redes ha estado en América. No hay ningún hombre que pase de los cuarenta que no haya estado en América.

—Pero no todos, por lo visto, hicieron dinero.

—Dinero, dinero, lo que se dice dinero, sólo unos seis o siete. Eso depende de muchas cosas.

En el bar del Barco, el señor Veiga tiene un museo como el de Perico Chicote, aunque en pequeño.

—¿Quiere un whisky?

—Una copa de ginebra.

—Aquí, en Redes, además todos somos parientes, parientes en quinto o sexto grado, pero parientes. Algunas veces parientes por varios lados.

Los monigotes de los lapiceros «Hispania» son famosos en España entera. El señor Veiga, unido a su socio Alberto, tuvieron una de esas ideas geniales en materia de comercio. Crearon una industria nacional y llenaron los mercados de unos lápices que, poco a poco, se han abierto paso en todos los despachos y oficinas. Los lápices «Hispania», que nacen en El Ferrol, son también primos hermanos de los «Faber». Creo que en su fábrica trabajan técnicos alemanes.

—¿Cuántas sardinas pescó usted anoche?—le pregunto.

—Ochocientas en muy poco tiempo. Venía conmigo Taca.

—¿Quién es Taca?—pregunto después a un pescador.

—El que estaba jugando a la baraja en la tienda. ¿No ha oído hablar de Taca? Hay unos grandes almacenes en El Ferrol que llevan su nombre.

—¿También vino de América?

—Sí; tiene unas fuertes industrias en Cuba.

—Entre los que jugaban a la baraja, ¿había algún industrial más?



La hora de mayor encanto del pueblo es la del amanecer, cuando regresan las barcas de la pesca, y también la del atardecer, cuando los pescadores se disponen a partir

—Había tíos de muchísimos cuartos.

Volvimos a la tienda. Por fin apareció Faustino, con una boina un poco calada, una voz muy recia y agradable y pinta más de vasco que de gallego. Hablaba muy de prisa y yo apenas le entendía.

—Dice que en seguida van a salir—agregó el señor Veiga.

—Pues, a sus órdenes.

Redes fué fundado por catalanes. Nada extraño, pues que en un rincón tan apacible y distante de las comunicaciones florezca ese instinto raro de los hombres dotados para los negocios. Al parecer, en un principio lo que hubo en Redes me dicen que fué una factoría ballenera.

#### A LA BARCA

Eramos siete hombres a bordo. Al mismo tiempo que salíamos nosotros se hacían a la mar otras barcas, algunas de remo. Ya es valor y heroísmo salir al encuentro de la sardina a base de brazos.

Los pescadores se saludaban a gritos unos a otros alegremente. Parecían ir de romería. El mar era como una pista concurrida y bulliciosa.

Las barcas viraban en torno de Morrón y se iban colocando frente a los dos islotes de Las Mirandas. Atrás se nos había quedado Estacas, donde los pescadores me aseguraron que sobre la roca existe una fuente de agua dulce. Teníamos enfrente La Marola, a cuyo pedestal, a pesar de que el mar estaba calmo, se levantaban nubes de espuma.

Esta ruta era simplemente la orientación, porque dimos una gran vuelta y entonces los puntos de referencia eran Centroña, donde los pescadores decían que se divisaba una ermita, la playa Dever, la de Miño, las dos isli-

tas de Carboeira y Carbón y la desembocadura del Mandeo por El Pedrido. De vez en cuando, encima de las aguas se veía una gran mancha oscura. Eran islas de algas flotantes; a esto le llaman correa.

—Qué manera tan rara de caturrear tienen esas gaviotas—dije.

—No son gaviotas—replicó un pescador con el pelo medio canoso. Son aros.

—¿Qué?

—Una clase de patos.

Los patos gritan como los pájaros en el nido. Corren por encima de las olas que se las pelean.

—Los patos—añadió—son buena señal. Eso quiere decir que por aquí cerca anda la sardina.

—¿Y qué hacen las gaviotas en tan grandes manadas en las rocas?

—Van detrás del cangrejo.

A bordo hay un botijo. El mecánico que lleva el motor, y que se llama José Porto Noche, lo reclama a gritos. Es el mismo grito que se escucha ahora en las eras y en los bancales.

De las otras barcas, las de Puente deume y de Seva, ya se ve el humillo que sale del hornillo casero que llevan a bordo. Las llamas vuelan de un lado para otro.

—Ojalá tengamos una buena sardinada.

—¿Una buena qué?

—Que ojalá pesquemos sardinas a cientos—grita mucho más fuerte.

**EL «AXEXO», PROCEDIMIENTO QUE SE USA PARA PESCAR SARDINAS CON METODO Y CIENCIA**

Ya estamos bastante lejos de tierra. Los entrañables recodos

de la ría y la entrada del mar quedan detrás de una neblina ensombreada y fantástica. A veces los caseríos simulan rebaños de barcas, y otras veces, las barcas reunidas parecen pueblecitos costeros. Van apareciendo las primeras estrellas.

Faustino, nuestro patrón, va al timón. El itinerario es, por lo visto, sólo de exploración; todas las demás barcas hacen lo mismo. Saben dónde se dejaron la sardina la noche anterior, y dan vueltas por el contorno queriendo descubrirla.

—Mira, un delfín—grito yo, muy entusiasmado.

Faustino me aclaró que estos «peixes bravos» son pésimos a la hora de echar las redes. Se tiran sobre las sardinas y son capaces de deshacer todo un juego de redes. Rompen la red y se comen la sardina con una voracidad de energúmenos, a pesar de su nombre poético y delicado.

Faustino se da cuenta de que yo estoy «pez» en esto de la sardina y me dice que nosotros esta noche haremos una primera postura, que será solamente para «tentar».

A los remos van el más viejo de los pescadores y el muchacho. El patrón ha dado orden de que deje de funcionar el motor. Nos vamos acercando al sitio elegido para largar las redes a golpe de remos, y estos golpes son ritmicos, seguros, serios. El viejo lleva boina y el muchacho un sombrero que quiere ser cordobés.

—El «axexo» es una red especial. Ahora vará cómo se larga.

Ya se ha puesto el sol. La barca ha recibido orden de movilización. Todas las demás barcas, que parecían ir de un lado para otro caprichosamente, como en plan de recreo, de momento se han detenido y han comenzado a tirar redes al fondo del mar.

—¿Qué altura tienen las redes entre el plomo y el corcho?

—Unos trece metros—me responde el patrón.

—¿Y cuánto tiene de larga?

—Unos seiscientos metros, entre rabo y cabeza, tiene cada aparejo. Los aparejos están compuestos de cinco o seis redes. Cada red tiene unos ochenta y cinco metros. Unos llevan cinco o seis...

—¿Y nosotros?

—Nosotros llevamos siete redes.

Ya están largando la red. Conforme va cayendo, forma en el agua una incandescencia fosforescente. Poco a poco se va hundiendo. Arriba va quedando la línea de flotadores, formando caminillo. Cuando están lanzando el rabo, ya la cabeza apenas si se ve. A lo más parece un pato que navegara contra corriente. En la proa nos ha quedado Ares, y en la popa, Sada.

Preferentemente se larga la red en las entradas de las rías. Allí es más previsible que haya sardina. Ellas querrán luego salvar la corriente y podrán quedarse clavadas en la red.

Mientras las barcas que se dedican al «xeito» están todas muy quietas, las «tarrafas» pasan a toda prisa, dando vueltas y revueltas para elegir el sitio en que lanzarán su aparejo, que es bien distinto. La «tarrafa» hace la pesca por acopio. Coge un determinado espacio, lo cerca y en seguida arrastra la red hacia arriba. Todo lo que haya dentro es suyo. En cambio, el «xeito» es una postura más sabia y técnica, diríamos. Deja el paredón de la red y espera a que la sardina se ensarte. Toda la sardina suele tener entonces el mismo tamaño.

—¿Usted cree que sacaremos algo?—pregunto a Faustino.

—Eso nunca se sabe. Sardina hay, pero parece que anda muy suelta.

—¿Cuánto tiempo tendremos las redes echadas?

—Pues, ya veremos. Poco.

Los pescadores son así. Van al mar con toda la buena fe del mundo. Si pescan, bien; si no, paciencia.

—¿A cuánto se vende luego en la subasta el millar de sardina?

—Eso depende del día. La «parrocha» puede venderse a 250, a 300, a 350. Según. «Parrocha» llaman aquí a la sardina pequeña.

En el silencio de la noche, todos los ruidos de tierra llegan profundos y vibradores. Ahora parece ser un tren que cruce un puente lejano. También sobre las montañas se ve el resplandor de alguna hoguera.

A veces los pescadores no hacen a estas horas una sola postura, sino varias. Se levanta una postura y se lanza otra. Si hay mucha suerte puede hacerse una buena redada, pero los pescadores en la que más confían es en la puesta del amanecer. Esta puesta de la noche más bien les sirve para situarse.

—¿Y ahora nos vamos a quedar toda la noche aquí?—le pregunto a García Rojo, muchacho aficionado a la pesca y al periodismo.

Ahora levantaremos la red y iremos a dormir a otro sitio, ¿dónde?

—Adonde diga el patrón.

—¿Y por qué no nos quedamos por aquí?

—Es peligroso. Por aquí pasan barcos, sobre todo los barcos que vienen por pinos. Y esos no respetan a nadie. Podían darnos un buen empujón.

El patrón da la orden de comenzar a levantar la puesta. Se encarga de esta pesadísima tarea de ir recogiendo la red el mecánico del barco. Los demás la van plegando en la bodega, dejando sabiamente los corchos a un lado.

Yo miro con inconsolable decepción los primeros metros de red. Allí no hay sardina, ni nada que se le parezca. Al tirar de la red, en el fondo del agua hubo un rebullicio de azules y blancas fosforescencias, y yo creí que todo aquello era sardina.

—En estos metros nunca hay nada—comenta el mecánico.

Sigo esperando con ansiedad. Y entonces es cuando aparecen las primeras sardinas, que vienen prendidas en la red, pero moviéndose inquietas y locas. Con gran facilidad, el patrón las coge y las quita de la malla. Caen sobre la madera de la barca y saltan y rebotan. La sardina irradia sus platas, sus azules, sus oros y sus verdes de una pureza centelleante. La sardina parece entonces mercurio bullente. De vez en cuando abre la boquita e intenta respirar. La sardina se está muriendo. La sardina, al querer pasar la red—que la pobre no ha visto—, se ha quedado sujeta por las agallas. La sardina se ha ahorcado.

Siguen saliendo sardinas, pero pocas, poquitas. Pasan metros y metros de red para que nos lleguen algunas. Al cabo de un rato aprendo a descubrir las. Algunas llegan mordidas por los cangrejos. En el poco tiempo que han estado presas, el cangrejo ha tenido tiempo de comerles la cabeza o medio cuerpo. El patrón las va tirando aparte.

Por la cara de los pescadores veo que la postura no ha sido nada afortunada. Apenas vamos a sacar para un festín sardinero.

También salen un «pancho» y una «faneca». La tarea es larga y desesperante. Venga a recoger metros y más metros de red para nada. Cada cinco o seis metros, tres, cuatro, media docena de sardinas. Todas llegan con vida aún, y aun en el montón se deslizan y agitan en una agonía que las hace más finas y hermosas.

Pero los pescadores tienen experiencia. Hay sardina. Lo que ocurre es que no ha querido, no le ha dado la gana de dar el salto de la muerte. Pero lo que no hace por la noche acaso lo haga de madrugada.

No hay que perder las esperanzas. Eso es lo último.

La red, chorreante, ha vuelto a su sitio. La red trae una cantidad enorme de partículas verdosas que deben de ser algas descompuestas o suciedad de los fondos marinos.

#### SARDINAS A LA PLANCHA

Sentados sobre la tabla empezó el banquete más elemental y suculento al que he asistido hace tiempo. Sobre una plancha al rojo vivo el mecánico iba colocando filas de sardinas, y con un

palito les daba la vuelta cuando ya estaban bien asadas por un lado. La sardina soltaba una grasa, un olor y un humo que abría extraordinariamente el apetito. Sobre el pan iban cayendo las sardinas a pares, dejando el pan untado de una grasa sabrosísima.

Se gastaba alguna que otra broma, pero lo que hacía todo el mundo era comer. Comer de prisa y en silencio. Las sardinas quemaban en los dedos y en la boca, pero una llamaba a otra. De mano en mano circulaba la botella de vino. Y después un cigarro, ese cigarro amistoso y coloquial que me descubrió la vida y tragedia de estos hombres. Todos habían estado en América. Y habían salido en pescas peligrosas y difíciles. Y habían vuelto a España y se habían vuelto a marchar. Y todos, menos los dos muchachos, eran padres y abuelos.

—¿Alguno de ustedes ha caído al mar alguna vez?

Eran varios los que se habían parado horas enteras en el mar cogidos a un madero hasta que había pasado el barco que los había salvado.

#### A DORMIR SE HA DICHO

Dejaron de dar los remos tibias paletadas en el agua. Empezó de nuevo a trepidar el motor. El olor y el humo del petróleo nos envolvieron por un instante; pero en seguida comenzamos a avanzar en línea recta hacia una gran ensenada que había a un costado. También otros barcos se dirigían hacia aquel punto.

Dos marineros se pusieron en proa, sentados en actitud vigilante, mirando hacia el mar. Las barcas, al avanzar, iban dejando en el agua una estela azul que despedía insólitas fosforescencias. Parecía que cada barca llevara detrás unas cuantas bengalas que la fueran impulsando e iluminando.

El mar estaba tranquilo. Nuestra barca ya llevaba el farol encendido, un farol de carburo. Y entonces fué cuando pude ver el fantástico espectáculo de la sardina que comenzó a saltar alrededor de la barca como si fueran cohetes disparados desde el fondo. Todo el mar se hizo plaza de fuegos artificiales. Unas iban hacia un lado, otras hacia otro. Adaban corriendo varios metros muy rectas y de repente giraban en redondo. No eran uno ni dos ni cientos, sino miles de sardinas que con sólo dar un fuerte golpe en el suelo de la barca salían disparadas como flechas luminosas. El mar era una pantalla negra sobre la que volaba, haciendo piruetas y juegos pirotécnicos, aquel enjambre de asustadas sardinas.

Me había emocionado. Sentía que hubiéramos tenido tan mala suerte, porque, de haber echado las redes dos kilómetros más allá, nos hubiéramos encontrado en pleno banco de sardinas. Los pescadores las miraban indiferentes, estudiando científicamente sus idas y venidas, toda su estrategia de movimientos. Había que localizarla para que a la mañana siguiente pudieran echarse las redes sobre seguro.

—¿Y ahora no es posible darle las redes?

—No es posible; la sardina vería iluminadas las redes. Hay que tirársela entre dos luces.

La sardina saltaba estruendosamente en el agua. Esto es lo que los pescadores llaman *el ardor*.

—¿Y por qué salta?

—Porque tiene *calorias*— me responde José Hernández, tipo perfecto del pescador: boina, jersey azul.

Al hablar, con el traqueteo del motor se le mueven grotescamente las orejas.

Había también otros peces más grandes que las sardinas que, al removerse en el agua, formaban un caracol de burbujas impresionante.

Estábamos al abrigo de un monte, en un sitio sosegado, fuera del tráfico y al resguardo del viento. Allí el patrón mandó fondear y el rizón se clavó en el agua.

Los pescadores se echaron a dormir sobre la tabla en menos que canta un gallo. El último en tumbarse fué el patrón, que se encargó de que quedara colgada del mástil una luz verde para evitar encontronazos. No había mucho espacio libre: donde entra una pierna tenía que quedarse, y para mover el brazo casi había que pedir permiso al vecino. Pero los pescadores dormían. Roncaban como pescadores.

El balanceo del barco en la oscuridad, sus oscilaciones de proa a popa y de babor a estribor me daban la impresión de que había cogido una «trompa» respetable.

Apenas podía dormir, pero yo hacía como que dormía. No era cosa de hacerse el señorito.

En los ratos que lograba hundirme en el sueño soñaba catástrofes terribles. Soñaba que el patrón no se había dado cuenta de que la barca hacía agua y de que cuándo nos queríamos dar cuenta...

#### ¡A LEVANTARSE, AMIGOS!

Lo más maravilloso fué la hora en que el patrón dió la señal de diana y, buscando por todos los rincones, dió con las cerillas. Al instante estaba encendido el farol. Los pescadores se fueron levantando. Cada uno se fué a su sitio. El mecánico puso en marcha el motor. Otra vez comenzamos a saltar. Avanzamos.

Las demás barcas también se movían sobre la superficie quieta, que era como una inmensa plancha de cinc sucio. Las gaviotas volaban detrás de la barca y los «aros» chillaban.

No habíamos hecho más que movernos, y de nuevo aquella manifestación de sardinas empezó a concentrarse y a desparramarse de un modo absurdo y peregrino.

Dimos una vuelta, todos pendientes de la palabra del patrón. Por fin dijo:

—Aquí.

Paró el motor y de nuevo maniobraron los remos. El patrón miró el reloj repetidas veces. Mi-

raba hacia las nubes, hacia tierra, hacia las demás barcas.

Las sardinas, con el clarear del alba, iban perdiendo ese fulgor de astros magnéticos que corren velozes por el espacio azul.

—Toca el cuerno—ordenó el patrón.

Sonó quejumbrosa y amenazadora una corneta. Los pescadores creo que a este cuerno le llaman «foutodo» y lo usan para avisar a otras barcas de que aquel trozo de mar está reservado para una pesca. Esto suele dar motivo a grandes peloterías que se resuelven casi siempre en puellas e insultos, y luego en camaradería. Nuestras redes ya iban cayendo al mar. Los pescadores de la otra barca respondieron a gritos diciendo que ya nos habían entendido. Se colocaron enfrente de nosotros.

Lo más grave—me dijo el patrón—son las *tarrajas*. Pasan por encima y nos hacen polvo la puesta.

—¡A babor, a babor!—gritaba Faustino.

Ahora hacía frío. Se sentía una humedad extraña. Acaso yo la sentía más porque estaba destemplado. Entonces me tomé un bocadillo de jamón.

—Patrón, ¿pescaremos ahora?—le pregunté.

—¿Quién lo sabe?

Los pescadores permanecían silenciosos mirando anhelantes el fondo del mar. Allí estaba su pequeño tesoro, su pan del día, el pequeño sueldo que podían sacarle a una noche de vela.

De vez en cuando los corchos se hundían. Los patos seguían chillando. Pasaban las *tarrajas* haciendo el rastro masivo.

—¿Y es éste buen sitio para la sardina?—pregunté a uno de los viejos.

—Aquí han salido cantidades fabulosas de sardina. Y la sardina de estas rías es de las más ricas y sabrosas. Lo que pasa es que aquí ha habido mucho abandono.

—¿En qué sentido?

—Haría falta más vigilancia. Haciendo la pesca con malas artes se espilman los fondos.

—Y cuando no hay sardina, ¿qué hacen ustedes?

—Vamos al «patexco».

Todas las barcas, en un gran semicírculo, permanecían a la expectativa. Por fin el patrón ordenó:

#### ¡A LEVANTAR LAS REDES!

Empezó la ceremonia sigilosa y emocionante de tirar de las redes. Los pescadores estaban aten-

tos. Algunos corchos se habían hundido en el agua, y eso podía ser señal de que la red pesaba.

Empezaron a salir sardinas. Ya venían más juntas. Todas salían moviéndose, luchando inutilmente contra la cuerda asfixiadora. El patrón las sacaba a puñados. El montón iba aumentando.

Sin embargo, había redes con pocas sardinas. Y de nuevo venía otra con más sardina. Y los rostros ya caídos se animaban.

—Menos da una piedra—exclamaba uno.

—No han querido—decía otro.

—A otro día será.

A mí me parecían muchas sardinas viendo cómo aumentaba el montón, pero ellos no estaban satisfechos. El día anterior había sido mucho mejor.

La red pesaba, pero era por estar mojada. Y además subía mucha porquería: raíces y algas.

En total, un millar de sardinas. La pesca había terminado. Las demás barcas estaban en la misma tarea y tampoco se veía en ellas un gran movimiento. Sólo una trabajaba con gran lentitud.

—Aquellos sí que han alcanzado.

#### LA VENTA DE LA SARDINA

Tan pronto terminamos de recoger la red, la barca puso el motor en marcha con dirección a Arés.

Era interesante apresurarse. De llegar antes a llegar después puede cambiar el precio de venta de la sardina. Las barcas se enfilaban unas detrás de otras. Todas iban tirando la red al agua para sacudirla y quitarle la suciedad. Conservar la red en aquel estado era condenarla a que se pudriera.

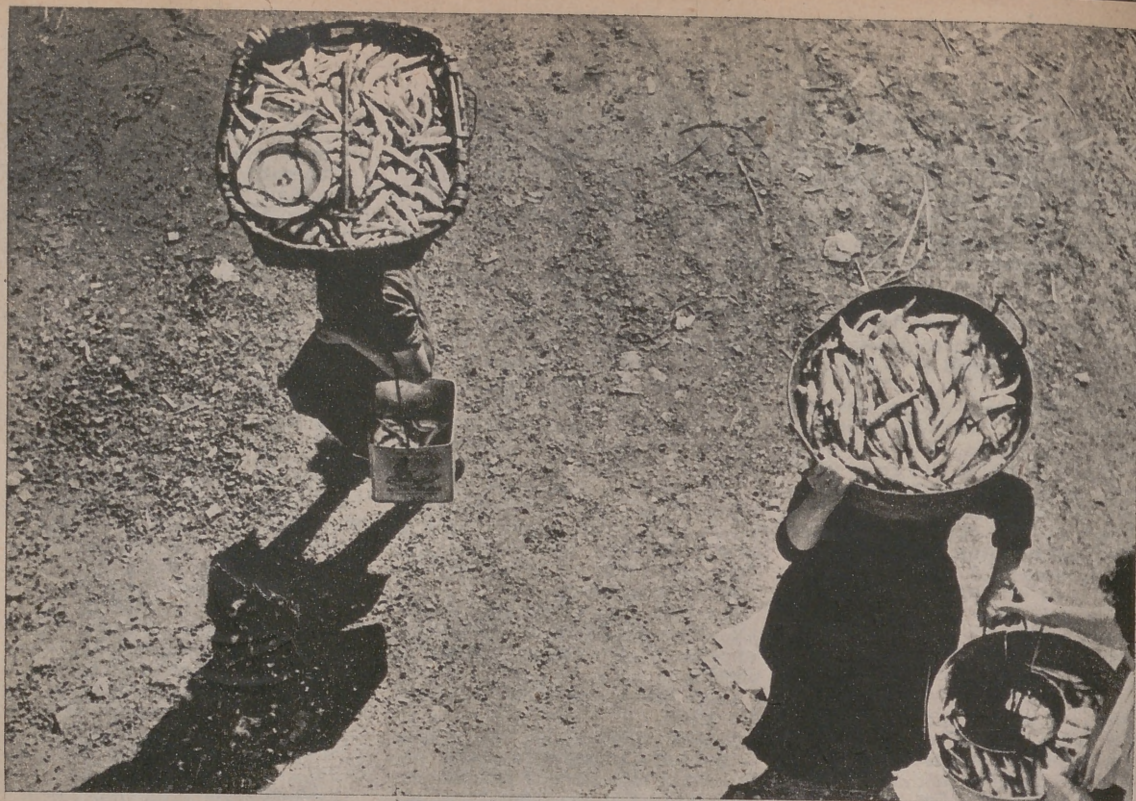
#### ARES

El bullicio que había en el embarcadero de Arés no era para mí, que con el sueño que llevaba los gritos casi me mareaban. Además no entendía nada de lo que gritaban y discutían las mujeres. Lo único que sé es que la subasta se hacía de arriba hacia abajo, es decir, cogiendo la cifra *ciento cinco*, la subastadora comenzaba a decir: *ciento cuatro*, *ciento tres*, *ciento dos*, y así hasta que llegaba, por ejemplo, a *noventa y cinco*, y una mujer salía corriendo con la cesta de jurel o con la *parrocha*.

En el puerto había pescadores que se fumaban un cigarro, guardias civiles que presenciaban la algarabía y soldados que estaban prontos a embarcarse pa-



Las redes, colgadas en la playa, en largos pa-litroques, dan a los acantilados aspecto como de decoración de teatro



ra lanzar un cable submarino en la ría. Arés es un pueblo importante y encantador.

#### DE NUEVO, CAMINO DE REDES

La venta de la sardina ya estaba hecha. Creo que dió una cantidad que no llegaba, por supuesto, a las quinientas pesetas, ni mucho menos, y que casi condenaba a los pescadores a haber trabajado gratis. Sobre cubierta se veían unas cestas de sardinas. Cada pescador tenía separada su parte, como también la parte del propietario y la del patrón, que son las mayores.

Los pescadores de redes unos días venden la sardina en Puentedeume y otros en Arés. Hay ocasiones en que se acercan a venderla a La Coruña. Eso depende de las circunstancias.

Los delfines—creo que los gallegos los llaman «arroás»—saltaban. Las gaviotas emblanquecían los peñascos del litoral.

—Lo bueno es que ustedes no se marean—le digo a un pescador.

—No crea; si tardamos en salir algunos días también nos abobamos.

Redes se despertaba. Un sol tímido lucía en los miradores de las casas.

Al desembarcar los pescadores me llevaron a la tienda y me ofrecieron el refrigerio tradicional: un vaso de oportó y aguardiente juntos.

Luego me fui a casa de los amigos Otero, que me ofrecieron un par de huevos fritos, un tazón de chocolate y una cama preciosa.

En el embarcadero me topé con López Ramón, del «Correo Gallego», y con el fotógrafo.

#### TODAVIA QUEDA ALGO QUE DECIR

Tenía que ver al secretario del Pósito. La Cofradía de Redes lleva el nombre de «San Vicente». Se fundó en 1945. Parece ser que Redes y su ría están salvando

Las sardinas saltaron a tierra para tentación de glotonnes. La sardina fresca y asada es un bocado exquisito

una crisis tremenda. En otro tiempo, para Redes y para tantos pueblos, esta ría fué la más rica de Galicia.

En Redes debe de haber unas 14 motoras de explosión, cinco de gas-oil y ocho de vela y remo. Cada barquito lleva de dotación unos seis hombres.

—¿Qué haría falta aquí?  
—Una Escuela de Capacitación o algo parecido.

—¿Y qué más?  
—Crédito. Muchos pescadores, buenos pescadores, quisieran emanciparse, pero no tienen dinero.

—¿Cómo vive la entidad?  
—De los ciento y veinte afiliados, cada uno paga la cuota de dos pesetas mensuales.

—¿Qué más ingresos hay?  
—Se aplica el 21 por 100 de la siguiente manera: un 10 por 100 de la venta en bruto, un 3 y pico para Seguros Sociales, un 2 para accidentes de mar y de trabajo, un 1 y medio para Seguro de Enfermedad, un 2 para el vendedor y otro 2 para la entidad. Esto siempre que se venda aquí.

—¿Hay Montepío?  
—Funciona desde mayo y paga invalidez, vejez y jubilación. Los ancianos mayores de sesenta y cinco años ya cobran. Hay 16 que cobran y 10 mujeres también jubiladas.

—¿Qué otro problema?  
—Sería conveniente suprimir los intermediarios.

—¿En qué?  
—En todo, pero sobre todo en la compra de pertrechos: corcho, tanino, cuerdas, plomo, hilo, etcétera. Este pueblo podría arreglarse muy bien con la pesca, pero ha habido mucho abandono. Sobre todo, el pueblo podría defenderse teniendo como tiene

la agricultura. Y todos vamos al campo.

El secretario es expedito, tajante, entusiasta.

#### HAY REFRANES QUE FALLAN

El humor gallego tiene un refrán para cada sitio. Por ejemplo, de Redes dice: «En Redes no te quedes.» De Arés dice: «En Arés no te pares.» De Camouco: «En Camouco para pouco.»

En Redes dan ganas de quedarse. O por lo menos entran ganas de volver. Y uno recordará siempre como un sueño aquellas horas mágicas en que uno salió de noche con la tentación de la sardina y con unos hombres tan pacíficos, generosos y alegres. Uno recordará siempre el pueblo como un prodigio de colorido y de paz.

Antes de salir me fui de nuevo al puerto. Allí estaban los pescadores tendiendo las redes de unos altos palitroques. Conforme iban terminando se iban al campo.

—¿Y dormir?  
—Por la tarde, después de comer, echamos una siesta.

Es portentoso. Así viven muchos hombres. Y con la sonrisa en los labios. Sobre todo si la sardina se porta bien. Que a veces, tan sabia como es, yo creo que si cae es sólo por hacer un milagro que consuele y bendiga el afán de estos extraordinarios hombres. Extraordinarios en la aventura, en la resignación y en el trabajo.

Y cuando hablo de vida heroica me estoy refiriendo a esos vetejitos, Manuel Ramos—que de noche, en vez de dormir, se dedica a tirar su anzuelo—y José Rodríguez una figura auténtica de belén, si en los belenes hubieran tenido gusto e imaginación para colocar pescadores. Que para ellos vivía el Evangelio de una manera especial.



A mayor consumo mejor precio.

La extraordinaria  
venta obtenida por

PUNTA

**BIC**

permite ofrecer una

**Sensacional  
rebaja de precios**

*Calanet*

BIC CRISTAL 5.130	PRECIO ANTERIOR	6 ptas.	PRECIO ACTUAL	4 ptas.
BIC BOLSILLO M-4	»	»	12	»
BIC BOLSILLO M-5	»	»	15	»
BIC CLIC M-11	»	»	25	»
RECAMBIOS M-4, M-5	»	»	6	»
RECAMBIOS M-11	»	»	8	»

**GARANTIA ABSOLUTA**

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada.  
Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC.

**FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA**



# LA VIRGEN DE LOS TRIGOS

NOVELA

Por Mariano TUDELA

¿CUANTAS veces te habré dicho que no es buena cosa apurar el paso? ¡Hay que administrar la andadura, Ciprianillo!

Joselito Núñez está cansado de que sus palabras caigan en el vacío. Habla él, y como si pasara un carro. Ciprianillo, nada. Pero Joselito Núñez cuando lo piensa bien, se resigna. Porque ya son muchas horas hombro con hombro. Y muchas tardes de sol pegajoso, echándose una mano en la lucha con las vaquillas, malintencionadas como bueyes resabiados, allí, a la vera de las talanqueras difíciles, en la mitad de la plaza de cualquier pueblo perdido. Y muchas hambres y muchos garrotazos, y muchas pedradas de mocito jaquetón. Ya es mucho en verdad, y mucho tiempo, por tanto, para que Ciprianillo vaya a cambiar así de la noche a la mañana.

—¡Qué ha de ser mala ccsa, José! La luna no quema.

Joselito Núñez mira a la luna como sin querer. Tiene la cara morena y brillante. Los ojos, blancos y puros. El pelo, casi azul. Mirando a la luna Joselito Núñez ve de paso las estrellas. La imaginación le vuela hacia un traje de torear. Un traje de luces, brillante y reluciente. Después mira a Ciprianillo. Más que moreno, es verduoso Ciprianillo... Joselito Núñez vuelve a la realidad de sopetón.

—La luna no quema como el sofoco de la cáncula..., pero es largo el camino hacia el tren. Ciprianillo no oye. O simula que no oye. Empieza a silbar. Remotas, irreconocibles, seguidillas alegran la noche serena. Piensa en la capea. En la plaza desconocida. En los gritos de los mozos. En las garrotas que desloman sin piedad. En el vino áspero y traicionero de la tarde scfocante.

—Con que llegemos a la estación hacia las seis, listo.

Andan la carretera. El hatillo, pequeño, inexplicablemente diminuto, al hombro. La noche tibia y serena, encima.

\*\*\*

Las agujas del reloj están a punto de juntarse en la esfera del viejo trasto de la bodega. Hace calor. Un calor nocturno, húmedo y pesado, pesado casi como una maldición bíblica. En el am-

biente, denso, cargante, violento, flota como un invisible aleteo jaranero.

—Señores — dice el Agallas —, que las doce van a dar, como es de ley. ¡Que llega la hora, como está de Dios!

¡Las doce de la noche, señores!

El Agallas tiene la piel reseca y lacia. El Agallas es el anciano más viejo del pueblo. El Agallas está medio doblado y renquea; pero aun tiende con pulso seguro los pellejos de la bodega. A su alrededor el Damián y el Patricio, el Emilio y el Santiago. Enfrente, el Urbano y Tinto, el de la bodega.

—¡A prepararse, señores, que la tradición es la tradición, y las doce de la noche están al caer!

El Damián se pasa el dorso de la mano izquierda por los labios mojados de vinazo. Es magro y achaparradete el Damián. El Patricio se mira las puntas de las botas con sus ojos húmedos de besugo a medio morir. Cejijunto y mal encarado, eructa el Emilio. Bebe con obstinación el Santiago. Tinto, el de la bodega, sonríe y se rasca la mano acariciándose las entrecanas barbas de tres días. El Urbano, elegantón, a la manera de pueblo, ladea su gorrilla y pule con frotamientos de solapa el garbanzo espejeante de su sortija. De pronto, casi de improviso, apenas con un quedo y amortiguado murmullo de las entrañas del reloj por delante, caen las doce campanadas de la media noche. La porroquia de Tinto se echa al colete los grandes vasos de vino preparados para las solemnidades. Después el Agallas suelta una vieja canción de su mocedad. El Patricio le acompaña con un fondo de boca cerrada. Los demás, alborotan. Tinto sirve más vino y filosofa, a su manera, pensando que un nuevo día de la Virgen es, a fin de cuentas, un año más. El Urbano ladea su gorrilla. El Agallas sigue con su melopea. Continúa el calor. Pesa la noche agostea sobre el alegre reflejo de las vísperas festeras.

\*\*\*

Sobre la plaza cae un batiburrillo de voces, de música, de pasos que se arrastran sobre las losetas, siguiendo el compás. La Exuperia baila con uno de los ingenieros del pantano. La Exuperia es corta de estatura, poderosa de caderas, retinta y pelona. A la Exuperia la llama su padre.

—Que no te salgas de madre, porque te deslomo. Que no bailes con el ingeniero porque te la



ganas. Que no te ganes la desgracia porque yo no me achico.

A la Exuperia la voz se le vuelve pabilo de velón.

—¡Pero, padre, si estamos en fiesta!

—¿Y qué? Lo he dicho, ya lo has oído. Y de la burra no me apeo.

La Exuperia concce a su padre y prefiere no responder. La Exuperia se acerca al corro de amigas. Hay como una vaga rechifla en las sonrisas de todas: en la de la Juana, en la de la Lola, en la de la Pascuala.

—¡Pronto te cansas, paloma!

—¿No te gusta el ingeniero?

—¡Pues sí que tú picas alto!

Morita, la animadora, alegra el cotarro desde el tinglado de la orquesta. Morita suda de lo lindo. Mueve las maracas. Se contonea. Inicia pasos de baile. Morita, contra lo que pudiera suponerse es rubia y suave. Tiene una voz entre bronca y destrozada. A su lado, como guardando armonía con su ceñido traje amarillo, la chaquetilla, azul eléctrico, del director de orquesta. Tacho Bermúdez no se excede en su cometido. Sabe muy bien que al final ha de cobrar lo mismo. Además, está cansado. La enfermedad de su mujer, sus hijos. El eterno problema. A los otros de la orquesta les ocurren cosas parecidas. Nunca falta un roto para un desccsido.

El ingeniero del pantano, desde que la Exuperia le dejó plantado por causas de fuerza mayor, anda sin rumbo por la plaza, un poco a la buena de Dios.

—Señorita, ¿quiere usted bailar?

La Charo es dulce y tiene prestancia. La Charo es fina y esbelta. A la Charo no la ganarían muchas señoritingas de la ciudad.

—No, gracias.

El ingeniero se larga hacia mejores vientos.

La Charo reparte su mirada hacia todos los rincones de la plaza. Por lo que se ve, Urbano no ha llegado todavía.

\*\*\*

De la bodega de Tinto a la Cantina, y de la Cantina a la Venta de Tomás.

—¿Vosotros os creéis que habría Virgen de los Trigos sin nosotros?

—¡Hombre!

—¡Pues claro que no, ea! Que nosotros somos la tradición. Los que la cogemos de vísperas, en cuanto suenan los doce.

—¡Como está «mandao», sí, señor!

El Damián y el Patricio, el Emilio y el Santiago. En medio, el Agallas y el Urbano. Se tambalean. Hace dos horas que empezaron. Lo hicieron bien. El Emilio siente náuseas. La juntura de las cejas se le frunce. Al Damián le bailan las estrellas del cielo. Le sudan las grasas. El Patri-

cio entorna los ojos. Tiene deseos de seguir. El Santiago ya no está para más. Vcmitó en la Venta de Tomás. En medio, tartajea el Agallas, más aplado que nunca. Se baba. Zigzaguea. El Urbano, sin descomponer el tipo, se lo llevó cogido por un brazo.

—Y mañana... mañana que no se diga, ¿eh? Mañana a seguirla.

—¡Hombre, «naturaca»!

—¡Pues no faltaba más!

El Urbano, con más aguante que ninguno, ya se cansa de jarana. Por un momento piensa que la Charo le habrá estado esperando en la plaza. Ahora ya es tarde. En fin...

\*\*\*

El Julián, espada de tronío en la fluctuante cotización de los contornos, plato fuerte contratado para la tarde de la Virgen de los Trigos, deja la casa de Lucas, el alcalde, cuando empieza a correr la deseada brisa de las madrugadas. El Julián, torerillo de las marismas, mozo desgarradete y escuchimizado, tiene, ahora que se dirige a la fonda, un agrío en la boca, un peso en el estómago, un dolor incipiente en la nuca. Lucas, el alcalde, es hombre joven y bebedor. Esta noche ha colmado al Julián de atenciones alcohólicas. Lucas, rubio y gordito, es capaz de beberse un bocoy. El Julián no le da mal, pero no llega a tanto.

—Vamos, otro copazo de aguardiente de guindas. ¿Así que tú conocías a Pepillo Alamedas?

—Y bien que le concía. Le sobraba valor, pero le faltaba arte. El toreo es como el punto de la paella. O se pega el arroz o resulta una papa. El punto exacto es la fetén.

—Ya, ya. Oye, ¿y tú crees que lo de mañana resultará?

Todas eran preguntas en casa del alcalde. Con las preguntas, copazos de aguardiente de guindas. Por eso ahora el Julián, un poco borrachito, descompone su estudiado desgarramiento y camina, con la mayor de las naturalidades, hacia la fonda del pueblo.

\*\*\*

En una esquina de la plaza, allá junto a la guarnicionería, cuatro cajones siniestros y desproporcionados encierran las cuatro incógnitas de la capea de mañana. Echándole un ojo, en son de guardián, vela Segundo. Tinto, por aquello de que la noche no se le da para dormir, ha venido a hacerle compañía.

—¿Y cuánto te dan por esto, a fin de cuentas?

—Pues, mire usted, Tinto, eso no se sabe hasta el final.

—¿Y si te despachan sin nada?

—Pues, paciencia, barajar y a otra cosa, mariposa.

—¡Vaya!

Tinto invita a tabaco. Segundo fuma con avidez de adolescente. Vuelan los segundos, los minutos, las horas. ¿Qué hará tinto en las largas y despiadadas noches de los inviernos?

—Oye, ¿has visto a la animadora?

—No.

—Me han dicho que está de órdago. A Segundo le empiezan a brillar los ojos.

—Seguramente.

Por la plaza cruzan seis sombras. Alborotadoras y vacilantes sombras. El Damián y el Patricio, el Emilio y el Santiago, el Agallas y el Urbano.

—Van con tormenta...

A la mirada de Tinto asoma un rayito de maldad.

—Oye, ¿y si les soltamos los bichos? Segundo tira del cigarro.



—Iban dados. Se les despejaría la pítima.

\* \* \*

Cuando a las sombras de la noche sucede como un tímido albor, cuando al silencio de varias horas sigue el sonoro canto del gallo, Morita, la animadora, bebe anisete en el vestíbulo de la fonda.

—¿Queda algo?

Tacho Bermúdez se sale del ensimismamiento de las cartas para echarle el ojo a la botella. Regúlez, el trompeta, y Marcos Rodríguez, el batera, juegan sus naipes. La Voz de Tacho Bermúdez es gruesa, afónica y desproporcionada.

—Un culito para mojar los labios.

La animadora media su copita, porque la botella de anisete no da para más. La animadora, Morita la rubia, está apoyada en el piano desvencijado. Tiene como un estudiado aire indolente. Ha visto pasar, hace unos minutos, a el Julián. A Morita le ha gustado el Julián, Morita piensa que hace años no le hubiese gustado el Julián. Acaso dentro de unos años tampoco le guste el Julián. Morita, sin saberse por qué, así, estúpidamente, se echa a reír.

—¿De qué te ríes?

—No, de nada.

A Tacho Bermúdez, al principio, le ha jorobado la risita. Tacho Bermúdez juega a las cartas con Regúlez y Marcos Rodríguez, pero no está a la partida. Tacho Bermúdez piensa en la enfermedad de su mujer y en la caterva de hijos. A los demás, por lo que toca a Regúlez y a Marcos Rodríguez, también les ocurrirá lo mismo, por aquello de que cada santo aguanta su vela, o por lo de que todos padecen en este mundo su sarnilla que rascar.

La animadora vuelve a reír.

—¿Qué te pasa, Mora?

—Pues, no sé... Debo de haberla cogido.

\* \* \*

El atrio de la parroquia se va llenando de vecinos. Hace calor. Pero, en el atrio, se agradece el sol, porque en la iglesia habían pasado tres cuartos de hora sofocantes, con la única nave atestada de gente y los respiraderos de las puertas taponados por los menos madrugadores.

La Juana dobla el velo con melindres de novicia. La Juana, endomingada para la fiesta, siente que el sudor ronda las curvas de su cuerpo. La Juana es abundosa de grasas, débilmente bigotuda, morena de pro, ancha de caderas.

La Lola, con sus mejores trapitos, está más coqueta que de costumbre. La Lola es medio pelirroja y tiene pecas. En los ojos, un tic que a veces parece otra cosa. A la Lola el sol de agosto la pone coloradilla y jaquetona.

La Pascuala se arregla el peinado. Piensa que la fiesta es la fiesta. La nariz de la Pascuala es larga como su lengua. Los ojos, hondos como su intención. La Pascuala, como enemiga, es como la peste en casa.

La Charo, como la Juana, también dobla el velo con melindres de novicia. Su dulzura y su prestancia ganan con las doradas horas de la mañana. En la Charo sólo hay un borrón pasajero: un tinte opaco en los ojos y una sombra en las mejillas. La Charo no ha dormido bien. La noche casi en claro pensando en el Urbano. Anoche le esperó en la plaza. El Urbano no llegó. La Pascuala se encarga de darle la noticia:

—¿Sabes que el Urbano anduvo ayer de borrachera?

A la Charo, bien a su pesar, se le saltan las lágrimas.

La Exuperia se les une en el camino. La Exuperia ha oído misa con sus padres. A la Exuperia le han cantado las cuarenta y aún le zumban los oídos.

—Qué, ¿has soñado con el ingeniero?

Sobre la epidermis de la Exuperia las palabras de la Pascuala resbalan sin herir.

\* \* \*

Con las doce del mediodía suben a las nubes catorce bombas de palenque. Segundo las tira en la plaza y restallan en lo alto. En este momento el pueblo en trance de fiesta está semivacío. Hacía él, desde la parroquia, baja la procesión con la Virgen de los Trigos en volandas. Las viejas, y las que no lo son tanto, acompañan a la imagen entre un coro de bisbiseos. Junto a la ace-

quia, en lo alto de un ribazo, aguardan el paso la Juana, la Lola, la Pascuala, la Charo y la Exuperia. Desde su espera, la comitiva procesional semeja un hormiguero en lenta y parsimoniosa marcha. La mañana anda crecida y el sol esponja calores sobre los campos. Ahora, cuando la procesión cruce el ribazo, se agregarán la Juana, la Lola, la Pascuala, la Charo y la Exuperia.

Abajo, en la plaza, sólo queda Segundo. Los ojos se le cierran porque tiene sueño. La cabeza se le arde bajo el sol. En el brazo sujeta catorce bombas de palenque. Subirán a los cielos cuando la procesión entre en la plaza. Después, durante todo el día, ya no serán bombas de palenque, sino tímidos y sonoros cohetes, vergonzantes y modestos cohetes de escasa monta.

Entretanto, en la bodega de Tinto, corre la ronda de blanco dulzón. Estévez, el saxofón de la orquesta, y Marcos Rodríguez, el batera; el Agallas, que ya empalma la jarana. el Emilio, que se acaba de amanecer, y dos forasteros recién llegados que han provocado el silencio con su presencia. El Agallas trata de entenderse por miradas con Tinto, pero no lo consigue. El Emilio lucha por encontrar, arrumbados en su memoria, dos tipos como los desconocidos. No recuerda. Uno es cetrino, verde casi, con las sienes grises y mucho vuelo en las andaduras. El otro es larguirucho, espigadillo como un junco. El Agallas no se contiene por un momento más, chasca la lengua y se acerca a los forasteros.

—Vamos a ver, amigos, aquí los señores y yo no tenemos el gusto de... ¿Son ustedes de por aquí cerca?

El cetrino, verdoso casi, el de las sienes grises y mucho vuelo en la andadura, se queda mirando para su compañero. El espigadillo no se inmuta.

—Nosotros venimos a torear.

El Agallas les alarga la mano. Estévez, el saxofón, mueve la cabeza como si esperase la identidad de los desconocidos. Tinto se apresura a llenar los vasos de la parroquia.

Ciprianillo se explica:

Hemos venido caminando desde el apeadero. Aquí estamos refrescando la garganta y, con la misma, a dormir un par de horas.

Se confraterniza de lo lindo en la bodega de Tinto. Cuando llegan Santiago y Tacho Bermúdez ya hay conversación corrida. Presentaciones y más vino.

—Este es Joselito Núñez, un chavea con porvenir. ¡Apaleará billetes!

—¡Y usted que lo vea!

—¡Una por mi cuenta, Tinto!

Se oye como un redoblar de tambores. La banda de música de Guijo de las Angustias acompaña a la Virgen de los Trigos. Ahora entran en la plaza. Segundo acaba de lanzar otra bomba de palenque. La parroquia ocasional de Tinto arrima la nariz a la puerta para presenciar el paso de la procesión.

\* \* \*

Desde la carretera el pueblo parece como una construcción de juguete. Poco a poco, y a medida que uno se acerca, se configuran y agigantan las casitas de adobe. Un poco a trasmano, allá a la izquierda, el campanario de la iglesia rubrica el horizonte. En la carretera el calor se convierte en una obsesión. Pero si hay costumbre, si la piel se tiene para que se curta a soles pegajosos, la obsesión se lleva casi sin sentir y los sudores no se notan. Este es el caso de Pacheco.

Pacheco ha hecho bien el camino. No le importó demasiado el baldamiento de las espaldas. Ni siquiera le asaltó la sombra de la quincena pasada en el cárcel del partido de San Juan de Polavieja. A Pacheco, para su buena suerte, le dieron un cubo con gazpacho en un caserío del camino. Se le tragó en las primeras horas de la mañana, sentado en la cuneta, mientras se entretenía en diezmar con el pie un hormiguero enloquecido y asustado.

Pacheco, ahora que entra en el pueblo, ve que en la plaza han empezado a disponer carros y talanqueras. Los vecinos pasean, beben en la cantina y hablan a gritos. En él no repara nadie. Su fuerte es ese precisamente, pasar inadvertido allí donde sea menester. Pacheco, como si tal cosa, pasea también su cuerpo baldado, su murria, sus barbas crecidas, su aire cansado y aparentemente inofensivo.

\* \* \*



El guiso humea aún en el plato de la Charo. No tiene apetito, se siente desganada como un niño difícil de lograr. Es por lo que ya se sabe. Por lo del Urbano, por lo de los amores, por lo que, bien mirado, ha de pasarle alguna vez en la vida a muchachas como la Charo.

—Pero bueno, ¿es que quieres morirte de hambre?

El padre de la Charo —costumbre desde niño, verano tras verano— ha comido en calzoncillos. El padre de la Charo se seca el sudor de la frente con la servilleta.

—¡A estas moscas muertas había de darles yo! Y una, para eso, matándose a guisar.

La madre de la Charo también tiene una voz autoritaria y hombruna. Ella, como mujer, adivina mejor que su marido los achaques de su hija.

—No será por lo del ingeniero, se me ocurre a mí ¿O es que has perdido la chaveta por el tipo ese?

El padre de la Charo no consigue dar en el clavo. Al padre de la Charo, en esto de «la pesquis», hay que ponerle a la cola de los necesitados.

—Bueno, ¿comes o no?

Pues no. La Charo no come. Se siente inquieta y nerviosa como si algo malo fuese a ocurrirle. Ha visto pasar al Urbano cuando ella iba en la procesión. Le miró. Se la quedó mirando con insistencia. Después, en el paseo, nada.

—Pues allá tú; a la perola con el guiso y santas pascuas.

La Charo piensa en lo que ocurrirá por la tarde. Si el Urbano no se le presenta, por la noche, tampoco tendrá apetito. Si aparece, entonces lo más probable es que ocurra lo peor.

—¡Ay!—a la Charo se le ha ido la cabeza.

—¡Hija!

—No, no... No ha sido nada, madre.

El padre de la Charo, en calzoncillos y produciendo sudor a borbotones, tiene un aire ligeramente cómico.

—Pero bueno, ¿qué es lo que pasa aquí?

\*\*\*

En la fonda es en donde de verdad se respira el ambiente festero de la jornada. El comedor de la fonda resulta hoy insuficiente. Los de la orquesta y Morita, la animadora; el Alcalde, que hoy se ha venido a comer aquí, y los agregados, el Emilio y el Santiago.

—Bueno—dice el Alcalde—, ustedes con esto de las fiestas tendrán trabajo todo el año...

Tacho Bermúdez la tiene tomada con una fuerte de pepinillos. Tacho Bermúdez se encoge de hombros y, cuando puede, responde:

—No nos quejamos.

Morita, la animadora, pierde con la luz del sol. Su rubio es chillón. Sus líneas se desbordan. Sus ojos son turbios.

—Y usted, Morita, ¿adónde irá ahora?

La animadora cruza cuchillo y tenedor para cortar la chuleta.

—No lo sé. Acaso me aparezca una buena ocasión para actuar en Casablanca.

—¿En África?

—Sí.

Lucas, el Alcalde, con cierto disimulo, y el Emilio y el Santiago descaradamente, miran a la animadora. No les importa lo del rubio chillón, ni las líneas que se desbordan, ni los ojos turbios.

Marcos Rodríguez, el batería, se ha quedado un rato pensativo. A Marcos Rodríguez le han venido al pensamiento sus dificultades familiares. Dentro de cuarenta y ocho horas, cuando vuelva a la ciudad, otra vez los problemas.

El Emilio se decide:

—¡A usted no le parece que todo esto de la música moderna es un crimen, un atentado contra la buena música de verdad?

Tacho Bermúdez contesta:

—¡Hombr, no!

Estévez, el saxofón, tira de la fuente de chuletas y repite. En el fondo piensa que ocasiones de comer gratis se dan pocas.

El Emilio y el Santiago siguen comiéndose con los ojos a Morita. La animadora ha pedido un flan. Llega Cipriánillo al comedor, se sienta en la mesa redonda saludando a todos.

—Qué, ¿cómo están los espadas?

—Descansando. Yo voy a comer un poco.

El comedor de la fonda señala el ritmo del día de fiesta. Las moscas no dan abasto y se suda a chorros. Es la hora más dura en el termómetro.

\*\*\*



Segundo y los jornaleros terminan de arreglar la plaza para la capea.

—Ahora a esperar. A ver qué le parece al señor Alcalde.

—Y de comer, ¿qué?

—Esperar, esperar.

Los jornaleros—tres tipos iguales, tres tipos morenos, tres tipos sin ilusiones—están un poco amoscados. No les entra eso de que les dirija un mozalbate como Segundo. Piensan que para ganarse un duro hay que pasar mucha lacha. Después hablan de la siega. Se echarán los bofes, pero se gana dinero y no hay que aguantar a mequetrefes.

—¿Tardará mucho el señor Alcalde?

—No, no.

Segundo se cobija del sol a la sombra de un carro. Hoy, como tal día hace un año, se encuentra agotado, pero la cosa, por experiencia se sabe, vale la pena. Don Lucas, el Alcalde, aflojará unos duros al final. Desde esta noche le dará de comer caliente durante una buena temporada, porque don Lucas, el Alcalde, es un hombre agradecido. Después, cuando pasen muchos días, don Lucas, el Alcalde, dejará la protección. Se habrá ido olvidando poco a poco. Pero para entonces será el tiempo de llevar las yeguas a cubrir, allá a las paradas de los contornos, y él se buscará el duro como siempre.

Segundo, a la sombra escasa del carro, siente irresistibles deseos de dormir. Suda como un maldito. Tiene hambre y sed. Pero Segundo se sobrepone. A su lado esperan impacientes los jornaleros.

\*\*\*

Pacheco, en el ignorado escondrijo de la acequia, estira sus huesos y hace vagar su mirada. Pacheco, que no ha comido desde muy de mañana

na. siente que le arde el estómago. Pacheco, echando la imaginación a paseo, piensa que si la tarde se le da bien podrá cenar caliente y fumarse una faria. Y a lo mejor aún sobra.

\*\*\*

A Damián se le volvió la carne de gallina porque a su mujer, la Marciana, le ció un berrinche de los buenos.

—Pero, mujer, ¿para qué el berrinche ahora? La Marciana está roja como la sangre caliente de un cordero. La Marciana, engallada, se crece ante la facha achaparrada de su marido.

—¿Berrinche dices? ¡Pues buena pieza estás tú hecho. Dios! Ayer has llegado a las seis, ¿me oyes? ¡A las seis! ¡Como la luz que dabas asco! ¡Un fudre no tendrías más vino! ¡Mamado y babado venías! ¡Qué bonito, eh! Vaya, hombre. ¿Y quieres ahora largarte con viento fresco y venga beber, y venga de aquí y de allá? ¿Y yo qué? ¿A esperar la hora en que se te ocurra volver hecho un guiñapo? ¡Vaya, hombre, vaya!

El Damián no contesta. La cara roja de la Marciana dice mucho. Mucho para que él vaya a protestar. El Damián se queda mirando el desorden de la mesa de la cocina después de la comida. De repente, sin saberse por qué, el Damián tiene un arranque de arreos, de hombría diría el Agallas. Se levanta de un salto y grita:

—¿Pues me voy, ea! ¿Quién va a mandar aquí? ¡Dime! ¿Quién?

La Marciana deja las migajas que recogía. Su cara roja se torna morada. Es como una contienda y bronca tormenta de verano.

\*\*\*

En el café de la fonda huele a cigarro puro. En la bodega de Tinto a coñac. En la Venta de Tomás las moscas zumban como si hubiese llegado el momento definitivo de su obstinación estival. Es el prólogo de la capea. Los instantes de la fiesta en que el pueblo trabaja su difícil digestión. Arreacia el sol en sus calores de horno.

En la bodega de Tinto, frente a unos crecidos vasos de coñac, sesteaba el Agallas mientras la cabeza se le cae a un lado y a otro. El Santiago le hace la tertulia a Tinto contándole lo bien que ha comido en la fonda. Frente a los sueños que descabeza el Agallas, el Urbano piensa. Tiene la cara congestionada, turbios los ojos, sudadas las manos. No es el calor ni la digestión. Es el pensamiento. Al Urbano le escuece el pensamiento cuando lo pone en la Charo. La Charo, él lo tiene dicho muchas veces, no es una hembra de bandera, pero tiene «su aquí». Al Urbano la Charo le desconcierta, le sobrecoje, le infunde un vago temblor en las rodillas. El Urbano sabe muy bien que a la Charo no le es indiferente. El Urbano piensa que en la capea verá a la Charo. Después de la capea se armará el baile en la plaza. De noche echarán los fuegos y todo el mundo mirará a lo alto.

En el café de la fonda no se puede sestear, como hace el Agallas en la bodega, ni siquiera pensar, como el Urbano a la vera del anciano.

En el café de la fonda, que da a la plaza y tiene su terracita, entre el olor del puro se cuele un runrún de conversaciones. Morita, Tacho Bermúdez, Marcos Rodríguez, Regúlez, Estévez, don Lucas, el Alcalde, y algunos figurones de la localidad, se desparraman por las mesas y hablan a voces, todos a un tiempo, como si el buen comer y el buen beber hubiese desatado las lenguas. Desde el café de la fonda se ve la plaza, a lo largo y a lo ancho. Todo está preparado. Sólo falta que la gente ocupe los carros y las talanqueras, que las fuerzas vivas suban al balcón del Ayuntamiento, y que suelten el primer bicho.

Segundo, entre zumbidos de moscas verdinegras, verdiazuladas, verdiamoradas, ha comido en la Venta de Tomás su buco de urgencia. Segundo, al volver de la plaza comprende la mirada de Lucas, el Alcalde, y se cuele por el porche de la farmacia para transmitir la última orden. Al poco rato se inician los compases de un pasodoble. La banda de Guijo de las Angustias entra en la plaza. Señal de comienzo. El Urbano, cuanto todos salen del café de la fonda, entra a escape para beberse la penúltima copa. Se cruza con Morita y hay una mirada honda, mutua, penetrante. Las fuerzas vivas empiezan a subir las escaleras del Ayuntamiento.

\*\*\*

Desde el portón hasta el pie de la Casa Consistorial, la arena terrosa de la plaza está seca y co-

mo encendida. Bajo las zapatillas escuecen requemados los pies de Joselito Núñez y del Julián y también los de Ciprianiño, que camina entre los dos y en un segundo término propio de su condición de sobresaliente de espadas.

Los trajes de luces están apagados, sin brillo, sin fulgor. Rosa y plata el de Joselito Núñez. Rojo y oro el del Julián. Verde y blanco el de Ciprianiño. Los dos peones—el Magdaleno y Sinfo—visten con trajes parecidos, oscuros, tristes, deslucidos.

El cielo está azul y tira a blanco. El calor abotaga. Huele a sudor, a feria, a sangre caliente y a vino viejo. La plaza de pueblo, con sus carros cerrando el redondel, es pequeña y desuniforme. Los vecinos, metidos en fiesta, vociferan desde lo alto de las talanqueras. Unos ligeros carretillos hacen de falsos burladeros. Hay un rumor imperceptible de botas de vino. La banda de Guijo de las Angustias sopla en los instrumentos de viento un pasodoble torero inacabable. Los acompañantes del Alcalde en el balcón del Ayuntamiento miran a todas partes con un desafiante aire de superioridad. Cuando el primer bicho aparece en el redondel ellos serán los únicos que no se sumarán al ¡oh! estentóreo y general.

Joselito Núñez, ahora que acaba de hacer el paseo, está apoyado en un carretillo, con la vista baja, fija en las zapatillas. Joselito Núñez tiene como un misterio en el rostro. Joselito Núñez tendrá, seguramente, su drama íntimo, su problema insoluble, su tragedia particular. Joselito Núñez esta tarde tiene, además, la boca seca y la lengua como garrotada.

El Julián muerde el capotillo. El Julián, cuando vive estos momentos, se olvida de todo, de las hambres y de los palos de ciego, de las dificultades y del espinoso camino de la lucha. El desgarramiento del Julián, cuando llegan estos momentos, cobra reflejos especiales.

Trés el carretillo relucen al sol las sienes plateadas de Ciprianiño. En la última vaquilla Joselito Núñez le dejará ensayar la verónica. Ciprianiño, con muchos kilómetros a sus espaldas, con muchas tardes de tragedia a cuestras, no se inmuta. La experiencia da eso: tranquilidad, paciencia, saber esperar.

Los peones beben de las botas que caen a mano. Si la cosa tardase demasiado en empezar, saldrían mamados a cumplir su cometido. El Magdaleno, cejibundoso, jeta señalada y voz de caverna, es hombre de pocas palabras. Sinfo, más joven, vigoroso y mofletudo, tiene un extraño acento catalán.

Con el comienzo de la capea parece como si el sol multiplicase sus rayos y su luz. Cruza un vaho de infierno. Surgen los primeros gritos, la primera protesta, el primer flamear de garrotas. El Julián no se decide a dar la cara. Sinfo y el Magdaleno corren al bicho como pueden. Del piso de la plaza se alza una nube de polvo.

\*\*\*



—Bueno, yo me digo, ¿y para qué tanto chillar?

El Damián no tiene ganas de cháchara con la parienta.

—¡A ver! ¿Por qué? ¿Por qué tanto chillar?

—¡Mujer! El Julián no está haciendo nada.

A la Marciana no la convence cualquiera. Y menos el Damián. La Marciana, dándose aire con un abanico, comenta despectiva:

—¡Bah!

A la Marciana, al comentar despectiva, le ha salido un gallo en la voz. Está ronca. Ha gritado lo suyo en la trifulca conyugal.

La Charo acudió a la capea por temor de la Exuperia, que la convenció. A la Charo esto de los toros le da vértigo. Ella no soporta la sangre de los bichos ni los momentos angustiosos de las cogidas. Si la Charo no tuviese sus preocupaciones, en este momento preciso en que el Julián se perfila para entrar a matar, sentiría una gran compasión por él. A la derecha y a la derecha de la Charo, detrás y delante, la gente le grita insultos feroces con voz destemplada. Y el torerillo, allá abajo, entre nubes de polvo, viéndose y deseándose, chorreando amargo sudor. Pero la Charo tiene sus preocupaciones. De vez en vez vuelve la cabeza y ve al Urbano. El Urbano la ha mirado al llegar. Ella comprendió la mirada: «Al final, cuando se arme el baile.» El corazón de la Charo late con insistencias de intranquilidad. La Charo está pálida y ojerosa. La Exuperia la mira de hito en hito.

—Oye, ¿en qué piensas?

—¿Yo? En nada.

\*\*\*

El Julián baja la cabeza y pone el gesto de fastidio. La pareja de mulas arrastra al primer bicho. Pacheco se suma al grupo que se agolpa sobre la improvisada puerta de arrastre. Delante de él voceó un hombre. Grita y gesticula. Está rojo como una brasa. Pacheco se apoya sobre él. La ocasión la pintan calva. Un movimiento ligero, limpio como el filo de una navaja. Buen resultado. Pacheco se escurre. Tropezó con una garrota.

—Usted perdone, amigo.

—Nada, nada.

\*\*\*

En el piso polvoriento de la plaza Joselito Núñez se las entiende con el primero de su lote. Arriba, sobre un carro de vieja traza, el Agallas todavía puede presumir de entendido. El mo:apio aún no le ha nublado del todo la vista.

—Ese animal está toreando. ¡Fijarse!... ¿Lo veis? El Joselito ese no podrá hacer nada con él, os lo digo yo.

La bota de vino del Emilio —«la Pancha», como él la llama— ya se ha vaciado una vez. Gracias a los servicios de Segundo han podido seguir be-



biendo. A «la Pancha» el Emilio le da tientos pausados, solemnes, de puro recreo. El Agallas, en cambio, la empina de rondón, como si cada trago fuese el primero.

—¡Ahí lo tenéis! ¡Toreado estaba el bicho! ¡Qué os decía yo!

La verdad es que Joselito Núñez no se puede aclarar. Se empiezan a impacientar con él. Las garrotas se agitan. Ciprianiño le da ánimos. El concierto de insultos sube de punto.

\*\*\*

A Morita le encanta la capea. A Morita el espectáculo de la fiesta la pone tierna y estremecida. A Morita el olor bravío de la plaza y el calor de la tarde la dejan tibia y encalibrada.

—¡Tacho!

El director de orquesta no oye. Tacho Bermúdez sigue la lidio, o lo que sea, con los cinco sentidos. Joselito Núñez lleva suertecilla con el estoque.

—¡Tacho!

El director de orquesta vuelve los ojos a la animadora.

—¿Conoces a ese? Tacho Bermúdez no le conoce. Es un tipo delgado. Lleva gorrilla gris. Se tima con Morita con el mayor descaro.

—Ni idea.

Morita no se ha dado cuenta de que el segundo bicho acaba de rodar sobre la arena terrosa de la plaza. Morita le sigue el juego al Urbano. Al Urbano tampoco parece interesarle demasiado la capea.

\*\*\*

Lucas, el Alcalde, contempla con entusiasmo la faena del Julián. Los espectadores se vuelcan en ovaciones. El Julián, como si lo hubiesen cambiado, no parece el mismo Julián de antes. Ahora es fino, alegre, pinturero. Y, sobre todo, valiente.

—¿Qué? Canela en rama, ¿eh?

Los acompañantes de Lucas, el Alcalde, en el balcón del Ayuntamiento, asienten con complacencia. A ellos también les entusiasma la faena del Julián, pero no chillan como los de los carros, porque para eso están en funciones de acompañantes de la primera autoridad local.

El Julián está quedando como los ángeles. Ha dado cuatro verónicas impecables. Ha toreado de frente por detrás. Ha colocado tres pares de banderillas al quiebro. Ha muleteado con gracia y variedad. Los naturales le salieron redondos. Ahora, por lo que parece, se perfila para entrar a matar. La banda de música de Guijo de las Angustias cesa en el pasodoble torero ahogado por las ovaciones.

\*\*\*

Un hombre sudoroso, como asustado y enrojecido, cruza el mare mágnim de carros y talanqueras y se acerca a la pareja.

—¡Me han robado la cartera!

Se miran los civiles. El hombre sudoroso está agitado. Respira con dificultad.

—¿Quién ha sido?

—¡Hombre, eso quisiera saber yo!

\*\*\*

¡Dios y la que arma Joselito Núñez! Todo este tinglado de carros y talanqueras parece venirse abajo. Las garrotas azuzan cuando él corre y pretende acogerse a la relativa seguridad de los falsos burladeros.

—¡Levántale la cabeza, José, no seas bárbaro!

¡Tremendo buey le tocó en suerte! No hay manera de fijarlo. Se sale de su terreno a cada dos por tres. Cabecea como un condenado. Tiene una cuerna descarada y siniestra. Se cuele por la derecha, y también por la izquierda, y nunca se sabe por dónde va a salir. Desde arriba estas cosas no se notan, y por eso le chillan y le hostigan con las garrotas cuando se acerca a los carros. Desde los burladeros las dificultades se ven menos, y por eso el Julián se ríe para sus adentros y Ciprianiño le grita:

—¡Levántale la cabeza, José, no seas bárbaro!

Joselito Núñez hace lo que puede. Mantazo tras mantazo con una muleta que le pesa como un becoy. Carreras, Espantadas, Sudores fríos, Tarascadas peligrosas y rotundas. Joselito Núñez entra a matar catorce veces. Al final ya todo es como una pesadilla. Hay un velo en sus ojos. Un mareo. Una semiinconsciencia.

—¡José, que ya has terminado!

Se lo llevan. Lo protege la pareja. El Magdaleno y el Sinfo pretenden apuntillar al bicho. Los mozos se tiran al redondeo para ayudar como sea. A Joselito Núñez le da ánimos Ciprianillo.

—Ya pasó todo.

En casa del médico le descubren un puntazo en el vientre. Dos garrotazos de refilón en los lomos. Jirones en el traje.

—¿Podré salir esta noche, doctor?

—Sí, sí.

De repente, un olor pestilente y delator. Joselito Núñez siente un calorillo desagradable en los calzones. Ciprianillo se lo lleva. Le da una palmada en la espalda.

—Vámanos. No tiene importancia, eso le pasa a cualquiera.

\*\*\*

Con el lento y retardado anochecido se opera la transformación en la plaza. Segundo y los jornaleros se esforzaron. Carros y talanqueras desaparecieron del panorama, y una fila de puestos trashumantes, pregonando su mercancía de agua de limón, confituras y chucherías, rodearon el tablado de la orquesta.

Ahora, con el retorno de la gente, ya nadie se acuerda de la capea. Segundo prende fuego a unos cohetes. La orquesta, para animar empieza con un pasodoble.

El Urbano acompaña a Morita desde la puerta de la fonda hasta la tarima de la orquesta.

—Ya sabes, de cuando en cuando, una pieza.

Morita canta con mucha dejadez, en voz baja, lo de «Las muchachas de la plaza de España». Al Urbano, desde esta tarde, la Morita le trae por la calle de la Amargura. La sangre acelera el paso por sus venas. La animadora, después de lo de la plaza de España, canta «Siboney». La voz de Morita enredada en las maracas, tiene para el Urbano un matiz prodigioso y enervante. Morita, al fin, termina bailando con el Urbano.

\*\*\*

Al Damián le dice la Marciana:

—Y ahora a sentarnos en esta mesa y a bebernos una gaseosa helada.

El Damián destila veneno. Sentado en la terracita de la fonda acompaña a su mujer en el estúpido contemplar el bullicio de la plaza. Baile y gritos, Cadenetas y farolillos. Música. ¡Bah! El Damián se imagina que los demás, en la bodega de Tinto, se lo estarán pasando de lo lindo.

La Marciana se fija en un hombre. Tiene un aire cansino, aparentemente inofensivo. La barba crecida. ¿Quién será? Desde hace un rato el hombre no le quita ojo a su marido.

\*\*\*

A la Exuperia se le han calentado los cascos. A la Exuperia le ha salido de muy hondo su gesto de rebelión. La Exuperia, en cuanto se acerca el ingeniero del pantano a pedirle baile, se echa a danzar, sin importarle lo que pueda ocurrir.

El ingeniero del pantano tiene una sonrisa amplia y compradora.

—¿Qué ha pasado ayer?

—Nada. Cosas de padre.

Morita canta con languidez un fox lento desde su tarima. Antes de terminar, cuando las parejas se ponen más amorosas y zalameras, hay un rumbulo de pasos precipitados y un rumor de palabras entrecortadas. La Exuperia pregunta a la pareja de al lado:

—¿Pasa algo?

—La Charo. Que le ha dado un turulús.

\*\*\*



Tinto es de hombre de principios y un sí es no es decimonómico. Tinto odia profundamente esto de los toros. Si Tinto llega a ser fuerza viva—lo tiene dicho muchas veces—se acabarían las capeas en el pueblo. Naturalmente, Tinto no ha estado esta tarde en la plaza. Pero Tinto, que quiere estar siempre bien informado, se entera por el Agallas y el Santiago.

—Así que un desastre, ¿no?

El Agallas se tambalea y tiene como un extraño resplandor en la mirada. Como tartajea y no encuentra palabras con que expresarse, el Santiago lleva la narración de la capea.

—Eran como bueyes. Al menor descuido se colaban. El único bueno fué el penúltimo.

El Agallas y el Santiago siguen bebiendo el abundante y dulzón vino de la fiesta. Dan las doce en el viejo reloj de la bodega.

—¿Y el Urbano?

—¡Menudo es! Trabajándose a la animadora.

—¡Qué tío! ¿Y el Damián?

—No sé.

\*\*\*

Segundo despeja su cansancio, haciendo subir al estrellado cielo de la noche la prevista ración de fuegos artificiales. Todos se agolpan para ver. Delante, Lucas, el Alcalde, y el Julián. En plena sesión, cuando un cohete multicolor zigzaguea por los aires, se oye entre la gente un grito de Damián. Después, otro de la Marciana. Se inicia como una marejada humana.

Llega la pareja.

—¿Qué has pasado, señor Damián?

El Damián está desencajado, pálido por la indignación. Sujeta por las sclipas al hombre de aire cansino, aparentemente inofensivo.

—¡Le cacé cuando me robaba la cartera!

Al Pecheco se lo llevan esposado. Encima le han encontrado la cartera robada esta tarde en la capea.

\*\*\*

Otra vez el camino. El camino y las estrellas. Y la luna. Y el lento y desacompañado canto del grillo.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

Ciprianillo y Joselito Núñez dormirán unas horas en el banco del apeadero. Muy de mañana cruzará el mercancías.

—Buena noche, ¿eh?

—Sí.

Ciprianillo y Joselito Núñez marchan sin ilusiones y resignados. De vez en vez se otea en la lejanía el resplandor de los fuegos de artificio. Pero ellos no se fijan, por la misma razón que tampoco lo hacen en las estrellas y en la luna.

El camino, entre las sombras de la noche, se impregna con la suave fragancia del tomillo. El camino, en silencio y después de lo ocurrido, no es sugeridor; es, más bien, cruel, irremediablemente cruel.

\*\*\*

La Charo, después del soponcio, se despierta tendida en su catre cuando la bomba final de los fuegos artificiales acaba de estallar. La Charo nota que el corazón se le dispara. Oye las voces de su padre en la cocina. Le asalta una idea terrible, tétrica, disparatada. La facha del Urbano se le prende en la imaginación. La Charo nunca ha sabido, hasta hoy, lo que significa una desilusión, un amargor, un desencanto.

La Charo, por eso, empieza a llorar desconsoladamente.

HAY UNA AUTENTICA AFINIDAD  
ENTRE EL "CANTE JONDO" ANDALUZ  
Y EL CANTE INDOPAKISTANI

## AZIZ BALUCH

(escritor y musicólogo)

ha publicado un raro libro  
de original teoría

EL RESULTADO DE MAS DE 20  
AÑOS DE INVESTIGACIONES



Una guitarra antigua y admirable entre las manos de Aziz Baluch tiene resonancias ancestrales



Aziz Baluch nos hace escuchar las pruebas de sus teorías, muy numerosas, en su discoteca

EL señor Aziz Baluch ha revolucionado el concepto—origen y evolución—del «cante jondo». Agregado cultural del Pakistán en España, escritor y musicólogo, el señor Aziz Baluch ha publicado, al fin, un raro libro de original teoría. Tiene él, físicamente, todo el empaque de un señor del cante grande. Aquella estampa de señor de don Antonio Chacón. Color muy agitanado, tanto o más que ese color verdinegro de los «calés» del Sacro Monte granadino. Anchas ojeras en rostro enjuto. Más bien alto, muy delgado, con pausados y expresivos gestos. Y a veces ramalazos de guasa en la mirada.

Nuestra entrevista con él se ilustró con plurales manifestaciones de cante y música de guitarra. Toca el señor Aziz Baluch con sentimiento y se acompaña en sus cantos, curioso hecho en el clima de lo «jondo».

Cuando toca o canta entorna, casi cierra los ojos, y se hacen más sombríos los manchones de sus ojeras. Se afila más su rostro gitano.

Según sus propias declaraciones, han sido rebasados los veinte años de sus investigaciones sobre el cante andaluz.

### HAY UNA AUTENTICA AFINIDAD ENTRE EL «CANTE JONDO» ANDALUZ Y EL CANTE INDOPAKISTANI

La primera revelación que tuvo de su teoría fué hace muchos años. Por casualidad, un día, en casa de unos amigos, escuchó unos discos de gramófono. Y en ellos las voces hondas de unos «cantaores».

—Recuerdo que uno era don Antonio Chacón y otro el Niño de Marchena. Al oírlos senti una impresión profunda, como si en mi vida anterior hubiese sido andaluz, y por añadidura, «cantaor de jondo». Luego no me pareció esto tan extraño. Hay una auténtica afinidad—como demuestro en mi libro—entre el cante andaluz y el cante folklórico indopakistani.

Su primera visita a España data del año 1933 a raíz de escuchar a Chacón y a Marchena.

—He sentido y siento a España como mi segunda patria. Y eso antes, mucho antes de pisar tierra española. Todas las cosas de España me afectaban como cosa propia.

El señor Aziz Baluch pone entusiasmo en sus palabras hispa-

nistas. Ya en nuestro país escuchó en persona, madrugada andaluza, a Pepe Marchena, acompañado por la guitarra de Ramón Montoya. Se embriagó, día tras día, de fandanguillos, de milongas, de martinets y de tarantas. Poco después el señor Aziz Baluch interpretó por lo «jondo», con el mejor estilo, toda la diversidad del cante andaluz.

### AGREGADO CULTURAL DEL PAKISTAN EN ESPAÑA

Recorrió en su primer viaje Málaga y Granada, Córdoba y Madrid. Inolvidables jornadas, en que conoce, oye y canta el repertorio andaluz. Distingue y matiza perfectamente el polo de la soleá, la caña de la serrana, el fandanguillo del martinete y, sobre todo, valora el cante grande del chico, el puro del adulterado. Tiene amistad con la flor de los «cantaores»: Chacón la Niña



El autor de «Cante jondo» nos dedica un ejemplar de su libro

de los Peines, Centeno, Canalejas. Le viene a la memoria y cuenta una anécdota de aquel tiempo.

—El general don Gonzalo Quijpo de Llano me distinguió con su cariño. Precisamente, él me puso el apodo de Marchenita. Un día del mes de julio se despidió de mí: «Marchenita—me dijo—, voy a despedirme de usted. Deséeme suerte, pues no sé si nos volveremos a ver.»

El señor Aziz Baluch se detiene, emocionado, en la evocación de esta fecha.

—Me extrañaron sus palabras. Tres días después encontré la explicación de ellas. Se anunció el Movimiento Nacional y volví a oír su voz a través de la radio sevillana. Poco tiempo después marché yo de España llorando como un niño. Pero en el extranjero seguí con mi cante jondo.

Como agregado cultural en la Embajada del Pakistán en España regresó a nuestro país en 1952 y reanudó su antigua amistad con los intérpretes del cante grande.

Hablamos ahora de su intervención, muy directa y eficaz, con el apoyo del embajador de su país en la casi recién fundada Asociación de «Amigos del Pakistán». En una conferencia dada en la misma ante el Ministerio español de Educación Nacional, señor Ruiz-Giménez, expuso las ideas base de su libro. Ilustró su conferencia con canciones pakistaníes, árabes y andaluzas para demostrar la evolución del cante primitivo de su patria, del que nacieron, como ramas afines de igual tronco, el «jondo» de Andalucía y el «jondo» del Pakistán.

#### EL «CANTE JONDO» NACIO HACE SIGLOS EN EL PAKISTAN

Aziz Baluch intenta demostrarnos, como así lo hizo en su recién nacido libro, que el «cante grande» tuvo su origen en el Pakistán. Su empaque de cordobés, de señor de olivares, ganadero de reses bravos, «cantao» de lívidas madrugadas y torero con perfil de medalla antigua, se hace más notorio, más impresionante. En plena charla se arranca por lo «bajines»; entorna los ojos y surge, puro y limpio, estremecido, como en su mejor versión, el cante de Andalucía. Parece que es «cante del bueno»; pero esta patética soleá, este desgarrado martinete o este airoso fandanguillo no son otra cosa que una interpretación pakistaní de lo andaluz. Son coplas del Pakistán en ese estilo clave en que se estrechan, hermanados, el folklore de los campos de Karachi con el canto de Andalucía.

—El camino desde Andalucía a Sind, a través de Damasco, estaba ya trazado en el año 711 de la Era cristiana. Cuando Ziryab vino de Persia a Andalucía para enseñar cante a los músicos españoles, ya ese camino existía, y se encontró con terreno propicio a sus enseñanzas. Ziryab, el persa, fué el primer maestro y «cantao» de «jondo» de Andalucía.

Después de estas palabras, el señor Aziz Baluch, que tiene en

tre sus manos una antigua y admirable guitarra, nos conmueve con una interpretación melódica, como aquellas que interpretara Ziryab con su instrumento de cuatro cuerdas en la fastuosa corte cordobesa de Abderramán.

¿De dónde vino a España, para nacionalizarse luego, la guitarra de formas femeninas? El señor Aziz Baluch parece como si cazase al vuelo nuestra silenciosa pregunta:

—Los propios músicos españoles confirman que la famosa guitarra, uno de los más completos y sensibles instrumentos de cuerda de hoy, fué introducida en España por el mismo Ziryab; pero su guitarra estaba hecha según modelo persa, el «Tar» o el árabe «Lute», y originariamente sólo tuvo cuatro cuerdas. La quinta la añadió Ziryab. Se sabe que este poeta y músico persa había estado con anterioridad en Sind, ahora provincia del Pakistán, donde está situado Karachi, y que allí estudió el estilo de cante de Sindhi. Las seis melodías o submelodías principales en que se divide la música indopakistaní fueron conocidas por Ziryab. Así como el cante andaluz se hace por coplas, usaba también sus canciones. Las gentes de mi país, especialmente del Sind de Pakistán, recitaban versos religiosos o amoratorios con estilo de seguiriyas, soleares y malagueñas. En Irán usan versos con melodías muy agudas de tono, como es forma en muchos «cantaores» de «jondo». Y se da el caso curioso de que estas melodías y este estilo, llegados a España del Indopakistan, sólo se conservaron en el sur de España, sin pasar al Africa musulmana.

Se adelantó después el señor Aziz Baluch a una pregunta que se nos vino a los labios y que sólo quedó en balbuceo.

—Las gentes de cada provincia de Andalucía recitaban copiando las formas de Ziryab, y cuando los cantores llegaban de cada provincia a la Corte de Abderramán se expresaban ya según una manera especial que anunciaban, y así los de Málaga cantaban por «malagueñas»; los de Sevilla, por «sevillanas», y los de Granada, por «granadinas». En el fondo se mantenía en todas la misma melodía. Los españoles fueron agregándole nuevas modulaciones.

#### FINAL DE UNA ENTREVISTA CON FONDO DE GUITARRA

Hacemos una pausa en la charla. Quedó en silencio la guitarra.

—Como en Pakistán los campesinos recitan sus canciones en reuniones familiares o el campo o camino de su trabajo, que en Sind se llaman «dogras», así los campesinos andaluces, bien en sus reuniones o cuando vienen o van de su trabajo, o sobre sus caballerías, cantan sus coplas siguiendo su propia inspiración y según el estado de su ánimo—alegría o pena—en cada día. Y es éste el canto más puro, de más conmovedor estilo. Siguen así una tradición de siglos.

—Pero esa influencia, ¿no sería recíproca a lo largo del tiempo?

—Así fué. No cabe duda de que la influencia sería recíproca. Es

decir, que lo mismo que Ziryab dejó su huella en la música popular española, los españoles que, partiendo de su tierra, a través del mundo árabe, que en esas fechas era una continuidad, llegaron a Sind, donde no dejarían de imponer el estilo de su cante y sentimiento. Tanto que se da la rara circunstancia de que el «cante grande» de Andalucía, como seguirillas, soleares, cañas, polos, etc., está completamente identificado con la música folklórica Sufi, como se nota en las composiciones del músico Shah Latiff, de formas melódicas del «cante grande».

—Entonces para usted, según su teoría, el primer lugar que en España se cantó por lo «jondo» fué en Córdoba.

—Así creo. En la Corte de Abderramán.

Tomamos ahora unas copas de montilla en homenaje de Abderramán, de la música indopakistaní y del «cante jondo» de Andalucía. Y brindamos por nuestra amistad.

De repente el señor Aziz Baluch nos interroga:

—¿Por qué el «cante jondo» no ocupa el puesto que merece entre los géneros musicales?

¿Por qué? No es así. El «cante grande» tiene su jerarquía en el sentimiento español y en el pentagrama de los grandes músicos. Nuestro más grande compositor contemporáneo, de universal nombre, Manuel de Falla, estimaba y sentía la fascinación de ese cante que otro gran poeta español, García Lorca, bautizaría con la palabra de «hondo».

—Pero las gentes que cantan, la mayoría de ellas no lo toman seriamente y no están bien apoyados por el público, excepto por aquellos que están iniciados en su misterio. El flamenco, cantado por borrachos y artificiosos cantaores, no hace más que desacreditarle. Y el «cante grande» es otra cosa.

Por eso precisamente, porque el «cante grande» es otra cosa. Porque es como un rito, como un mundo aparte, y su pureza se conserva en los campos andaluces, en las minas, en las reuniones poco numerosas.

—El «cante grande» en el Indopakistan sólo se usaba—y se usa—por los «cantaores» considerados como sabios. Y algo de la más vieja sabiduría se halla en el «jondo», en sus coplas en sus melodías, en su sentimiento. Ni los «gritadores» ni los «llorones» son buenos «cantaores». En el «cante jondo» se han cometido y se cometen muchas mixtificaciones. Uno de los mayores daños es la manía de mezclar estilos y modulaciones en una misma canción.

Final de esta charla fué una continua versión del cante en sus formas indopakistaní y andaluza. Sonó de nuevo, dulce y emocionada, la voz de la guitarra española, esa guitarra que, como el «cante grande», trajo de Pakistán, según teoría revolucionaria del señor Aziz Baluch, el poeta y músico persa Ziryab. Y brindamos de nuevo, con vino generoso de Andalucía, por muchas cosas bellas que hay en el mundo.

Antonio COVALEDA

# ¡BUENA SUERTE, AMIGOS!

Apresúrense a enviar su cupón para el  
PRIMER SORTEO DE REGALOS DEL



## 5º Concurso PROFIDÉN

DE SEPTIEMBRE 1955 A MAYO 1956  
OCHO SORTEOS DE REGALOS  
(UNO MENSUAL)

17.120 PREMIOS  
POR VALOR DE  
**1.500.000**  
PESETAS

Para participar, soliciten las bases a su proveedor habitual de dentífricos.

PUBLICIDAD

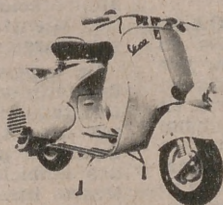


48 Relojes

**CERTINA**

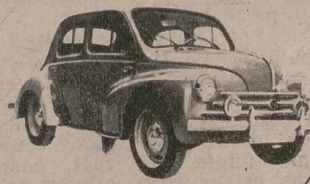


Relojes sobremesa



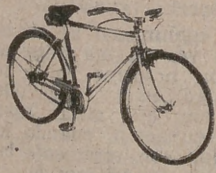
8 Motos

**VESPA**



8 Coches

**RENAULT 4CV**

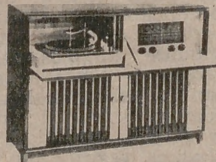
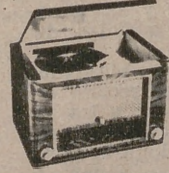


Bicicletas Muñecas Balones

**B-H · LILI · CONDOR**



8 Receptores tocadiscos



8 Radiogramolas



**PHILIPS**

8 Receptores portátiles



### CAMPAÑA "PROFIDÉN" DE HIGIENE DENTAL

LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A.  
INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS · Apartado 7051 · MADRID

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# CRUZADA EN ASIA

Por Carlos P. ROMULO

Al fin había llegado el día que tanto habíamos esperado y por el que rezamos y luchamos en Filipinas. Era el 4 de julio de 1946. Desde aquella fecha no seríamos ya un territorio dependiente, sino una nación soberana, la primera que en Asia alcanzaba este anhelado objetivo desde la terminación de la guerra.

Más de 200.000 personas se habían reunido en la Luneta, en el corazón de Manila, para contemplar las ceremonias del primer día de nuestra independencia y oír al nuevo Presidente de la nación. Manuel Roxas, prestar el juramento de su cargo. Me parecía en aquellos momentos que todo lo que yo conocía y la historia completa de mi país estaban compendiados en aquellos lugares. Entre las multitudes se veían muchas gentes con cicatrices y heridas; eran hombres que llevaban con orgullo sus uniformes y que eran veteranos de guerras y revoluciones. También había mujeres de luto riguroso. Pero en todos los rostros se veía la esperanza, una esperanza sin límite.

**LA DURA TAREA DE RÓXAS**  
Roxas hablaba. Yo le escuchaba y pensaba en Manuel Luis Quezón, nuestro jefe en lucha por la Independencia, que no pudo vivir hasta el día de su culminación. Quezón había muerto en el exilio en los Estados Unidos como Presidente del dominio filipino en 1944, cuando nuestro país todavía estaba bajo la bota de los japoneses. A su muerte, el vicepresidente, Sergio Osmeña, un universitario serio y espléndido estadista, se convirtió en nuevo Presidente.

Roxas había tomado una parte activa y enérgica en la política de Manila antes de la guerra. Había servido como general de brigada en el Ejército norteamericano con McArthur en Corregidor. Allí me conocí durante aquellos días y noches sin fin, cuando salíamos del túnel para respirar el aire fresco y sentados sobre las rocas que dominaban la bahía; hablábamos, mientras caían las bombas, sobre el futuro de Filipinas, cuando la guerra terminase y la ganásemos, pero estábamos seguros de que las democracias saldrían victoriosas.

Quezón abandonó la roca, ya que McArthur le obligó a que la abandonase. Roxas recibió órdenes de permanecer y de hacer frente a los japoneses. Resistió todos los intentos que éstos hicieron para convertirle en un funcionario suyo, excusándose en el sentido de que su salud estaba muy quebrantada, pues había estado enfermo de tuberculosis.

Ciertamente, en el día de la Independencia, Roxas aparecía como un hombre en lo mejor de su vida. Naturalmente, el Presidente Roxas te-

El conocido diplomático y político filipino Carlos P. Romulo ha escrito un apasionado libro, en el que, además de recoger las vicisitudes políticas de su país desde que es nación independiente, registra la lucha desesperada de sus compatriotas por lograr alejar de sus tierras, incluidas por la obra de España en la civilización cristiana y occidental, la amenaza del comunismo. Esta lucha, que da título a su libro, «Cruzada en Asia», constituye el personaje principal de una obra que revela toda una serie de aspectos altamente interesantes de la vida de las Filipinas, tan unidas, por razones históricas y espirituales, a nosotros los españoles.

ROMULO (Carlos P.): «Crusade in Asia.» Philippine Victory. The John Day Company. New York, 1955.

nía sus problemas. Esto era de esperar en un país que trataba de volar con nuevas alas. En los Estados Unidos yo leía comentarios sobre estos hechos, sin que por ello me preocupara mucho. Roxas era capaz de dominarlos todos.

En primer lugar existía la relajación que sigue a tres años y medio de privaciones y sufrimientos, dote que había recibido Filipinas de la segunda guerra mundial. A esto había que agregar la dejadez moral que, nacida de la guerra, conforma muchas actitudes desacatadamente hacia el futuro. Gentes que recibieron compensación por sus casas o negocios arruinados, no utilizaron el dinero para reconstruir lo desaparecido. En lugar de ello desencadenaron una breve orgía de goce, adquiriendo todo lo que les venía en gana. En realidad, todo aquello no era más que el resultado de la pobreza y la amargura.

Roxas se enfrentó con mano firme ante todos los problemas de las gentes que habían sufrido. Las cuestiones de alojamiento, empleo y alimentación fueron objeto de un ataque frontal. Mientras tanto, otros y más peligrosos peligros surgían a la luz.

La explosión de la bomba atómica en Hiroshima terminó con la guerra en el Pacífico. Como resultado de todo ello, aeroplanos, camiones, piezas de artillería y material de todo género se esparcieron por todo el país, a disposición de manos ambiciosas. Norteamérica no necesitaba este tesoro incalculable. ¿Qué de extraño tiene que se despertase la codicia en ciertos políticos?

## EL COMUNISMO ASOMA LA CABEZA

Roxas tenía sus planes en elaboración. Durante algún tiempo el material permaneció virtualmente intacto; verdaderas montañas, un auténtico tesoro de millones esperaba la decisión.

Fué entonces cuando el comunismo se mostró atrevidamente por primera vez en las Filipinas, sólo que en aquella ocasión nosotros no le reconocimos como tal enemigo. Para comprender el movimiento comunista hay que mirar hacia atrás, en los días de la ocupación, cuando los americanos y filipinos sufrían conjuntamente bajo el yugo japonés. Y todavía tendríamos que ir más lejos en los días anteriores de la guerra. Entonces podríamos ver cuán pequeño era el partido comunista en sus comienzos, lo cual nos permite suponer lo fácil que habría sido aplastarlo en germen.

En realidad, no reconocíamos a nuestros primeros comunistas y no hicimos nada por detenerlos. Esto les permitió socavar nuestra armadura democrática, y lo hicieron tan bien que nues-

Carlos P. Romulo

tells the story of the one Asian bright spot where democracy has taken the offensive and forestalled a Communist Revolution.

CRUSADE  
IN ASIA

PHILIPPINE VICTORY

tra nueva nación estuvo vacilante y a punto de desmoronarse.

El ataque comunista se desencadenó contra nosotros cuando se inició en todo el mundo. Yo le había visto actuar en Ginebra, en los Estados Unidos y en Filipinas. No obstante, tengo que declarar que su camino se inició en nuestro archipiélago de la manera más inocente, y esto fué mucho antes de Pearl Harbour, mucho antes de Batán.

La red primera se extendió en Manila bastantes años antes de la guerra sobre bases puramente sociales, por algunos representantes de nuestras clases cultas. Uno de ellos era el doctor Vicente Lava, de la Universidad de Filipinas; otro, Luis Taruc, que llegó a ser el número uno de los comunistas y enemigo público de la paz de las Filipinas. También eran figuras destacadas Crisanto Evangelista y Guillermo Capadocia.

Lava era un profesor y Taruc un discípulo, lo cual no les impedía ser amigos. Lava era un profesor de Química, graduado en la Universidad de Columbia, de Nueva York. Era un ávido lector de las obras de Marx y de Lenin. También el joven Taruc leía ardentemente a esos autores. Lava le enseñó las ideas comunistas y le ayudó a escribir artículos y folletos, hasta que murió de tuberculosis antes de la guerra.

En sus primeros días, en realidad constituían una asociación, cuyo objetivo era la de tener partidarios. Buscaban adeptos principalmente entre la «intelligentsia». En aquellos días, yo me dedicaba al periodismo y creía conocer las actividades de estas gentes. Organizaban tertulias aparentemente literarias, en honor de destacados periodistas y escritores de Manila. Algunos de mis redactores asistieron a varias de ellas. Más tarde supimos que Taruc y Lava celebraban estas reuniones con el fin de estudiar, observar y seleccionar a los jóvenes que deberían ayudarles a formar las células comunistas. Así ante nuestros ojos, sin que nosotros nos diéramos cuenta, se iba constituyendo el partido que iba a desencadenar su ataque sobre nuestro cristiano país.

#### ME ACUSC DE IGNORANTE

A pesar de que la semilla del comunismo se esparcía secretamente por las Filipinas, donde yo me di cuenta por primera vez de este peligro fué en el frente internacional. La cosa ocurrió mientras se fundaban las Naciones Unidas en San Francisco en 1945. La guerra todavía no había terminado y las Filipinas eran un país dependiente. Aunque mi voz tuviera poca fuerza, estaba decidido a que se oyera bien fuerte mi fe en la democracia, y creía además que los delegados aprobarían lo que yo dijese. Muy pronto supe que esto era cierto, con una notable excepción: Rusia.

Antes que nada quiero hacer constar que yo fui a San Francisco con la más cordial actitud hacia Rusia. Admiraba a este país desde mis días universitarios, cuando como estudiante de Columbia en Nueva York seguí los cursos de literatura radical del popular profesor Vladimir Simkhovitch, recientemente jubilado, que es uno de nuestros más eficaces anticomunistas.

Había leído las doctrinas de Marx y las obras de Turgenev, Gorky y otros grandes escritores dramáticos de Rusia, sabiéndome de memoria muchas cosas de León Tolstoy, cuyos libros he citado a menudo en mis discursos. Había seguido la historia de Kerensky y había considerado el programa de los soviets como uno de los más grandes experimentos de la historia. Como una gran parte del mundo, admiré la lucha de los rusos en la segunda guerra mundial y su colosal esfuerzo por defender Stalingrado. Me habían molestado los ataques que se hicieron contra los rusos mientras fueron nuestros aliados durante la guerra. Católico como soy, me habían dolido los ataques hechos por la Iglesia, que fueron, sin embargo, las primeras advertencias que se hicieron contra los soviets. Estas críticas me parecían entonces fanáticas y raquíticas. Hasta este momento no me había encontrado con ningún ruso personalmente, pero, debido a mis estudios sobre su historia y su literatura, creía que los conocía muy bien. Así es que cuando llegué a San Francisco llevaba conmigo la mayor comprensión y no me nublaba la vista ningún prejuicio.

LA O. N. U. EMPIEZA SIN ORACION  
Tengo que reconocer que mi amistosa actitud hacia los rusos experimentó un duro golpe el

día de la apertura de la Conferencia organizada por las Naciones Unidas. Como es de todos sabido, ésta se inició sin ninguna oración pública. En aquella época, en la que yo era enviado especial de Filipinas, estaba acostumbrado a oír cómo comenzaban las sesiones diarias de la Cámara Baja del Congreso de Washington con una oración pública. Por ello, el comienzo de la Organización de las Naciones Unidas me pareció un principio brutal y nada prometedor. He aquí que se reunían los representantes de 50 naciones con la esperanza de lograr la unidad para mantener la paz y no abrían sus sesiones con una invocación de súplica al Todopoderoso.

Traté el asunto con varios delegados de América del Sur y consideramos que se trataba de una grave omisión. Tres representantes suramericanos y yo tuvimos una conferencia privada con el difunto Edward R. Stettinius, entonces secretario de Estado y presidente de la Delegación americana y a quien le correspondía llevar a cabo todas las disposiciones referentes a la realización de la Conferencia, ya que era Norteamérica la nación que nos brindaba su hospitalidad.

Tengo los recuerdos más gratos de Stettinius en San Francisco. Tenía una personalidad cordial y encantadora, pero respondió, con manifiesta pena, a nuestra pregunta del siguiente modo:

«También a mí me molesta extraordinariamente que no haya oración pública; tanto yo, como toda la Delegación norteamericana, consideramos que la debe de haber. Ahora bien, los delegados rusos están en contra y no deseamos iniciar nuestra Conferencia con una discusión sobre el procedimiento. Buscamos la concordia y la armonía. Así que les rogaría que no insistieran en lo que se refiere a que se abran las sesiones con una oración pública.»

¿Qué podíamos hacer nosotros? Sólo nos quedaba capitular ante el capricho de Rusia. Esta iba a ser la primera de una larga serie de rendiciones incondicionales. Desde aquel momento comencé a sentir mis primeras dudas. La asamblea había comenzado, pues, con una claudicación norteamericana en una cuestión básica. Ibamos a tener una conferencia en la que estaría ausente hasta el nombre de Dios. ¿Por orden de quién? Naturalmente, por orden de Stalin.

#### SITUACION CRITICA PARA FILIPINAS

Roxas se había mostrado como Presidente capaz de responder a todas las esperanzas que se habían puesto en él. Era un hombre honrado y eficaz que veía muy bien los problemas morales y económicos que se le planteaban a Filipinas. Hizo muchas cosas en poco tiempo y ganó la lealtad de una amplia parte de la población del país, que encontraría luego difícil creer que un secreto cáncer había comenzado a roer el corazón de las Filipinas. Todo lo que Roxas realizó o trató de llevar a cabo chocó siempre con la oposición de la nueva fuerza política que surgía en el país: los comunistas.

Los comunistas habían sido declarados fuera de la Ley por el Presidente Quezón. Esto hizo que su jefe, Taruc, abandonase Manila y se refugiase en las montañas, constituyendo allí una serie de patrullas guerrilleras que causaban la alteración del orden en las provincias. Posteriormente estas bandas habrían de constituir el ejército rojo de las Filipinas. Eran ellos los huks, y ya estudiaban sus planes para extender por todo el país, sembrando en él el terror y la ruina.

Encontrándome en Ginebra, durante una recepción que daba en mi honor la Delegación del Líbano en unas conferencias por la libre información, me enteré de que el Presidente Roxas había muerto. Habíamos tenido un gran jefe en Quezón. Este murió en los momentos críticos en que tratábamos de recuperar Filipinas. Dos años después de que hubimos logrado la independencia y convertir a Roxas en nuestro Presidente, éste moriría. Su muerte había sido auténticamente simbólica. Estaba hablando en Clark Field, una base aérea americana de las Filipinas. Su discurso lo terminó con la dramática promesa de que Filipinas estaba dispuesta a ir con todas sus fuerzas tras los Estados Unidos en la lucha de éstos contra el comunismo. Apenas se habían terminado sus palabras cuando sufrió un colapso. Fue trasladado al hospital del campo de aviación en donde murió. En el momento más crítico de la historia de nuestro país, habíamos perdido a nuestro más grande jefe político. Las consecuencias de



este momento iban a ser inevitables. La corrupción, el soborno y los escándalos consiguientes iban a arruinar la fe de un pueblo.

Eldidio Quirino, vicepresidente de la Administración Roxas, asumió el Poder a la muerte de éste. Su Gobierno iba a ser censurado por muchos ya que se afirma que sus numerosos errores estuvieron a punto de acabar con la democracia en Filipinas. Esta aseveración es injusta, ya que ningún individuo puede ser acusado como responsable de todo lo que nos ocurrió a nosotros en nuestra inmediata posguerra. Quirino heredaba males centenarios. Los efectos de desintegración moral se habían ya manifestado cuando el Presidente Sergio Osmeña regresó a las Filipinas liberadas y asumió la dirección de un pueblo que se había visto forzado durante tres años y medio a sostener una guerra y una resistencia para defender los modos de vida que le dictaba su educación cristiana, cuatro veces centenaria.

#### LA LUCHA CONTRA LOS HUKS

El año 1949 fué el más crítico de la historia posbélica de Filipinas. Todas las informaciones que venían de mi país me hablaban de sobornos, corrupción, rencillas y luchas entre los filipinos.

Las lamentables elecciones de 1949, donde el cohecho y el soborno estuvieron a la orden del día, abrió el país a los comunistas. Las cosas seguían con bastante facilidad el curso natural. Los grandes escándalos restaban partidarios al Gobierno, sabiendo los comunistas atraerse a muchos de estos desengañados. Fué precisamente en este año cuando los comunistas se lanzaron en abierta rebelión para conquistar el Poder en las Filipinas.

Los huks, o H. B. M., eran la avanzada militar de las fuerzas comunistas de nuestro país. Eran los miembros del Hukbalahap, o llamando a las cosas por su nombre completo, el Hukbong Magpapalaya ng Bayan» o Ejército de Liberación del Pueblo. Sus orígenes habría que buscarlos en el embrionario partido comunista de las Filipinas, organizado en la primera treintena de nuestro siglo por Pedro Abad Santos y sus ayudantes. Durante la invasión japonesa los elementos huks se habían modernizado. Organizadas guerrillas operaron eficazmente contra el invasor. Ahora bien, la historia del movimiento de los huks hay que buscarla más allá de la segunda guerra mundial. Sus bases se encuentran en el precepto que estipula el odio contra cualquier Gobierno existente. Habían comenzado allá por el año 20 en las zonas poco pobladas de la isla de Luzón, donde unos pocos y poderosos propietarios, la mayoría ausentes de sus tierras, no prestaban la más mínima atención a las justas peticiones de sus colonos. La protesta había sido aprovechada por los comunistas, que hicieron suya aquella legítima aspiración que exigía una justa distribución de las tierras.

Cuando Japón invadió las islas, los huks, como ya hemos dicho, se organizaron en grupos combatientes. Pero ellos ni luchaban contra el Japón ni en pro de la democracia. Al término de la contienda, los huks disponían de una poderosa organización y estaban armados con material americano o japonés. Disponían de suficientes armas como para enredar al país en una larga guerra.

Muchos se han preguntado cómo los huks, que son un movimiento esencialmente comunista, pudieron prosperar en un país donde el 80 por 100 de la población es católica. La respuesta es muy simple. Los cabecillas del movimiento, habían aprendido sus tácticas hábilmente en Moscú, y nunca cometieron la equivocación de introducir el ángulo ateo de sus propagandas entre las masas campesinas. Únicamente se presentaban como los liberadores de gentes dominadas.

Los huks se organizaron en bandas de bandidos. A ellos se les unían jóvenes que le habían tomado gusto a la vida guerrera. Algunas veces también venían a sus filas criminales que se habían escapado de las prisiones. Su fuerza aumentó cada vez más, hasta que llegó un momento en que era realmente aplastante. Todo el archipiélago estaba sometido a la acción de sus constantes incursiones. La democracia en Filipinas parecía encontrarse en su lecho de muerte.

El acto más insensato de los muchos que cometieron fué el asesinato de doña Aurora Quezón, la viuda de nuestro martirizado Presidente. El día antes había sido invitada a realizar una excursión en Baler, donde iba a ser descubierto un monumento a su marido. Ella, su hija María Aurora y otros parientes y personalidades políticas, fueron rodeados en la carretera y asesinados por

una banda de huks. Nunca se supieron las razones de esa absurda matanza y hay quien supone, con bastante probabilidad de acertar, que los huks cometieron este acto porque creían que iba en el coche el Presidente Quirino. Hay también quien cree que lo hicieron por odio a la memoria de Quezón, principal representante de la democracia filipina.

#### APARECE EL SALVADOR

Afortunadamente había aparecido el hombre que debía salvar a la democracia filipina. Ramón Magsaysay es algo así como un pequeño prodigio humano. En 1950 tenía cuarenta y tres años y desde el punto de vista político era prácticamente desconocido. Su manera de ser era la de un auténtico filipino: ni fumaba, ni jugaba, ni bebía. Hablaba dialectos nativos que los aprendió en la niñez. Era un puro malayo, como lo demuestra su propio apellido. Graduado como bachiller de Ciencias Comerciales en la Universidad de Filipinas, su principal interés fué por los automóviles. Cuando los japoneses atacaron las Filipinas, Magsaysay se dedicaba exclusivamente a esos asuntos. Se había casado y vivía felizmente con su mujer y sus tres hijos, dos chicas y un chico.

Su vida pública comenzó, por lo tanto, con la guerra. Naturalmente, escogió el camino más difícil, y con sus automóviles se puso al servicio del Ejército norteamericano, ayudando al transporte de la 31 división de Infantería. Luchó hasta que cayó Batán y entonces colaboró en la constitución de las fuerzas guerrilleras de Luzón. Durante tres años combatió incansablemente, llegando a mandar a 10.000 hombres. Los japoneses pusieron a precio su cabeza. En enero de 1945 aseguró el desembarco de las tropas norteamericanas en la costa de Zambales, ahorrando miles de vidas. El general McArthur le nombró gobernador de esta provincia. En abril de 1946, Magsaysay, decidido ya a seguir la carrera política, es elegido representante de Zambales.

En el otoño de 1950, ante la amenaza cada vez mayor de los huks, el Presidente Quirino nombra a Ramón Magsaysay ministro de Defensa Nacional. Las cosas van a cambiar completamente. Magsaysay se lanza a su tarea trabajando incansablemente las veinticuatro horas del día. Comienza por reorganizar el Ejército. A continuación me encarga precisamente a mí como secretario de Asuntos Exteriores, para que vaya a pedir dinero a América. Recibimos la ayuda y los 10.000.000 de dólares que se nos otorgan son gastados centímo por centímo en la ofensiva contra los huks. Su presencia entre los propios soldados ayuda a la eficacia de la máquina combatiente. Tiene que llevar a cabo una guerra implacable, pues las tácticas de los huks no son nada normales. Los huks comienzan a rendirse. En un año, Magsaysay reduce la rebelión de una de nuestras mayores amenazas nacionales a un movimiento de insignificantes proporciones. Magsaysay, consciente de su fuerza exigirá a Quirino una reforma en la política interior, culminada en una gran reforma agraria, lo que producirá entre ambos una gran frialdad y, finalmente, la ruptura, que llevará a la dimisión de Magsaysay.

Posteriormente, 3.000.000 de filipinos de todas las clases sociales lo harán el 10 de noviembre de 1953 Presidente de Filipinas. El propio Presidente cesante, afirmará que ha sido elegido Magsaysay en las elecciones más auténticamente democráticas que se han celebrado en Asia.

#### EL MENSAJE DE FILIPINAS

He pretendido describir la historia de una nueva y pequeña República en su lucha contra el comunismo. No hemos ganado esta batalla con armas y bombas atómicas, sino con nuestra fe en la libertad. Nuestra lucha contra el comunismo, que terminó con la rendición de Taruc, supremo jefe de la rebelión huks, constituye una lección básica que puede ser aplicada a cualquiera de los que luchan contra el comunismo. Cuando nuestros Gobiernos eran débiles e incompetentes, las gentes perdieron su fe y encontraron excusas para hacerse comunistas. Cuando el Gobierno cambió y los filipinos pudieron elegir su propio Presidente y vieron que había honradez e inteligencia, en la vida pública, se volvieron contra el comunismo y lucharon por la democracia. Las victorias finales de nuestra cruzada son el Pacto de Manila y la Carta del Pacífico. Limpiemos de incompetencia a nuestros Gobiernos y el comunismo no podrá sobrevivir. A éste no se le puede combatir sólo con palabras: hay que disponer de una fe constructiva, que sólo la dan ciertos principios intangibles morales. Y así hemos hecho en Filipinas.

TEATRO MARIA GUERRERO

PROXIMA INAUGURACION  
DE LA TEMPORADA 1955-1956

CON

L I L I O M

Comedia de

FERENC MOLNAR

Versión española de

JOSE LOPEZ RUBIO

!!! Una obra maestra del Teatro universal !!!



# JULIO APARICIO

Un torero de Madrid de cuyo capote de pase se ha hecho un manto Virgen de la Almudena

La Escuela de Tauromaquia de la Ciudad Lineal - Primer encuentro con Manolete - La historia empieza en Barcelona

Aficionado a los toros desde la infancia, a los 20 años es ya una primera figura



Julio Aparicio, niño, con su padre, como espectador en una corrida de toros



Pocos años más tarde, Julio Aparicio, torero triunfante, se el ruedo a hombros de sus admiradores

EL mes de febrero, en Madrid, es áspero y a veces violento, como si el carácter de los tiempos tuviera en esta época todas sus contrariedades extendidas.

Esto, todos los años. Y casi todos los días de la misma doceava porción del calendario.

Por eso, el 13 de febrero de 1932, Madrid presenta un día típico, un día justo en la cronología. En el piso tercero de la calle Particular de la Fuente del Berro, un hombre delgado, moreno, de no muy alta estatura, ha asomado tras los visillos y ha contemplado pensativo la

calle. Su mano, ligera, nerviosa, acaricia rápida y deslizante la barbilla; luego sube por la mejilla y llega, incluso, hasta el pelo. El hombre deja el visillo para la verticalidad y se vuelve hacia el interior.

—¿Algo?...—pregunta.

—Nada todavía; no te apures, todo va bien.

El hombre se llama Julio, y de apellido, Aparicio. Hace tan sólo año y medio que se ha casado. Pilar, su mujer, dentro, en una habitación, va a traer al mundo el fruto primero de la progenie.

—¿Algo?...

Esta vez nadie le ha contestado. Por el pasillo viene la noticia:

—¡Señor, ha nacido su primer hijo!

El primer hijo del matrimonio Aparicio, con cinco minutos apenas de vida, en la pequeñez, tuvo una minúscula sonrisa. Parecía que en ella saludaba a la fama que, veinte años más tarde, le llevaría de la mano por las plazas de toros españolas.

El recién incorporado a la comunidad de las paternidades ha llamado a la puerta de la habi-



La figura torera se estiliza torcando en la placita de la Ciudad Lineal



Tenía diez años Julio Aparicio cuando se hizo esta fotografía. Había comenzado ya el aprendizaje a que le llevó su afición

tación. Se ha acercado lentamente, de puntillas casi, con miedo de quebrar el silencio, y ha dado, lo primero, un beso a su esposa. Luego ha levantado la sábana y ha contemplado, con el asombro de los padres inaugurados, al nuevo hijo. No se ha podido contener y ha dicho, seguro:

—Se parece a mí.

Aquel día, el padre no fué a su peluquería de señoras de la calle de Alcalá, 96, esquina a la de Goya, en la capital madrileña. Cuando, a la siguiente fecha, el maestro entró en su establecimiento, las oficiales le dieron la enhorabuena.

—¿Y el bautizo, maestro?

La iglesia de Covadonga, en la plaza de Manuel Becerra, quince días más tarde, confirmó el deseo. Hacia también frío y aire.

Los adivinos verían para el neófito el viento magnífico de la sabiduría. Julio Aparicio (hijo) —que Julio fué también el nombre, como el del padre— sería más tarde calidad y esencia del toreo.

#### PRIMERA LECCION, EN LA PLAZA DE LA CIUDAD LINEAL

Muchos toreros se dejan la profesión, cuando no olvidan la existencia, por las plazas rompedoras de los pueblos. Julio Aparicio, el padre, el hombre que hace diez años recibiera al primero de su familia continuadora, se dejó las ilusiones, allá por los años mozos, en la plaza de toros de Malagón. Quiso ser torero, pero una cornada larga y profunda le convenció de lo contrario.

Si los peligros pierden, lo que no pierden son las aficiones. Al roto novillero le queda la afición. Y a los toros va don Julio, con su hijo.

En la tercera fila del tendido nueve, en la Monumental madrileña, padre e hijo asisten a las corridas. El pequeño Julio, así, se acuerda de la despedida de Marcial —cuando su corrida con Pepe Luis Vázquez y Juan Mari Pérez Tabernero—, y de Manolite, cuando le vió torear en Madrid allá por el año 1942.

Va naciendo, por la asistencia, un redomado gusto hacia la torería. Pero Julio todavía juega al



En los carteles ya aparecía su nombre. Como becerrista, Julito era un torero que alentaba la esperanza de los aficionados

fútbol en el Colegio del Pilar con la maestría que nueve años inquietos proporcionan a un alumno extremo izquierda, defensa o delantero centro; que de todo y para todo sirve el matriculado.

Después del Colegio del Pilar viene el Colegio del Apóstol Santiago. Allí, Julio Aparicio será alumno de Bachillerato hasta el cuarto año, en que los toros, los venenosos y enfebrecidos toros, le retirarán para siempre de las listas de las clases.

Tres años seguidos viendo toros son muchos años para que a un muchacho no le entre el sentido de la imitación.

—Qué, ¿nos vamos a torear?

La pregunta se fragua entre Luis Aparicio, Madrileño, Agustín González —un pobre compañero al que luego mataría un novillazo en un pueblo de la Sierra— y Julio Aparicio.

—A las cuatros, en el Metro de Ventas.

Desde allí, los futuros «ases» de la novillería — todos, por lo menos, iban para eso — marcharán reunidos a la placita de la Ciudad Lineal. Con los dineros

Julio (catorce años) saluda con los trofeos conquistados en la plaza de Puertollano





Acompañando a don Ramón Simenet, Julio Aparicio ve los toros desde la barrera, en la plaza de Madrid

que se ahorran de los cinematógrafos, de los helados y también de los libros, se alquilaban una becerra en aquella clásica escuela taurina madrileña.

Un día el padre recibe la confidencia:

—Tu hijo se marcha por las tardes a torear.

Aquella noche, a la llegada, Julio Aparicio, con once años en los personales calendarios, recibe, impasible, el «recorrido»:

—Bien; si quieres ser torero, lo vas a ser. Pero torero de los buenos, figura del toreo; porque para torear por los pueblos no te vas a quedar. El domingo, delante de mí, vamos a ver si es verdad toda esa afición taurina que tienes metida en tu cuerpo. Y ahora, a estudiar.

Aquella noche, Julio Aparicio, la verdad, no pudo estudiarse en manera alguna la llegada de los árabes a España. El pensaba en la venida del domingo; en la llegada esperanzadora del último día de la semana.

Y el domingo llegó, implacable, seguro, sin retraso; marcando el tiempo de las fechas, escogió una: 22 de septiembre de 1943.

Julio Aparicio ha oído misa muy temprano. Luego se ha vestido con una blusa blanca, un pantalón corto de claro color, se ha peinado a raya y ha dicho al padre sencillamente:

—Ya estoy...

Una seguridad definitiva ha firmado la sentencia. Julio Aparicio comenzaba su pública profesión bajo su personal y propio signo.

Cuando llegó a la plaza de la Ciudad Lineal, los porteros saludaron al muchacho.

—Mí padre...

Entonces hicieron como que no le conocían.

Salió una becerra negra, pequeña, nerviosilla y toreada. El capote es más grande que el torero.

Pero el torero pequeño se hizo más grande que el capote en cuatro promesas de verónicas, mandonas y clásicas.

El padre, desde un burladero, está silencioso.

Julio Aparicio se ha vuelto y,

como si ya fuese capitán de la cuadrilla, ha ordenado con certeza:

—La muleta.

Luego se ha estirado en unos derechazos compuestos y largos, y después, en unos naturales ciertos, y más tarde, en unos pases por alto adelantando la pierna contraria, como exigen los textos de la ciencia de la tauromaquia.

Por la corralera, los aficionados han aplaudido con la alegría de los descubrimientos.

Han llegado a casa.

La madre ha preguntado:

—¿Ya volvéis?

La comida no ha sido muy abundante en palabras.

Por la noche, el padre hizo la confidencia:

—El chico puede ser torero...

A la madre se le congestionó el sentimiento.

Al padre le rebrillaron las esperanzas.

Al hijo se le cimentaron los propósitos.

Cada uno se durmió con ilusiones contrapuestas.

#### MANOLETE Y JULIO APARICIO, CON TOROS DE ATANASIO FERNANDEZ

Ha pasado un año; un año para adquirir cada vez más sabiduría, más conocimiento, más soltura, más elegancia.

Julio Aparicio, entonces, piensa en su presentación oficial como matador de becerros. Julio Aparicio todavía está pequeño, porque doce años, la verdad, no dan muchos centímetros para la estatura.

El 31 de agosto de 1944, don Ramón Simonet, un amigo de la familia, organiza un festival en su finca de Mataelpino, en la provincia de Madrid. Festejo particular, para las amistades, para la propia complacencia. Allí torearán el propio dueño, don Javier Barroso y el pequeño Julio, en representación, tal vez, de las ilusiones de la mocedad.

Antes, Julio anduvo y requeteanduvo por las calles de su capital buscando vestido de torear. Por fin, lo encontró: traje corto campero; pantalón negro y chaquetilla blanca.

Julio Aparicio, no pudo ser menos, dió lecciones a la edad.

El padre, que presenció la faena, sin demostrarlo, tenía un buen presentimiento: el de las ovaciones futuras y el de las orejas cortadas.

Entre becerra y becerra, Julio Aparicio, como los príncipes de los cuentos, va para mayor. El hada de la torería, el hada de los toreros valiosos, pudo ser, en su bautizo del toreo, la madrina.

Llega así, hoja tras hoja, el mes de agosto de 1946. Julio Aparicio, entonces, va a conocer a Manolete.

La finca de Martín Yeltes, del salmantino ganadero Atanasio Fernández, es una finca con solera, donde van a entrenarse, de siempre, todos los astros de la tauromaquia. A Manuel Rodríguez le había cogido el toro. Coronadas dan los toros, que es su oficio. Y Manuel Rodríguez va a Martín de Yeltes a templar la capa como un capitán que hace ejercicios antes de entrar en la batalla.

Julio Aparicio ha sido recomendado al coloso del toreo. Y Julio Aparicio, solo, con catorce años en su partida de nacimiento, marcha a Salamanca.

Julio Aparicio llega al campo y cree que, según sus señas y sus noticias, aquella es la finca donde Manolete le espera.

—¿Está aquí Manolete?

—¿Quién te ha dicho eso? Manolete está en la finca de don Atanasio, en Martín de Yeltes.

Las equivocaciones tienen un precio; un precio que, casi todas las veces, se mide en pesetas. Julio Aparicio tuvo que buscar un coche que, por los caminos salmantinos bordados de toros bravos, le llevara a la finca término, a la finca cierta. Cuatrocientas pesetas, que le quedaban como resto, pasaron a aumentar las estadísticas financieras de los transportistas de la provincia.

Allí estaba Manolete, serio, estático, como si guardase para sí todo el imponente secreto del toreo.

La salutación y el diálogo es corto, porque cuando uno se comprende no hacen falta oraciones gramaticales.

—Buenos días, señor; yo soy Julio Aparicio.

—Bien, claval, ¿qué hay?

—Ya ve usted, aquí hemos venido a ver qué se hace...

Julio Aparicio hizo y deshizo. Becerro va, becerro viene, novillo pasa, novillo repasa, Julio Aparicio procuró estirarse y componer la ciencia ante el maestro del tiempo. Y también ante la tribuna. Camará, Manolo y don Atanasio le tomaron afecto.

Julio Aparicio, un crío entero y verdadero, fué deshilvanando ante la «cátedra» su precisa sabiduría. Los catadores de las esencias aplaudieron siempre con las palabras.

#### LA HISTORIA GRANDE EMPIEZA EN BARCELONA

Para el recuerdo, el tiempo pasa rápido. Y rápido pasa también muchas veces para las actividades. Andando los días llega, sin sentirse, el año 1948. Julio Aparicio va a comenzar de ver-

dad su carrera de matador de toros.

Ya empezó, hizo dos años, como becerrista en Puertollano. Julio Aparicio, padre, es de la localidad. Y Julio Aparicio, hijo, toreó por ello dos festivales, en septiembre y octubre del 46, y una novillada mixta, con Manolo Carmona y Juanito, el «Bonito», en el 47.

El empresario era don Emilia-no Martín, y le había dicho al pequeño torero:

—A ver qué tal estás...

El pequeño torero, por de pronto, mató los novillos más grandes, pues, como él era el más pequeño, los demás—quizá por eso de las compensaciones—se los dejaban sin consultarle.

El 20 de mayo de 1948 será el día grande, el día de las inauguraciones. Julio Aparicio lo va a comenzar en Barcelona.

Don Pedro Balañá había recibido la recomendación para que diera una novillada al muchachito madrileño. Y don Pedro Balañá confeccionó el cartel: «Novillos de Marcelliano Rodríguez para Juanito Tarré, Lagartijo—el que era sobrino de Manolete—y Julio Aparicio.»

Si para los toros hace falta el sol, aquella tarde, en Barcelona, no fué una tarde de toros. Llovió por la mañana y hubo intentos de suspensión; pero Balañá tenía interés en la corrida y la corrida se dió. En el tercer novillo empezó la calidad.

—Todo lo que tenía pensado «de salón», se lo hice a los novillos de Marcelliano Rodríguez.

Julio viste un traje azul claro y oro, que se lo hizo expresamente Ripollés para la novillada. Azul claro y oro, fundido con el negro del pelaje de los novillos, Julio Aparicio cogió la plaza entre los vuelos de su muleta y la bajó con él a la arena. Luego explicó:

«En redondo se torea así. Al natural se lleva embarcado al toro de esta manera. Los de pecho hay que darlos lentos y largos para que tengan sabor...»

Y la plaza, húmeda y lluviosa, le dió la respuesta: orejas al final de las dos estocadas y salida en hombros hasta el hotel Oriente, donde se hospedaba el torero.

Julio Aparicio, dieciséis años espigados, se creyó de verdad que era un amo del toreo. La histo-

ria, más adelante, le daría la razón.

En Madrid está la casa y a Madrid hay que regresar. Ya saben en ella, por la radio, lo bien de verdad que estuvo el hijo. A la madre le basta con que esté sano y salvo, que a ella lo de las orejas tanto le da.

«Barcelona-Madrid», pone el letrero de chapa que hay en medio de un vagón de tercera del exprés de por la noche. Con Julio Aparicio se vuelven Juan Antonio Gómez y Manuel Alarcón, «Cofre», que fué el banderillero con el inaugurado matador de novillos.

Tres voluntades y tres pensamientos tan unificados en la alegría no lo encontraría nadie en los sucedidos de los tiempos. Se habla de toros, de los toros que acabaron de dejar casi hace un par de horas.

—Estuviste bien, Julio, pero que muy bien.

Palabra va, palabra vuelve, dieron las tres de la mañana. Julio Aparicio, entonces, nota un poco el hambre.

—Don Manuel, ya es hora de que comamos algo.

Manuel Alarcón, «Cofre», sacó muy serio del bolsillo un bocadillo de jamón y, como si dijera una sentencia ante un grupo de senadores, estampó la definición:

—Este es nuestro alimento por esta noche.

Se hicieron tres partes y cada uno comió la suya.

Luego, Juan Antonio Gómez pagó la cena.

Hubiera sido igual.

Lo importante para el matador era precisar que él iba para auténtica figura del toreo. Y hacia media docena de horas, apenas, acababa de demostrarlo.

#### APARICIO - LITRI: UNA PAREJA DE ANTOLOGIA

José Flores, «Camará», luego que murió Manuel Rodríguez, tuvo por nuevo torero a Julio Aparicio.

—Don José, si usted no es el apoderado de mi chico, no quiero que lo sea nadie—había dicho el padre de Julio.

Y así, con cuarenta y ocho novilladas de entrada, Julio Aparicio terminó su primera temporada de matador de novillos.

Aquel su primer invierno lo pasó en el campo, en casa de don

Serafín Serrano; un hombre que hiciera conocimiento con el matador por medio de Manuel Alarcón, «Cofre», el banderillero.

Empieza, pues el año 1949. El año en que Julio Aparicio conocerá a Miguel Báez. «Litri»: Aparicio y Litri. La pareja más famosa de la torería de la actualidad.

En las Fallas de Valencia, el cartel es así: Aparicio, Calerito y Litri.

—¿Animados, muchachos?...

Julio Aparicio, por eso de la veterania, era el que daba esperanzas a los compañeros.

Litri, al que todavía llevaba Emilio Fernández, no volvería a torear con Aparicio hasta el año que viniera. Litri, en el 49, se pierde en la historia de los tiempos.

Junio es el mes, en Madrid, para el descubrimiento de los novilleros. En junio pensó Aparicio y en junio vino.

Un día, Camará le habló:

—Vaya, Julito, dos novilladas en tu capital, ante tu gente. De ti depende.

Julio Aparicio aun no ha cumplido los dieciocho años. Julio Aparicio tiene una cara de chaval, justa, sin recomendaciones. Pero Julio Aparicio hace una promesa de hombre, una promesa de confianza:

—Don José: usted diga que abran la puerta de los toriles, que de lo demás me encargo yo.

Y se encargó.

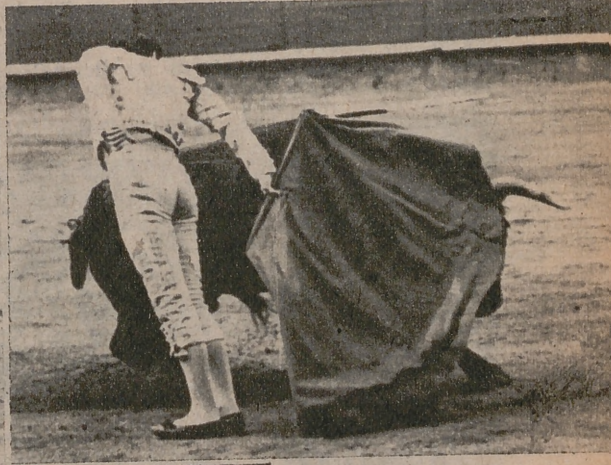
Julio se viste en el hotel Palace de Madrid. El hotel Palace es, por tradición, el hotel donde se visten las figuras de la tauromaquia cuando vienen a Madrid. Julio, si entonces no lo era, lo sería. Y por derecho, pues, le correspondía la costumbre.

19 de junio: Pablito Lalandia y Luis Peña; 26 de junio: Curro Puya y Lagartijo; 19 de junio: una oreja en cada novillo; 26 de junio: dos orejas en un novillo.

Madrid, en dos tardes, había descubierto que tenía por ahora profesor indestructible.

Cuando un año se termina, otro empieza, porque así ha sido siempre y no vamos ahora a cambiar los calendarios. Cuando una amistad empieza no se termina; si es amistad y empieza.

Litri ha dejado a Emilio Fernández y ha cogido a Camará. En Valencia, la amistad brevisi-



Primera figura del toreo. Así torea de bien Julio Aparicio

ma que comenzara una tarde de toros del año anterior, va a tener, desde entonces, fin en la eternidad de las efemérides. Aparicio-Litri, con guión, será desde ahora base obligada y cartel firme de todas las ferias de España.

Aquel año, la pareja toreará cerca de cien novilladas, más las corridas de toros correspondientes a las alternativas.

Estamos en 1950. Se torea tanto, que hay veces en que los matadores no tienen más remedio que preguntar al llegar al final del viaje:

—¿Dónde toreamos hoy?

De la amistad de la plaza se ha pasado a una amistad entrañable, honda y verdadera; a una amistad en las conversaciones, en las preferencias y en las distracciones, se ha conjugado también una afición de fuera de la arena: el fútbol.

Beziers es una localidad del sur de Francia. Beziers está en sus fiestas y ha contratado cartel de toros. Y, para la novillada, a la pareja del año.

Las dos cuadrillas llegaron la víspera. Aquella noche, al terminar la cena, hay una apuesta: la misma apuesta de todas las noches de descanso:

—Miguel, te juego al fútbol.

Miguel Báez, «Litri», es un jugador de fútbol rápido y vistoso. Julio Aparicio es un jugador de fútbol seguro y eficaz. Pero aquella noche la alegría ganó a la serenidad.

—Pero, Miguel, ¿me vas a cobrar las cinco mil pesetas que me has ganado?

Miguel Báez sonríe.

—Pero, Miguel, ¿no te he perdonado otras veces yo? Ya sé que eres el mejor futbolista de la tierra. ¿No te da pena de mi inesperienza?

Miguel Báez sonríe.

Los halagos y las frases han surtido efecto. Miguel Báez perdonó la deuda. Miguel Báez y Julio Aparicio se rieron de verdad, sencillos y parleros, como dos hermanos.

El 12 de octubre de 1950, la plaza de toros de Valencia, y con ella sus espectadores, presenciaron un acontecimiento importante en la moderna sucesión del toreo. Joaquín Rodríguez, «Cagancho» —una perennidad histórica—, dió la alternativa a Julio Aparicio y a Miguel Báez, «Litri» —dos revelaciones de los nuevos estilos—. Los toros de Urquijo, los suaves y pastueños toros de Urquijo, con

su sangre de Murube rebrillándose por las junturas de las venas, se fueron al desolladero sin las señales que la costumbre ha dado en otorgar como trofeos a las victorias.

Y después, a América por vez primera.

#### UN BRINDIS EN ACAPULCO A UNA MUJER BONITA

La más dura temporada para Julio Aparicio comienza en el año 1951. Es la primera temporada de matador de toros, y en ella va a tener que luchar solo, sin ayuda, con la única fuerza convincente de la sabiduría ante el toro.

No hubo en la feria de Sevilla mucha suerte; después vino un puntazo en Andújar que puso las facultades y el ánimo a prueba contra los elementos.

La unión profesional con Miguelito Báez va a terminarse. La unión en el conocimiento y en la amistad, esa no se terminará nunca.

Camará y Julio Aparicio, de común acuerdo, han decidido prescindir el uno del otro. Se han separado amistosamente, y Julio Aparicio, por tanto, tiene que buscar apoderado nuevo.

Julio Aparicio, entonces, piensa en su padre. Nadie mejor que él para velar por los intereses del hijo. Además, el padre sabe de toros, y si en algo no alcanzara, allí está el hijo, que de eso conoce más que todas las cohortes de lo mismo que juntarse pudieran.

—Era una temporada en la que había que darlo todo; darlo junto al toro, cerca, arrimado.

Pero los obstáculos se van venciendo. No importa que unas veces sea con nombre de un toro de Guardiola—350 kilos de peso, en la plaza de Bilbao—, o que otras veces los peligros vengan únicamente en las palabras. Julio Aparicio tiene corazón, y su corazón le empuja.

Y gana.

Firme, Julio Aparicio se va solidificando. Aquel mismo año, en el último tercio de la temporada, cuando ya las posiciones están definidas, Julio Aparicio es el primer padrino en una alternativa: la de Antonio Ordóñez, en Madrid.

—Te deseo mucha suerte, Antonio; de verdad.

Aunque la fórmula fuese la tradicional, el sentimiento era nuevo y convencido.

La cotización Aparicio sube y relampaguea como las fluorescencias de los modernos sistemas de alumbrado. De Méjico viene Rodolfo Gaona, el empresario de la plaza de la capital mejicana, para llevarse con él a garantizar la temporada. Cuatro corridas de toros en la capital y catorce en los Estados son el certificado de garantía.

La tarde de la inauguración, el ambiente tenía la sensibilidad erecta, como los escalofríos de las personas cuando se ponen carne de gallina. La gente sabía que Julio había sido compañero de Litri, y Miguel Báez, en su presentación, no había tenido mucha suerte. Julio Aparicio, sobre la plaza de toros de Méjico, rompió con su toreo las signaturas fúnebres de las adversidades.

Julio Aparicio torea en triunfo por la tierra mejicana. Y por la tierra mejicana saluda a los viejos amigos—como don Luciano Arachederra, de Bilbao—, o hace amistades nuevas, o simplemente brinda toros a las mujeres porque son bonitas y guardan misterio en la mirada o ensueño en la figura.

Acapulco es una plaza clásica en la temporada mejicana. Julio Aparicio ha tomado de capa a su toro segundo y le ha diseñado seis verónicas de romance andaluz. La gente le ha aplaudido fuerte. Julio Aparicio ha tomado la muleta y la espada y se ha ido a brindar.

En una barrera de sombra está sola una mujer nacida en la latitud de aquel día. Una mujer con brillo personal, con sentido de leyenda, con mirada de presagio.

Julio Aparicio le ha brindado el toro a su hermosura. Y, vuelto, le ha dado la montera.

Julio Aparicio, cuando ha terminado la faena, no ha podido, por más que hizo, encontrar su montera.

Tres días después, en el hotel, se recibió un paquete. Dentro, la montera y una tarjeta: «No lo olvidaré en toda la vida. Creía que la montera era para mí.»

No hubo continuación. Julio Aparicio jamás supo de su nombre, ni de sus señas, ni de su persona.

Sólo quedó para la historia un brindis torero en la plaza de Acapulco a la hermosura de una mujer mejicana.

#### TRES CANARIOS POR UN TORO

Veinte años cumple el matador y cincuenta corridas de toros en la temporada. Fecha: 1952.

Julio Aparicio es ya, por derecho propio, aquello que deseaba de pequeño: figura del toreo.

Madrid tiene un torero largo, un torero grande, un torero profundo, un torero hecho sabiduría. Madrid no ha rota la continuidad de su orgullo en la tauromaquia.

El año 1952 es, principalmente, un año de sangre. Dos corridas: una, en Mallorca, el 3 de junio, un toro de Gandarias; otra, al mes justo, en la misma plaza, un toro de Hidalgo. Total: treinta corridas de pérdida. Y entre éstas, la de Beneficencia.

Julio Aparicio va dejando por las plazas su especialidad. Y de la especialidad, su invención: el «tres en uno». El famoso pase de muleta, inspirado y armonioso,



En la plaza El Toreo, de Méjico, el ruedo se ha cubierto de sombreros, y Julio juega con ellos y con el toro

majestuoso y recio. Toda una teoría de la plasticidad enseñada, día tras día, por los ruidos de las provincias.

A finales del año, Litri se retira de los toros. Ya ha corrido el rumor por las tertulias; rumor que tendrá realidad en Valencia con la alternativa de Pedrés.

Julio Aparicio, por entonces, va a torear la última corrida con su amigo entrañable, en Zafrá.

En el patio de cuadrillas, Julio Aparicio y Miguel Báez se han estrechado fuertemente las manos. Luego, durante la lidia, Julio ha estado más pendiente de Miguel que de su propia faena; como si tal vez tuviera miedo de que, faltándole tan poco, un toro se lo llevara para toda la vida. Al terminar, saliendo ya, antes de montar en el coche, un abrazo interminable fué la despedida sin palabras.

En aquel invierno, América otra vez y otra vez triunfos. Y después, a España, en la temporada de 1953.

Por los carteles, Julio Aparicio lleva la primacía. Van y vienen los comentarios, los homenajes, los afectos y los regalos.

Gijón celebra sus fiestas el 15 de agosto. Es la Virgen de Begón; una Virgen galana como no hay dos. Julio Aparicio no ha faltado ningún año a la cuidada feria gijonesa.

Había salido una corrida preciosa del conde de la Corte. Julio Aparicio brindó al sol; a los aficionados que a veces no tienen más dinero que el de los toros de por la tarde.

Julio Aparicio, con un toro del conde de la Corte, estremeció el ambiente. Si se pudiera, desde la misma gijonesa calle de la Corrida hasta la madrileña calle de Alcalá, los asturianos habrían tendido un puente de plata para traer en hombros al torero.

Por la anochecida, casi entre dos luces, en el hotel, a la vuelta de los toros, un camarero pidió permiso:

—Este regalo que le traen los aficionados de sol.

En una jaula, tres canarios, amarillos y cálidos como tres peluconas de oro, saludaron en su idioma típico.

Julio Aparicio dió las gracias.

A la mañana siguiente, las bandadas de música recorrían las calles. Un olor a mar, a mar abierto y entregado, se colaba por la habitación. Los pajarillos recién venidos saludaron al optimismo. Julio Aparicio se levantó, sacó la jaula a la ventana y abrió la puerta de mínimos barrotes. Uno tras otro, los canarios, amarillos y cálidos como peluconas de oro, se perdieron en la libertad.

Nunca mejor fuera agradecido un brindis. Ni tampoco correspondido.

#### EL MANO A MANO CON ANTONIO BIENVENIDA

Varían los años y varían las situaciones. Cambian también las personas, pero siempre hay motivos nuevos, objetivos y obstáculos, triunfos y preocupaciones para las biografías.

El año 1954 es el año famoso de Antonio Bienvenida. Se habla de que nadie quiere torear con él, de que las figuras han vetado su nombre en los carteles.

Julio Fuertes, periodista, es un buen amigo de Julio Aparicio. Y



Una reciente fotografía de Julio Aparicio en su bar, que se llama «Tres-en-uno», como su famoso pase

Julio Fuertes tiene el encargo de organizar la corrida de la Prensa. La conversación no pudo ser más sencilla:

—Julio, ¿tienes algún inconveniente en torear con Antonio Bienvenida nuestra corrida?

—¿Qué inconveniente voy a tener, tocayo?

Julio Aparicio rompió el parapeto. Aunque la gente se metió con él, Julio Aparicio dió dos ayudas. Y, además, por si era poco, se llevó, limpias y exigidas, orejas cortadas en números pares.

Julio Aparicio no presenta peligro de resquebrajamiento en su cimientito, en su labrado cimientito del toro. Y Julio Aparicio, como novedad, empieza a banderillear toros.

Ocurre ello en Nimes, en un festival a beneficio del pobre Macareno, al que un toro había matado en los corrales.

—Ya había yo banderilleado por primera vez en Zamora.

Los tres pares acreditan la facilidad y la elegancia.

—Se pueden banderillear de vez en cuando algunos toros...

Julio Aparicio le ha cogido ahora afición a esto.

Treinta y cinco corridas como resumen y, por no romper la norma, a América otra vez. Colombia, Méjico, Perú...

Ese invierno, Julio Aparicio no ha ido muy contento a América. No es que el éxito no venga, no; ¡qué se sabe! Tal vez la ausencia, la nostalgia...

En Bogotá, la noche que salía para Lima, la cuadrilla estaba silenciosa. El matador fuera el único que, en la corrida de la «Oreja de Oro», cortara apéndice. Pero el premio no había sido para el matador. Es de noche y faltan todavía un par de horas para que saiga el avión que les lleve a la capital peruana. La cuadrilla, con el matador, está medio dormida.

De repente, entre los sueños, una algarabía de fandanguillos, de tanguillos y de coplas de la Andalucía resuena por entre los edificios. Siete pequeños, vestidos de corto, a las órdenes de un mayor, promueven el estrépito. La cuadrilla se ha despertado. Los «cantaores» se han descubierto: son los enanitos de Eduardini.

La tristeza y el cansancio quedaron, ante la compañía, anuladas por completo.

Unos fueron para Lima; otros, para Caracas. Y en la diversidad fraguó, como inscripción descubierta, una frase: «Españoles de todas las tierras del mundo.»

#### SEIS TEMPORADAS DE MATADOR DE TOROS

Y ahora, esta temporada. Cuan-



Nuestro redactor Deleyto charla con Julio, que se baña en la piscina de su residencia madrileña

do Julio Aparicio va en su «11 ligero» delante del «Hispano» de la cuadrilla, repasando por las carreteras de España — el pensamiento claro, la mente firme, la mano sabedora —, que tan bien conoce, por fuerza ha de echar un resumen a la vida transcurrida.

Julio Aparicio es ya un primer matador de toros en la historia de los tiempos que han fraguado las figuras de la Fiesta.

Ha vuelto Miguel Báez a los toros y ha sido Julio Aparicio su honrado e intrínseco testigo; han sido las ferias de Bilbao, de San Sebastián, de Valencia, de Murcia y de Salamanca las presenciadoras de su escuela sabia, de su escuela sostenedora de compensaciones.

Van ya para seis las temporadas de matador de toros. Madrid, cuando viera a aquel pequeño irse derecho, derecho, camino de la placita de Ciudad Lineal, tal vez no intuyera la fama venidera.

Pero ahora está aquí, presente, pasado y futuro unidos en la persona de Julio Aparicio: un torero de Madrid de cuyo capote de paseo se ha hecho un manto la Virgen de la Almudena.

JOSE MARIA DELEYTO  
(Fotografías de Mora.)



# LA CAIDA DEL GENERAL PERON

**LAS CONQUISTAS SOCIALES NO PODRAN SER OLVIDADAS EN LA NUEVA SITUACION**

**ARGENTINA SE ENFRENTA A UN GRAVE PROBLEMA**



**EL GRAN OPORTUNISMO PERDIO SU ULTIMO OPORTUNISMO**

**DESDE EL 16 DE JUNIO HASTA AHORA**

EN el número anterior de EL ESPAÑOL se ha publicado un trabajo que recogía con objetividad, y con anterioridad a los últimos acontecimientos, que no pudieron ser tratados por estar ya tirado el semanario, una biografía política del general Juan Domingo Perón, en la que se presentaban los caminos, situaciones y circunstancias que convirtieron a Perón, durante casi doce años, en el árbitro de un país.

En esa biografía se atendía de manera preferente a dos hechos esenciales: uno de orden político y el otro de orden moral. Era el primero, en líneas generales, el descubrimiento, por parte de Perón, de una nueva masa social y política que hasta esos momentos no había tenido una participación nada más que exigua y escasa en la nación. Descubrirla «aprovecharla» desde el ministerio de Trabajo fué todo uno.

En segundo lugar, y destacando su importancia, se clasificaba un aspecto muy singular de la vida de Perón: el oportunismo.

Hasta última hora este capítulo, que indudablemente penetra en el terreno de la moral, ha constituido el eje fundamental de su carrera política. De un lado, su ascenso a través de la C. G. T., y del otro lado, su pérdida irreparable.

Es evidente que ello constituye de por sí una grave acusación: cuando el «oportunismo» se convierte en el mecanismo decisivo de una vida política, termina por descansar ésta sobre un abismo. Es decir, el juego del «oportunismo», sin ningún soporte moral, provoca a su vez la creación del «oportunismo» en el campo favorable y en el campo adversario.

Buena prueba de ello es que hasta los últimos días antes del levantamiento del 16 de septiembre buscó crédulamente la crea-

Perón y Lucero escuchan el informe del subsecretario de Ejercicio, general José Embrióni. Con ellos, el mayor Alfredo M. Renner y el jefe de la Custodia Presidencial, subcomisario Ruggero Zambrino

ción de un nuevo Gobierno «peronista», pero con la eliminación de los extremistas. Era evidente que no pensaba estaba unido inexorablemente a sus violencias, culminadas; como ya es sabido, con la intimidación de la C. G. T. para llegar a la separación de la Iglesia y el Estado y toda la serie de medidas irreligiosas que de hecho acompañaban este gesto.

## **EL «OPORTUNISMO» LEY DOMINANTE**

Quando se examinan sin odio, porque no se puede menos de pensar que toda esta serie de hecatombes interiores ocurren en un país fraterno de nuestra raza y de nuestra lengua, las leyes fundamentales de la regla oportunista del general Perón, no puede uno menos de quedar asombrado de sus muchos aspectos.

En principio, en la conquista de la C. G. T., el entonces coronel Perón no duda en la estrecha alianza con hombres tan caracterizados de extremismo como Birlenghi, socialista, o con Pérez Leirós, que representaba a su vez al ala comunista del incipiente sindicalismo argentino. Por otra parte, y como detalle revelador del espíritu de violencia con el que se vió obligado a transigir, valga contar uno de los episodios característicos. «Dentro del peronismo existía —dice el argentino Luis Alberto Debayle— la opinión, encabezada por Ramón J. Carcano, presidente de la Previsión, y de Bramuglia, de la Secretaría de Trabajo, que defendía la instauración de un moderno sistema de seguro social para todas las ramas de trabajo en el país. Birlenghi y los suyos —dice— desechaban ese

plan y reclamaban inmediatamente la jubilación para su rama. Sin duda —termina Debayle—, Perón se inclinó por ese parecer.»

Es así como, inevitablemente, la ley del oportunismo le fué obligando a un derroche enorme de fuerzas, en descrédito de su propia magistratura de Presidente, que llegó a minarle su propio terreno.

No se puede olvidar tampoco que ese factor cobraba un precio caro: la obligación de tener contenidos constantemente a los extremistas, con los que, como aliado y como mediador, conquistaba el sindicalismo y el triunfo político. ¿En qué medida no tuvo esa estrategia del oportunismo ningún fallo visible?

Si se retrocede hacia atrás veremos que Perón llega al Poder, al oscuro y mágico puesto de la Secretaría de Trabajo, en junio de 1943.

Durante dos años, es decir, hasta octubre de 1945, realiza una campaña social indiscutible, con mejoras de salarios, leyes de previsión, de jubilaciones, que le llavan a la popularidad. Todo ello hasta que los incidentes de octubre obligan al Gobierno a detenerle y, prácticamente, le hacen dimitir de todos sus puestos. ¿Cuál es en esos momentos la actitud de los líderes sindicales?

De ninguna forma clara. Birlenghi, la cabeza de Perón en la C. G. T., no se define, y siguiéndolo a la letra las palabras de un cronista de aquellos días, «en las jornadas de octubre de 1945 hall un halo de sombras que envuelven la conducta gremialista».

La situación la salvó, como es sabido de todos, una mujer, Eva Duarte, que movilizó en los suburbios de Buenos Aires, y con-

tando con las simpatías que había sabido ganarse el coronel Perón, restablecer el equilibrio y obligar al Gobierno a decretar la libertad del detenido.

No evitó por ello que Borlenghi fuera acusado de forma pública y oficial, el 4 de julio de 1947, en la Cámara de Diputados, de haber formado parte de las conspiraciones en sucesivos movimientos antiperonistas. Si se tiene en cuenta que cuando se realiza esta acusación por el coronel Pomar, Borlenghi es ministro del Interior, se comprenderá su trascendencia.

Ello obliga a pensar que en todo el rápido y extraordinario proceso político de Perón se han encontrado dramáticamente dos oportunismos que iban a lo suyo: el de Perón y el del sindicalismo de los extremistas. Estos han utilizado a Perón como éste les ha utilizado a ellos, pero sin que ninguno de los dos bandos cediera, para emplearse aparentemente unidos contra el Ejército y las fuerzas de la oposición.

Esto podía ser, evidentemente, un poco la ley de la jungla, y al no existir freno moral que estuviera muy por encima de sus «famosas llamadas al pueblo», existía el peligro constante del régimen de violencia. «Los motines, complots, golpes de mano y situaciones de peligro rodean siempre la experiencia política de Perón», decía nuestro semanario en el número anterior. Sin embargo, ese espíritu de violencia no había nacido, como algunos han creído, en los últimos meses. Forma parte de la estructura interna, nunca resuelta, del fermento revolucionario y marxista de los líderes sindicales.

#### LA POLEMICA DE LA VIOLENCIA

En 1947 el periódico que dependía directamente de Borlenghi, «El Líder», daba paso a una polémica periodística que comenzó con la alusión, desde la página editorial de ese periódico, de las muertes ocasionadas por la revolución mejicana.

Con asombro general, «El Líder» decía que la revolución popular había costado a México 1.500.000 hombres. «*Por qué asusta entonces—agregaba el articulista inspirado por el ministro del Interior, Borlenghi—. La palabra «sangre» en nuestro país, dueño también de una revolución? ¿Puede costar también 1.500.000 vidas? Que las cueste. La revolución no es un paseo del pueblo, con comentarios y galanteos.*»

Hubo en aquellos días, a pesar del tono silencioso de la Prensa, algunas curiosas interpretaciones a lo publicado por «El Líder». Por ejemplo, Medina Onrubia, desde el diario «Crítica», calificó el artículo, dando el nombre al anónimo editorialista de «Pancho Villa de Madapolán».

A su vez, «El Líder» volvía a la carga, renovando con nuevos argumentos el espíritu con que se



El general Perón firmando ante el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé, y el coronel José Manuel Díaz un comunicado al país

iniciara la polémica. Tomo algunas de aquellas manifestaciones. Decía, por ejemplo: «*Todos los métodos legales deben ser agotados para ponerlos en vereda. Pero si es necesario, que se establezca la Ley Marcial, aunque asuste a los históricos del periodismo o de la política. Siempre será preferible la ley marcial a la ley de Lynch.*»

Algunas respuestas tenían este no menos razonado pensamiento: «Ni «Bandera Roja», ni «La Protesta», en tiempos del anarquismo heroico, se hubieran atrevido a incitar de ese modo a la violencia.»

«En qué medida era capaz Perón de oponerse y de actuar imperiosamente sobre el fermento demagógico que poseía de por sí, y que él, de paso, había aumentado en la Confederación General de Trabajadores? Nosotros no podemos contestar a ello; pero está claro que la eliminación de Borlenghi, que era un clásico

enemigo de la Iglesia, no modificó en nada la gravitación de organismos sindicales tan importantes y poderosos como la Confederación de Empleados de Comercio. Esta estaba en manos de Borlenghi desde los tiempos anteriores al año 1936, cuando la Federación de los Empleados Mercantiles estaba en la calle de Rivadavia y Borlenghi se sentaba en un sillón bajo el retrato del socialista Adolfo Dickmann. El hecho en sí es que el sindicalismo llegó a pesar en la balanza mucho más de lo que pudo creer nunca Perón.

#### LA MULETILLA DEL «NO HAY PROBLEMAS, NO HAY PROBLEMAS»

En esa tensión de querer resolver siempre las cosas por la



Fuerzas militares del Gobierno observan el vuelo de aviones sobre Buenos Aires

ley del aprovechamiento de las circunstancias, es decir, por el sentido estratégico del oportunismo, se hizo famosa una frase del general La Muletilla, en los buenos y malos tiempos, era la de la tranquilidad: «No hay problemas, no hay problemas».

Esta confianza de Perón par-tía, evidentemente, de un control, durante un período de diez años, del equilibrio «inestable» de la nación. En dos ocasiones ese equilibrio inestable, pero evidente, se puso de manifiesto: primero, el 17 de octubre de 1945, que es el momento crítico de la vida política de Perón. Es decir, el instante, no exento de interno dramatismo, cuando se presentan, frente a otras fuerzas, el amplísimo contingente de los «descamisados».

Otro hecho que corrobora el anterior era la confianza desmedida de Perón sobre una situación real y, al tiempo, relativamente real: la destrucción de la oposición.

Hay que pensar, y sería injusto olvidarlo, que las elecciones de 1946 le dieron un triunfo rotundo, que ni sus enemigos discutieron. Pablo Pavolini, que está especializado en los temas argentinos, decía de esa circunstancia en la «Nuova Stampa»: «Cuando en 1946 Perón llega a Presidente, su posición parecía muy fuerte: gozaba con los militares, al menos con una parte, de su apoyo, y como «capo» del justicialismo, disponía del favor de vastos estratos populares, y podía jugar con estas fuerzas alternativamente, valiéndose tan pronto del Ejército contra el pueblo y del pueblo contra el Ejército, según las circunstancias...»

El matrimonio con doña Eva Duarte de Perón volvió a dar a su vida una nueva gran baza, que, según Pavolini, servía para ilusionar la imaginación de la multitud.

Pero, sin embargo, de ese empleo constante y repetido del «dominio del juego» iba a nacer, necesariamente, un vencedor. Según comienzan las dificultades económicas del país se ve obligado a escoger a la C. G. T., ya que el Ejército, con cuadros de excelentes patriotas, ve con temor el porvenir y el contenido demagógico del sindicalismo. A su vez Perón, cumpliendo las reglas del juego, tiene que dar más

cada día para tener menos. Desde ese momento nacen, mejor dicho, afloran a la superficie, las corrientes irreligiosas que dividían la C. G. T. A cada paso que da hacia adelante, la fuerza de las cosas, inmisericordiosamente, le coloca como artífice de la violencia contra el catolicismo, contra la Iglesia argentina y, sin pausa, contra sí mismo.

#### EL ESPIRITU DEL «JUSTICIALISMO»

Es evidente que en los aspectos de política social, de mejoras de salarios, de leyes de previsión y, sobre todo, el hecho evidente de haber situado en la lid política a una masa popular, no se perderán en absoluto con la huida, dimisión o abandono del Poder por el Presidente Perón.

Todo ese hecho social y político permanece inalterable y podrá alterarse en un sentido o en otro, pero no se modifica por ello su estructura íntima. Es posible, y no hay en ello el menor augurio, que la C. G. T. provoque futuros y constantes problemas a la Junta Militar y al Gobierno Provisional. O puede ocurrir lo contrario: que la ira popular se vuelque contra el recuerdo de Perón. Nada de ello variaría, en su valor objetivo, y fuera de toda interpretación partidista, la presencia y significación de esa masa política, que, bien o mal dirigida, ha demostrado una evidente cohesión, una fuerza y un carácter, al menos en la Argentina, bastante novedoso.

Por otra parte, y como ha proclamado el Ejército, no se ha lanzado éste a la calle contra Perón para destruir las mejoras sociales conseguidas. El hecho mismo de señalar este aspecto revela cómo los mismos enemigos reconocen y estiman, en una medida que desde Europa no se puede entender correctamente, porque la separación y la distancia imponen prejuicios o fallos de visión, que la vida argentina no puede volver a ser lo que era. En este sentido, volvemos a destacar, en su original valor, la perspicacia política de esa extraña personalidad humana, con curiosos y contradictorios estímulos políticos, que es el general Perón.

En el mismo caso estamos ante fundaciones que cambiaron, posiblemente, el espectáculo interior de la vida argentina. Ta-

les pueden ser, efectivamente, sucesos de tan vario alcance como la aparición de una asistencia social, la Fundación del Scorro Social, que liquidó la vieja Sociedad Argentina de Beneficencia, que era dirigida, antes de la «Fundación» de Eva Perón, por damas de la aristocracia de Buenos Aires. Cuando murió, el 26 de julio de 1952, perdió Perón una gran fuerza e hizo lo posible para que no se la olvidara. Detalles de ese aspecto de la cuestión eran la diaria y monotonía repetición por radio «del minuto en que Eva Perón entro en la inmortalidad». Una ciudad lleva su nombre, y otras muchas manifestaciones, a veces bien grotescas, se han realizado al amparo de la simplicidad de la gente, pero sobre un evidente contacto con la realidad. No hay que olvidar tampoco que Eva Perón influyó también, con algunas declaraciones, sobre las corrientes irreligiosas de la Confederación General de Trabajadores, y que, por una y otra razón, se fué articulando un espíritu rebelde y sectario que consideraba las ventajas adquiridas como un paso para conseguir otras por el camino más violento.

Algún periódico ha recordado la semejanza que han tenido los incendios de las iglesias argentinas con los ocurridos en España durante la República. Sin clasificar, salvo en el lado anecdótico, los dos sucesos en la misma tabla de valores, sí cabe considerar, teniendo el ejemplo práctico de la indignación que levantaron en España, el valor que han tenido en la agrupación de los distintos sectores antiperonistas. Sobremanera de los que, por una u otra razón, habían permanecido en estado de expectación, observando el rumbo de los acontecimientos y la temperatura verdadera del peronismo. Necesariamente tuvieron que considerar que las leyes irreligiosas, la persecución del catolicismo y la quema de iglesias como demostración de que la C. G. T. tomaba las riendas.

De la misma forma, y también de forma convincente, es necesario hacer constar que el catolicismo argentino no combatió las reformas sociales ni ninguna de las mejoras a las clases trabajadoras de la nación, aunque lamentase pudieran ser realizadas sin suficiente criterio económico; pero, de igual forma, no podía permanecer ausente de una lucha que se planteaba ya en el terreno de la conciencia. Y era lógico.

#### EL MITO «ROUSSONIANO» EN LA DIALECTICA PERONISTA

Una de las consideraciones más importantes que cabe hacer sobre determinados aspectos de la dialéctica peronista corresponde al uso y repetido abuso de proclamar su ausencia de responsabilidad, depositándola en el vago mito de Rousseau que se llama «voluntad popular». Todavía en su proclama de dimisión de la ma-



Sangriento aspecto del centro de Buenos Aires después de los sucesos del 16 de junio



Un destacamento de tropas adictas al Gobierno atrincheradas junto a la vía del ferrocarril dispuestas a atacar a las fuerzas de la base naval de Río Santiago

gistratura presidencial vuelve a plantearse con toda ceremonia ese supuesto dialéctico. «Hemos servido y obedecido—dice—en interés y por la voluntad del pueblo.» Tales palabras sitúan el problema en una coyuntura que, sobre todo teniendo en cuenta el cuadro de su existencia política y sus últimas consecuencias, no debe considerarse poco interesante.

Si «la voluntad popular» consistía en la destrucción de los valores religiosos, morales y espirituales que forman parte del cuadro no sólo nacional, sino universal de la Argentina, la posición de Perón no podía ser la del espectador, y su responsabilidad no se elude, sino, al revés, se agrava con esa constante repetición de ser él quien ha servido la voluntad popular.

Si es posible sujeto de discusión si la soberanía reside o no en la nación, no existe una sola opción a que la nación pueda destruirse a sí misma. Perón tenía que tener en cuenta que la voluntad popular se sirve sólo en el bien.

#### EL COMPAS DE ESPERA

Toda la recapitulación anterior, interesada escrupulosamente en presentar el cuadro de la situación argentina en un régimen de atención esmerada, sin rehuir sus problemas, pero sin ulcerarlos, obliga, por último, a una invitación a que no sea España nación de la que se pueda decir, contra su tradición, el famoso y terrible «¡Ay de los vencidos!»

La situación de la Argentina no se solucionará fácil ni gratamente. El problema no está sólo en

la dimisión de un hombre, sino en restablecer el espíritu ciudadano, en organizar el país políticamente y en hacerle apto nuevamente para el proceso de organizar el Estado. No se puede olvidar que la oposición está diezmada, que ninguno de los partidos políticos existentes—la Unión Cívica Radical, con Frondizi su más caracterizado jefe; la Unión Democrática, el Partido Socialista o los posibles y numerosos, al parecer, grupos democristianos—poseen las personalidades necesarias para ejercer un cierto orden selectivo y orientador sobre una masa y una nación confusa que arroja por la ventana, si así puede decirse, una pesada carga, pero se encuentra con otra no menos dura en el porvenir. Todo ello, en fin, es cosa de tiempo y de dificultades.

A ello hay que unir el importante bloque del sindicalismo y la certidumbre de que las conquistas sociales del peronismo obligarán a cualquier posible Gobierno—salvo caso de nueva querrela—a considerar los problemas sociales en una importante escala. Lo que impone ya ciertas medidas políticas.

En el mismo orden de cosas se encuentra la materia económica. La nación se halla en una grave crisis, producida por diversos reveses en el campo de la industrialización y de la autarquía, pero que realmente correspondían a un deseo nacionalista de resolver los problemas. En ese sentido, los problemas económicos alcanzaban el rango de problemas internacionales, y, sobre todo, el caso del petróleo y las negociaciones en este orden con Norteamérica quedan pendientes. Otro asunto que no se puede olvidar.



El ministro del Ejército, Franklin Lucero, sigue con los prismáticos los movimientos de las fuerzas del Gobierno

En estos momentos, España no puede hacer otra cosa que desear a la nación argentina el más rápido y total arreglo pacífico de sus problemas. En cuanto al general Perón, sus yerros y equivocaciones no deben hacer olvidar a los españoles su gesto de ser, en los momentos decisivos, cuando el mundo nos volvió la espalda, el único que presentó aquí su embajador. Los avatares que hayan separado dos concepciones distintas de la vida no puede privarnos de reconocérselo, y más en las circunstancias actuales. Ninguna conjetura se puede hacer sobre el porvenir inmediato, sobre todo en momentos de gran confusión y con fuerzas que no se sabe qué decisión tomarán al final. En todas partes existe división, y aun en el Ejército no dejan de percibirse. Es el tiempo quien irá resolviendo y centrando las cosas en su verdadero punto. Ahora vivimos un leve compás de espera.

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

EL GRAN OPORTUNISTA PERDIO SU ULTIMA OPORTUNIDAD



## LA CAIDA DEL GENERAL PERON

Arriba: Perón y Lucero se abrazan emocionados después de sofocada la rebelión del 16 de junio. Abajo: Ambiente de guerra civil en Buenos Aires y el crucero «Argentina», escenario de las negociaciones

